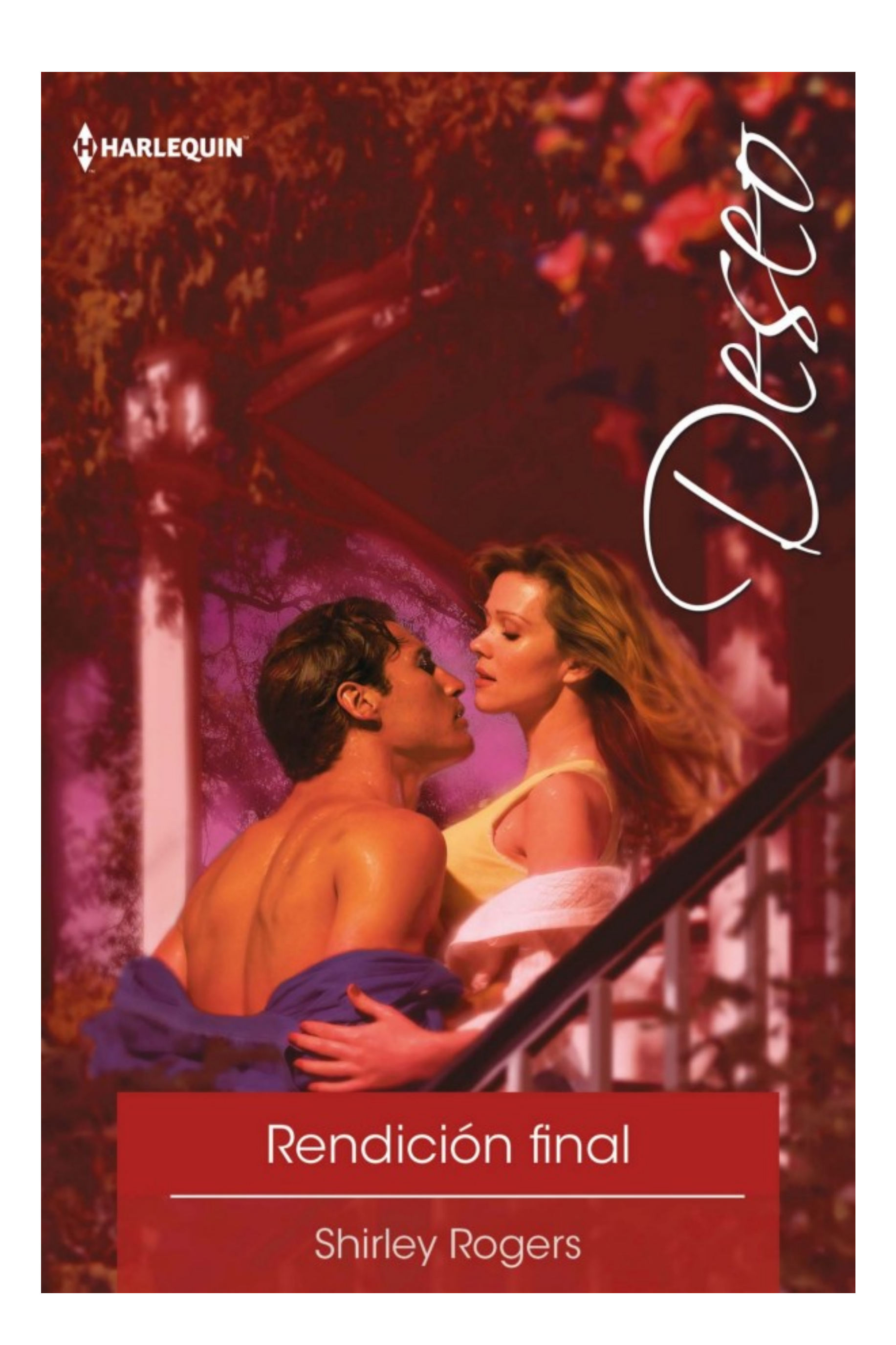

HARLEQUIN
Deseo
Rendición final
Shirley Rogers



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Rendición final, n.º 5558 - marzo 2017
Título original: Terms of Surrender
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2005

I.S.B.N.:978-84-687-9354-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Savannah Spectator Crónica Rosa

La campaña electoral al Senado ha propiciado un sinfín de eventos sociales en torno a ella durante los últimos meses en Savannah, como fiestas para recaudar fondos o para dar a conocer a los candidatos y sus programas. Sin embargo, ahora que las elecciones han pasado y que nuestro nuevo senador está instalándose en el cargo, los reporteros del corazón nos tememos que se avecine una época de sequía informativa. Los ecos de los recientes escándalos que han salpicado a la familia de nuestro flamante senador van disipándose poco a poco, y tras el rosario de bodas que se han ido sucediendo, no ha habido siquiera una figura pública que haya incurrido en un patinazo digno de mención. ¿Nos dará quizá nuestro nuevo senador algo jugoso sobre lo que hablar? Después de todo, es un desperdicio que un hombre tan atractivo lleve tanto tiempo solo…

Claro que quizá sea demasiado pedir que nos sorprenda con un romance. Ya sería demasiada suerte. Aunque, bien mirado, en los últimos meses le ha salido todo a pedir de boca a nuestro brillante, rico, y apuesto senador. De hecho, lo único que faltaría para que la felicidad de su familia fuera completa, sería que encontraran a su sobrina, esa pobre chica que lleva en paradero desconocido desde hace cinco años. ¿Aparecerá algún día? No podemos saberlo, pero la esperanza es lo último que se pierde, y la ciudad de Savannah es una fuente inagotable de sorpresas.

Capítulo Uno

–David… prométeme… prométeme que…

Frunciendo ligeramente el entrecejo, David Taylor se arrodilló junto a la enorme cama de madera de roble en la que yacía su padre moribundo.

–¿Qué quieres que te prometa? –inquirió.

Considerando que siempre había habido fuertes desavenencias entre ellos, no podía imaginar qué podría ser tan importante como para que su progenitor fuera a rebajarse a pedirle un favor.

–Prométeme… prométeme que cuidarás de Tanya.

De todas las cosas que había pensado que pudiese decirle, aquélla era la que menos había esperado. Inspirando profundamente, clavó la mirada en los cansados ojos azules del hombre postrado ante él, que tan poco se parecía al padre estricto que recordaba. No era más que una sombra de la figura autoritaria que había sido para él de niño. A sus sesenta años su cabello, antaño castaño claro, se había tornado casi blanco, y la rápida pérdida de peso causada por la enfermedad había dejado su piel macilenta y ajada. En poco tiempo el cáncer que padecía lo había consumido.

–Padre, yo…

–¡Prométemelo! –insistió su padre, tratando de incorporarse con un angustioso jadeo, al tiempo que lo agarraba sin fuerzas de la manga.

–Está bien; te lo prometo –se apresuró a responder David–. Pero ahora recuéstate –le dijo, apretando su mano y empujándolo suavemente con la otra para que volviera a tumbarse–. Cuidaré de ella; tienes mi palabra.

Sin embargo, estaba seguro de que no le resultaría fácil cumplirla. Sólo había visto a Tanya Winters durante unos minutos, a su llegada a Cottonwood, la plantación de Georgia que había pertenecido a su familia durante décadas, pero esos minutos habían bastado para reavivar en él la atracción que sentía hacia ella, una

atracción que no se había disipado en los cinco años que había estado fuera.

A juzgar por el desdén apenas contenido que había mostrado al saludarlo, era obvio que seguía enfadada con él por el modo en que se había «despedido» de ella el día que se había marchado.

Posó de nuevo la vista en el cuerpo yaciente de su progenitor, en sus ojos cerrados. Casi no había llegado a tiempo. El médico personal de su padre, Mason Brewer, que estaba de pie a unos pasos de él, le había dicho que probablemente no llegaría al día siguiente. David, que sintió cómo se le formaba un nudo en la garganta de sólo pensarlo, tragó saliva. No podía creer que su padre estuviese muriéndose.

–Creo que deberíamos avisar a Tanya –le dijo el doctor Brewer en un tono quedo.

David asintió con la cabeza y, mientras el médico salía de la habitación, se puso de pie con la esperanza de que, a pesar de que no había pasado más de treinta minutos junto a la cabecera de su padre, el que le hubiese pedido que le hiciera aquella promesa significara que de algún modo habían hecho las paces. Nunca se habían llevado bien, y ahora que la muerte se lo estaba llevando ya no tendrían ocasión de arreglar las cosas entre ellos.

La madre de David había fallecido cuando él tenía sólo diez años, y tras la pérdida de su esposa Edward Taylor no había vuelto a ser el mismo. De niño David había intentado agradar a su padre, pero al llegar a la adolescencia se había rendido al darse cuenta de que nada de lo que pudiera decir o hacer lograría tender un puente entre ellos. Luego, a los pocos meses de licenciarse en la universidad, se había independizado, y esa decisión suya de no quedarse a ayudar a su padre con la plantación no había hecho sino abrir una brecha aún mayor entre los dos.

Había abandonado la plantación, en las afueras de Cotton Creek, una pequeña ciudad rural a una hora de distancia de Savannah, dispuesto a abrirse camino en la vida por sí mismo, y lo había conseguido. Había iniciado su propio negocio, que en aquellos cinco años se había consolidado, convirtiéndose en una gran compañía, Taylor Corporation, pero ni siquiera ese éxito personal había bastado para conseguir la aprobación de su padre.

La puerta se abrió en ese momento, y al girar la cabeza vio que

el doctor había regresado con Tanya. David admiró su grácil figura y su elegante porte mientras entraba en la habitación. Si a los diecisiete años había sido una chica bonita, en aquellos cinco años se había convertido en una belleza. Se había recogido el rubio cabello en una coleta, dejando al descubierto la perfecta piel de su rostro, y sus ojos ambarinos, hinchados y rojos por el llanto, estaban llenos de tristeza.

Cuando David se hizo a un lado para dejarle paso, Tanya apenas le dirigió una breve mirada antes de ir junto al lecho de su padre. Se acuclilló a su lado, y le susurró con voz temblorosa:

–Aquí estoy, Edward.

Con una mano tomó la de su padre, mientras con la otra le acariciaba la frente. Al oír su voz las duras facciones del hombre se transformaron, se le iluminaron los ojos, y una débil sonrisa se dibujó en sus labios agrietados.

Ante aquella escena David se debatió entre los celos y el resentimiento. No había esperado que el volver a verla le causase impresión alguna, pero cuando había bajado a saludarlo a su llegada, se había dado cuenta de que la distancia no había disminuido la atracción que sentía por ella.

En cambio, por la frialdad con que Tanya lo había recibido, parecía que no había olvidado la «osadía» que había cometido antes de salir por la puerta, cinco años atrás, cuando la había tomado entre sus brazos y la había besado.

Además, lo irritaba sentirse como un extraño en su propia casa mientras ella lo trataba casi con desdén, como si tuviese más derecho a estar allí que él.

Tanya había sido enviada a Cottonwood a través de un programa del centro de menores de Cotton Creek para ayudar a adolescentes desfavorecidos dándoles un empleo. Su padre se había encariñado con ella inmediatamente y, según parecía, en aquellos cinco años se había formado entre ambos un vínculo más estrecho del que jamás había habido entre su padre y él.

Se dio media vuelta para darles privacidad, pero al oír un gemido ahogado se giró sobre los talones, y tuvo la impresión de que todo estuviese ocurriendo a cámara lenta cuando el doctor Brewer fue junto su padre blandiendo su estetoscopio, y Tanya se derrumbó de rodillas junto al lecho.

Como si fuera algo perfectamente natural, como si no hubiera estado años lejos de allí, David fue con ella. Le pasó un brazo por los hombros y con el otro la hizo incorporarse, apartándola de la cama para dejar espacio al médico. A pesar del desdén que sabía que sentía hacia él, era obvio que estaba muy unida a su padre.

La mirada de David se cruzó con la del doctor, que con voz queda confirmó lo que temía: su padre había muerto.

Con un sollozo, Tanya se giró hacia él y hundió el rostro en el hueco de su cuello. Con el corazón apesadumbrado, David hizo un asentimiento de cabeza en dirección al doctor Brewer, y trató de llevar a la joven fuera de la habitación, pero ella se puso tensa e intentó soltarse.

–Ya no puedes hacer nada por él, Tanya –le dijo con suavidad–. Vamos.

Temblando de dolor y desesperación, Tanya rompió a llorar mientras la llevaba fuera del dormitorio y la conducía al piso de abajo, al salón. La brillante luz del sol entraba por los enormes ventanales de la estancia, en doloroso contraste con el oscuro vacío que se había formado en su interior. La única persona sobre la faz de la tierra a la que quería se había ido. ¿Qué iba a hacer sin Edward?

Una nueva oleada de angustia la sobrevino, y otro torrente de ardientes lágrimas rodó por sus mejillas. Sentía como si las fuerzas la hubiesen abandonado, y se agarró a David, temerosa de que las piernas no pudiesen sostenerla.

Cuando David la abrazó con fuerza y le susurró que todo iba a ir bien, habría querido creerlo, pero no podía. El hombre que le había dado una oportunidad cuando nadie más había querido hacerlo se había ido para siempre.

Parecía que hubiera pasado una eternidad desde el día en que Edward Taylor la acogiera siendo sólo una adolescente, cinco años atrás. Aquella plantación de Georgia era el único lugar que podía llamar «hogar», ya que su vida antes de irse a vivir allí seguía siendo un misterio para ella. Sólo sabía lo que la gente del hospital le había dicho: que la habían encontrado tirada en una carretera comarcal, inconsciente, con una contusión que le había provocado amnesia, y que la documentación que llevaba encima la identificaba como Tanya Winters, una chica huérfana con un largo historial

policial de delitos menores. Y entonces, por un golpe de suerte, Edward Taylor, un rico latifundista de la zona, le había dado una oportunidad para ayudarla a abrirse camino en la vida, ofreciéndole un empleo en su plantación de cacahuetes.

«Dios, ¿qué va a ser de mí ahora?», se preguntó angustiada. Adoraba aquella casa, aquellas tierras, y a las personas que trabajaban allí; adoraba la pequeña y entrañable ciudad de Cotton Creek… allí todo el mundo la aceptaba a pesar de su pasado, y no les importaba que fuese de orígenes humildes. Pero, ahora que su padre había muerto, ¿dejaría David que permaneciese en Cottonwood y que siguiese administrando la plantación?

No, eso jamás ocurriría. Después de su agria despedida cinco años atrás le sorprendía incluso que en ese momento estuviese ofreciéndole consuelo. El verano en que ella había llegado a Cottonwood, él acababa de regresar de la universidad, recién licenciado, pero, mientras que ella había sido víctima de un enamoramiento juvenil nada más verlo, le había resultado más que obvio que él apenas la soportaba.

Desde que volviera, David no había hecho más que discutir con su padre por casi cualquier cosa, y a finales de verano le había anunciado que se iba de casa. Ella, en un intento por convencerlo de que se quedase, se había puesto en ridículo a sí misma lanzándose a sus brazos, y él la había besado hasta dejarla sin aliento, para luego apartarla bruscamente de sí y salir de la casa dando un portazo. Su rechazo la había destrozado.

Sin embargo, ya no quedaba en ella nada de aquella adolescente tímida y caprichosa. Edward la había moldeado, enseñándola a enorgullecerse de quien era, y en esos momentos más que nunca tenía que ser fuerte. Su llanto estaba amainando y, consciente de que David todavía estaba abrazándola, levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

–Perdona –murmuró apartándose de él.

No quería que pensara que todavía sentía algo por él… porque ya no sentía nada, se dijo queriendo engañarse a sí misma. Era el dolor, que la tenía sumida en una maraña de emociones que la confundían.

Sollozó, y al levantar de nuevo la vista y encontrárselo estudiándola con esos penetrantes ojos azules, la chocante

revelación que tuvo de que sí seguía sintiéndose atraída por él no fue nada en comparación con la ola de ira que se alzó en su interior. Aunque sabía que nunca se había llevado bien con su padre, la había indignado que David no hubiera regresado a Cottonwood inmediatamente al enterarse de la enfermedad que le habían diagnosticado.

–¿Por qué, David? –quiso saber, deteniéndose frente a uno de los grandes y alargados ventanales–. ¿Por qué has tardado tanto en venir?

–Estaba fuera del país –contestó él–, y había retrasos en todos los vuelos por el mal tiempo en la costa oeste. He venido tan pronto como he podido.

Tanya siguió mirándolo fijamente.

–No me refiero a eso. Hace ya dos meses que le dijeron a tu padre que la quimioterapia no estaba funcionando y que apenas le quedaba tiempo de vida.

–¿Qué?

Tanya escrutó su rostro, y se dio cuenta de que verdaderamente no estaba al tanto de aquello.

–¿Quieres decir que no lo sabías?

–No tenía ni idea.

–Pero tu padre me dijo que te había llamado… –insistió ella confundida–. Le pedí varias veces que intentara hacer las paces contigo.

–Seguramente su orgullo se lo impidió –respondió David, metiéndose las manos en los bolsillos–. Tuvimos una breve conversación telefónica hace un par de meses, pero no me dijo nada. Ésa fue la última vez que hablamos.

Tanya inspiró y luego asintió con la cabeza.

–Ahora que lo pienso me dijo que te había llamado, pero no me contó de qué habíais hablado, así que supongo que di por sentado que te lo habría dicho. Le pregunté si ibas a venir, y cuando me respondió que no, creí que no te importaba que se estuviera muriendo.

–No sabía que su estado fuese tan grave. Pensaba que el tratamiento le estaba yendo bien –le aseguró él–. La primera noticia que tuve fue hace dos días, cuando mi secretaria me pasó el mensaje que habías dejado. Habría venido antes si lo hubiera

sabido.

–¿De verdad lo habrías hecho? –inquirió Tanya.

Quería creerlo, quería creer que no era el hombre egoísta e insensible por el que lo tenía, pero su ausencia de los últimos cinco años decía de él algo muy distinto. Si verdaderamente le hubiera importado su padre, se habría esforzado más por intentar entenderlo.

–Supongo que tendremos que ocuparnos de los detalles del funeral y el entierro –dijo David cambiando de tema.

No quería hablar de sus sentimientos hacia su padre, y menos con Tanya.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas y un par rodaron por sus mejillas antes de que las enjugase con los dedos.

–No será necesario. Tu padre lo dispuso todo con su abogado. Intenté ayudarlo, pero él insistió en que ya tenía bastante con tener que administrar la plantación.

–¿Administrar la plantación? –repitió David mirándola atónito–. ¿Tú eres la administradora? –inquirió en un tono incrédulo.

Tanya alzó la barbilla.

–Sí.

David se acercó a ella, deteniéndose sólo a unos pasos, y su mirada inquisitiva no hizo sino acrecentar su irritación.

–Eres demasiado joven e inexperta para administrar la plantación.

–¿Demasiado joven? –repitió ella indignada–. ¿Quién crees que se ha estado haciendo cargo de todo desde que tu padre cayó enfermo?

–Estoy seguro de que lo habrás hecho lo mejor que has sabido durante estos dos meses, pero cuesta creer que puedas hacerte cargo de todo esto tú sola.

¿Habría alguien más arrogante?, se preguntó Tanya.

–Para tu información, no sólo he supervisado día a día el trabajo en la plantación, sino también al personal de servicio de la casa, y he instalado un sistema computerizado para modernizar la contabilidad y los demás procesos administrativos de la plantación.

–Vaya, veo que hiciste caso a mi padre cuando te dijo al acogerte que te sintieras como en tu propia casa –farfulló David en un tono acusador.

La única explicación posible a que el viejo hubiese puesto la plantación en las manos inexpertas de Tanya era que la enfermedad le hubiese afectado a la cabeza. De pronto un pensamiento terrible cruzó por su mente: ¿y si Tanya hubiese manipulado a su padre enfermo para heredar su fortuna? En las fichas de la policía constaba que era huérfana y que había cometido en el pasado varios delitos menores, así que no debía estar muy dispuesta a renunciar al lujo de vivir en una mansión como Cottonwood con sirvientes a sus órdenes. Y, de hecho, en los cinco años que él había estado fuera, había tenido tiempo más que de sobra para convencer a su padre de que la incluyera en su testamento.

En ese momento le vino a la mente su ex prometida, Melanie, con quien había roto al darse cuenta de que sólo le interesaba su fortuna, y se juró no quedarse de brazos cruzados viendo cómo todo por lo que su padre había luchado acabara en manos de una usurpadora.

–¿Qué quieres decir con eso? –inquirió Tanya, sintiéndose como si la hubiese abofeteado.

David, incitado por los celos, empezó a urdir conclusiones aún más descabelladas.

–Dime, ¿qué más has estado haciendo por mi padre? –inquirió en un tono venenoso.

Bajó la vista a sus labios. Todavía recordaba el efecto que habían tenido en él cuando los había besado antes de abandonar Cottonwood años atrás, y lo difícil que había sido para él marcharse.

–Eso es un insulto hacia mí y una ofensa a la memoria de tu padre –le espetó Tanya con los dientes apretados–. Tu padre… –comenzó, pero la voz se le quebró, y tuvo que inspirar antes de volver a hablar–. Tu padre fue muy bueno conmigo: me dio un hogar, me hizo sentirme parte de algo.

El resquemor en las entrañas de David se aplacó, y el saber que Tanya no había tenido una relación íntima con su padre lo alivió más de lo que hubiera querido admitir.

–Lo siento; eso ha estado fuera de lugar.

–Disculpas aceptadas –farfulló ella.

Pero, por su expresión, sus palabras no parecieron haberla apaciguado en absoluto.

Permanecieron en silencio un instante y, al cabo, David preguntó:

–¿No has conseguido recuperar aún la memoria?

Tanya sacudió la cabeza con pesar. Últimamente había estado teniendo una serie de sensaciones extrañas, pero no estaba segura de que no fueran sólo producto de su imaginación, así que, no queriendo preocupar a Edward, no le había dicho nada, como tampoco le había hablado de los intensos y perturbadores sueños que llevaba teniendo desde hacía un mes.

–No, sigo sin recordar nada anterior al momento en que me desperté en el hospital.

El miedo que había sentido cuando abrió los ojos al encontrarse en un lugar desconocido todavía era demasiado vívido. Y, oh, Dios, el pánico que la había invadido al darse cuenta de que ni siquiera sabía cómo se llamaba…

–¿Has seguido aquí todos estos años por gratitud hacia mi padre? –inquirió David.

–Al principio sí –respondió ella.

En realidad lo cierto era que había sido más bien por miedo, porque no había tenido ningún otro sitio adonde ir y necesitaba algo a lo que aferrarse. Algo… o alguien.

–Oh, «al principio»… Ya comprendo –murmuró David entornando los ojos.

–No, me temo que no lo comprendes –replicó Tanya. David había pasado años lejos de allí, así que disculpó su actitud diciéndose que se debía a su ignorancia–. Llevo más de un año administrando la plantación. Aunque hasta hace dos meses no le detectaron el cáncer a tu padre, llevaba bastante tiempo mal, y desde que su salud empezó a declinar, me dio su entera confianza para que yo mantuviera la plantación en funcionamiento.

David la miró largamente.

–Llevar Cottonwood implica mucho más que producir cacahuetes –le dijo.

«No tiene ni idea», pensó Tanya, «no sabe ni que se ha cambiado el cultivo principal». Abrió la boca para decírselo, pero volvió a cerrarla, decidiendo que esperaría a un momento mejor para dejar caer esa noticia.

–No me digas –contestó altanera, irguiendo los hombros. David

le parecía un gigante con su metro ochenta comparado con el metro sesenta y cinco que medía ella, pero no iba a dejarse intimidar por él–. He trabajado muy duro para mantener Cottonwood a pleno rendimiento. No he estado viviendo a expensas de tu padre.

–Yo no he dicho que no hayas trabajado.

–Es lo que has dado a entender.

–Escucha, Tanya, no quiero discutir contigo. Me fío de tu palabra; si mi padre te pidió que llevaras la plantación cuando él se sintió incapaz de continuar, estoy seguro de que lo habrás hecho lo mejor que hayas podido –respondió David.

Ya era una concesión lo suficientemente generosa, se dijo. No iba a alabarla sin haber visto los libros de cuentas.

Las facciones de Tanya se suavizaron.

–Me esforcé al máximo porque lo quería.

–También él te quería –dijo David, observándola pensativo–. Sus últimas palabras fueron para ti.

–¿De veras? –inquirió ella, abriendo mucho los ojos. El pensamiento de que su padre la hubiese mencionado antes de morir la conmovió–. ¿Qué dijo?

David se quedó callado un instante.

–Él me… me hizo prometerle que cuidaría de ti –dijo finalmente.

–¿Qué?

Tanya se quedó mirándolo aturdida. ¿David… cuidar de ella? Menuda broma… Si ni siquiera le caía bien…

–Y le prometí que lo haría –añadió él. Vaciló un momento antes de continuar–. En fin; no quiero que pienses que voy a ponerte en la calle sabiendo que no tienes ningún sitio adonde ir. Se me ha ocurrido que, ya que nunca tuviste la oportunidad, quizá te gustaría estudiar una carrera universitaria. Crearía una cuenta para que puedas pagarte los gastos de matrícula, alojamiento y demás, claro está.

A Tanya le llevó un rato digerir sus palabras, y cuando comprendió lo que estaba diciéndole, el corazón comenzó a latirle con fuerza en el pecho.

–¿Una carrera universitaria…? –repitió, y a los pocos segundos su sorpresa dio paso a la ira–. No puedo creerlo… Tu padre acaba de morir, ¿y ya estás pensando en echarme?

David sacudió la cabeza.

–No estoy echándote, Tanya, yo…

–Eres un bastardo sin corazón –masculló ella–. Ahora sé por qué tu padre y tú no os llevabais bien.

Los ojos de David relampaguearon.

–No sabes nada mí.

–Sé que se le partió el alma cuando te fuiste –respondió Tanya. Tomó una fotografía enmarcada de una mesita cercana en la que aparecía David con su birrete y su toga de licenciado y le dijo blandiéndola–; sé que había días que lo encontraba aquí sentado observando esto, y sé que rara era la semana en la que no te mencionaba de un modo u otro… –volvió a colocar la fotografía en su sitio y se volvió hacia él–… y ahora sé que tienes un corazón de piedra.

Iba a rodearlo para salir del salón pero se detuvo a su lado.

–Déjame preguntarte algo, David, y respóndeme con sinceridad: ¿qué sabes de la plantación? Has estado fuera cinco años. Más aun, ¿qué sabes acerca del cultivo de la soja? –inquirió.

Sus ojos permanecieron fijos sobre el rostro de David, y observó cómo su expresión se mudaba de irritada a confundida.

–¿Soja?

–Sí, soja. Tu padre decidió cambiar el principal cultivo de cacahuetes a soja hace varios años –le respondió con una risa amarga–. ¿No lo sabías? No, por supuesto que no. La plantación nunca te ha importado lo suficiente como para mantenerte al tanto de los cambios. Hasta yo sé más de esta propiedad que tú.

Por mucho que a David le molestara admitirlo, tenía razón. No había vuelto a poner los pies en Cottonwood desde el verano en el que se había licenciado, y sólo había hablado unas pocas veces con su padre por teléfono.

–¿Por qué dejó de cultivar cacahuetes?

–¿Y qué importa eso ahora? La cuestión es que me necesitas para administrar la plantación.

David sacudió la cabeza.

–Está bien –concedió–. Si lo que dices es cierto, eso lo cambia todo. No sé nada acerca del cultivo de la soja; así que es verdad, te necesito –admitió. Pero eso no significaba que se fiase de ella–. Te quedarás aquí durante un periodo de prueba; digamos… tres meses. Si en ese tiempo no me demuestras que eres capaz de llevar la

plantación, te marcharás. De todos modos, si así fuera, mi oferta de sufragarte los gastos para que vayas a la universidad seguirá en pie.

Tanya no había apartado la mirada. Si creía que iba a fracasar, estaba muy equivocado.

–Por mí de acuerdo –le dijo.

Y con esas palabras se dio la vuelta para marcharse, pero no había dado dos pasos cuando David la retuvo por el brazo.

–Suéltame –masculló Tanya.

Él obedeció al instante.

–No hemos acabado.

–Por ahora sí –replicó ella–. Si no te importa, ya he tenido bastante de ti por hoy.

Fue hasta la puerta en el otro extremo del salón y la abrió.

–Tanya… –la llamó David.

Pero ella ya había salido y cerrado de un portazo.

«Estupendo», pensó David, «mira lo que has hecho». Y aquello de la soja… ¿Por qué se habría puesto de repente su padre, que llevaba toda la vida produciendo cacahuetes, a cultivar soja? Aquello no tenía ningún sentido.

David se dirigió al mueble-bar y se sirvió un bourbon. Se quedó mirando un momento el líquido ambarino, y luego apuró el vaso de un trago, notando cómo le quemaba la garganta. Tal vez Tanya tuviera razón; tal vez fuera un bastardo. No era que quisiese que se marchase de Cottonwood inmediatamente… De hecho, por extraño que fuese, una parte de él, ilógica y sentimental, albergaba la esperanza de que se quedase. Pero si así fuese, si se quedase, sabía que acabaría haciéndole perder la cabeza, y por el bien de su corazón no podía permitir que eso ocurriera.

Un escalofrío recorrió la espalda de Tanya, pero sabía que nada tenía que ver con la temperatura de aquella mañana del mes de noviembre. Por el rabillo del ojo miró a David, sentado en una silla junto la suya. Clifford Danson, el abogado de su padre, estaba sentado frente a ellos, tras la enorme y antigua mesa del que fuera su estudio. Sólo habían pasado unos días desde que abandonara aquel mundo, y allí estaban, esperando para escuchar la lectura de su testamento. Todo aquello resultaba tan extraño…

Dios, y cómo lo echaba de menos… Sus ojos se llenaron de lágrimas ante el pensamiento de que no volvería a ver a Edward, y el temor se apoderó de ella. Una vez más volvía a estar sola.

–Bien, ¿podemos comenzar? –les preguntó el abogado, ordenando los papeles que tenía sobre la mesa. Esperó a que le prestaran atención, y carraspeando para aclararse la garganta, dijo–: David, tu padre me pidió que los dos estuvierais presentes porque lo que se especifica en su testamento os atañe a ambos.

Confundida, Tanya miró a David. No había esperado que Edward la mencionase siquiera en el testamento, y sus ojos se llenaron de lágrimas por la emoción.

–Como su único hijo, te deja en herencia la propiedad en su totalidad –continuó el señor Danson–. Sé que no os llevabais muy bien, pero tu padre quería que Cottonwood fuera tuyo porque te corresponde por derechos de nacimiento.

David asintió con la cabeza. Si aquello lo había complacido o sorprendido, su rostro no lo dejó entrever. El señor Danson miró a Tanya.

–Y por ti, Tanya, también sentía un gran afecto.

Esforzándose por no llorar, la joven parpadeó.

–Yo… me siento muy agradecida hacia él por lo que hizo por mí, pero no espero nada. Ni siquiera sé por qué estoy aquí.

–Precisamente ahora iba a eso –respondió el abogado–. Como te estaba diciendo, David, tú heredarás toda la propiedad, pero hay una condición que atañe a Tanya –añadió. Miró a la joven y luego volvió a posar la vista en David–. Para que puedas heredar Cottonwood, deberás vivir aquí.

–¿Qué? –exclamó David, poniéndose de pie.

El señor Danson levantó una mano para pedirle que lo escuchara.

–Me temo que eso no es todo –dijo–. El testamento de tu padre estipula también que Tanya tendrá que seguir siendo la administradora de la plantación tanto tiempo como ella desee.

Capítulo Dos

–¡Eso es ridículo! ¡Ni siquiera es factible! –casi gritó David, plantando ruidosamente las palmas de ambas manos sobre la mesa y mirando a Clifford Danson. No podía dar crédito a lo que estaba oyendo–. Tengo un negocio que dirigir en Atlanta. Mi vida está allí. No puedo vivir aquí.

El abogado se bajó las gafas de leer hasta la punta de la nariz y sacudió la cabeza.

–Lo siento, David, pero los términos del testamento son muy claros a ese respecto.

Irguiéndose, David miró en derredor, y luego volvió a posar la mirada en el letrado.

–¿Cuánto tiempo tendría que vivir aquí?

–Por un periodo de un año.

–Un año… –repitió David irritado, poniendo los brazos en jarras–. ¿Y si no estuviese de acuerdo con esos ridículos términos?

–Perderás el derecho a heredar la propiedad.

En medio del silencio que se hizo en la habitación, David giró el rostro hacia Tanya. Tenía los ojos muy abiertos, y sus labios estaban casi blancos. Parecía que el contenido del testamento de su padre la había dejado tan desconcertada como a él.

¿O tal vez no?, se preguntó entornando los ojos. ¿Habría estado manipulando Tanya a su padre, y esperando su muerte para poder quedarse con Cottonwood? ¿Sería capaz de tal mezquindad? Cuando había sugerido que había habido algo entre su padre y ella lo había negado con vehemencia, pero eso no significaba que no estuviese tras su dinero.

Decidido a averiguar si sus sospechas eran ciertas, se volvió hacia el abogado.

–¿Qué ocurrirá con la plantación si no acepto esas condiciones?

El señor Danson se aclaró la garganta.

–En el caso de que no estuvieras dispuesto a hacer de Cottonwood tu residencia durante un año, la propiedad pasaría a

manos de Tanya.

Un gemido ahogado escapó de los labios de la joven.

–¿Qué?

David se volvió hacia ella furioso.

–Yo no… yo no tenía ni idea de que Edward había hecho esto… –balbució Tanya aturdida. David estaba mirándola como si fuese el diablo–. Señor Danson, tiene que haber algún error… –le dijo al abogado.

Éste emitió una tosecilla incómoda.

–Me temo que no –respondió–. Claro que, en el supuesto de que tú decidieras marcharte de Cottonwood por voluntad propia, David heredaría la plantación sin condiciones –añadió. Reordenó las hojas que tenía ante a sí, recogió su portafolios del suelo, y se puso de pie–. Bien, creo que eso es todo. Os dejo aquí una copia del testamento para que podáis leerla.

Le estrechó la mano a David, y luego se volvió hacia Tanya.

–Si hay algo que pueda hacer por ti, házmelo saber –le dijo tomando su mano y mirándola con afecto–. Edward me insistió mucho en que no quería que tuvieses que preocuparte por nada –le soltó la mano y se dirigió hacia la puerta–. En fin, poneos en contacto conmigo cuando hayáis decidido qué queréis hacer.

David hizo ademán de ir con él, pero el abogado sonrió e hizo un gesto con la mano para detenerlo.

–No es necesario que me acompañes, David, gracias.

El señor Danson salió del estudio, y cuando Tanya alzó los ojos hacia el rostro de David dio un respingo al ver la dura expresión con que la estaba mirando. Imaginaba cómo debía sentirse en ese momento y, a pesar del hecho de que no parecía confiar en ella, no pudo evitar sentir compasión por él. Edward los había puesto a ambos en un buen aprieto.

–David, no estaba mintiendo cuando te he dicho que desconocía las intenciones de tu padre.

–¿En serio? –contestó él con aspereza.

El desprecio que había en su mirada hizo que un escalofrío le recorriese la espalda.

–Te juro que no sabía nada de esto –insistió ella dolida.

Que pudiese creerla capaz de… La sola idea era tan repugnante que ni siquiera fue capaz de acabar la frase en su mente. Con el

corazón latiéndole con fuerza se levantó. Estaba temblando de tal modo que apenas podía sostenerse en pie, y tuvo que agarrarse al respaldo de la silla.

–Bueno, parece que al final el viejo ha sido el último en reírse –comentó David sacudiendo la cabeza.

–No creo que la intención de tu padre fuese hacerte daño –replicó Tanya.

Le parecía imposible que el hombre al que había querido tanto fuese capaz de provocar el dolor que se traslucía en los ojos de David.

–No sabes de lo que estás hablando.

Tanya intentó hallar una explicación razonable.

–Había… había días en que no pensaba con claridad. Quizá no estaba en plenas facultades mentales cuando puso esas condiciones.

–Si así hubiese sido, Danson jamás habría consentido en redactar el testamento y formalizarlo –replicó David.

Clifford Danson había sido el abogado de su padre durante muchos años, y estaba seguro de que no habría hecho nada que considerase poco ético, ni siquiera por un viejo amigo.

–Supongo que tienes razón –admitió Tanya–, pero aun así no puedo creer… Tu padre debió pensar que estaba haciendo lo mejor para ti cuando estipuló esas condiciones.

–A mí me parece que más bien estaba haciendo lo que era mejor para ti –contestó él irritado.

–Escucha, David, sé que es lo que parece, pero…

–¿Que lo parece? –repitió él. Sus hombros se tensaron visiblemente–. Como mínimo puede decirse que gracias al testamento de mi padre cuentas con un empleo seguro hasta que ya no lo quieras.

Tanya alzó la barbilla.

–No voy a fingir que no me siento aliviada de poder seguir teniendo un trabajo y un sitio donde vivir –admitió, recordando los planes de David de mandarla a la universidad para alejarla de allí.

Tal vez eso fuera lo que Edward había temido que ocurriría, que David la echaría y no querría conservar la plantación, que la vendería.

–¿Por qué será que no me sorprende? –murmuró David.

De hecho, tenía la sospecha de que, después de que el

testamento de su padre le hubiera otorgado la capacidad de elegir, no se iría nunca. Se acercó, quedándose sólo a unos centímetros de ella.

–Pero no creas ni por un minuto que voy a marcharme y a dejar todo esto en tus manos.

La plantación era el patrimonio de su familia, y Tanya no pertenecía a ella. Además, el que hubiese estado fuera cinco años no significaba que Cottonwood no le importase. Su padre era la razón por la que se había ido. Esbozó para sus adentros una sonrisa amarga al pensar en lo irónico de la situación: su padre era también la razón de que hubiese regresado y se estuviese viendo obligado a quedarse durante un año si no quería perder su herencia.

–No esperaba que lo hicieras –respondió Tanya con frialdad.

–¿De veras? –inquirió él, observándola de un modo analizador–. Entonces… ¿estás dispuesta a vivir aquí conmigo?

Tanya tragó saliva. ¿Vivir bajo el mismo techo que él? El solo pensamiento hizo que todos sus sueños de adolescente volviesen a ella como un torbellino.

«¡No seas ingenua!», se reprendió, «David no llegará a sentir nunca nada por ti. Él, al contrario que tú, se siente atrapado. No quiere vivir aquí; ni contigo ni sin ti».

–Sí –contestó, decidida a no dejarse vencer.

Después de todo, no podía ser tan difícil. La casa era enorme, dormirían en habitaciones separadas, y una vez comenzase la estación del sembrado, con todo el trabajo que habría que hacer, probablemente ni siquiera coincidirían a las horas de las comidas. Además, David no estaría allí todo el tiempo porque tendría que atender a sus negocios.

–Bien; entonces está decidido –dijo David.

Habría querido apartar la vista, pero en cambio su mirada se deslizó por el hermoso rostro de Tanya y bajó al fino y largo cuello. Reprimió el repentino deseo que lo invadió de acariciar su cremosa piel, y un pensamiento acudió a su mente. Si iban a vivir bajo el mismo techo durante un año… ¿cómo podría controlar la atracción que sentía por ella?

Tendría que mantener las distancias con ella lo más posible; no podía permitirse arriesgar de nuevo su corazón, como había hecho con Melanie. En cuanto terminase el plazo que su padre había

impuesto como condición para que heredase Cottonwood, volvería a su vida en Atlanta, y se olvidaría para siempre de Tanya.

Aunque David había planeado revisar los libros de cuentas a primera hora de la mañana siguiente, había recibido una llamada de su amigo y vicepresidente de su compañía, Justin West, para hablarle de un problema que había surgido en las negociaciones que estaban manteniendo con una compañía japonesa de software. Cuando había recibido el mensaje de Tanya de que su padre se estaba muriendo, se había visto obligado a marcharse, no sin antes presentarle sus disculpas a los directivos japoneses, y dejado a Justin al mando, seguro de que sería capaz de cerrar el trato.

Según parecía había algunos puntos que los japoneses querían discutir, y Justin y él se pasaron un buen rato hablando de los pormenores por teléfono. Cuando hubo colgado, llamó a su secretaria, Jessica, para darle una serie de instrucciones que le permitirían convertir el estudio de su padre en un «despacho satélite» desde el que poder seguir dirigiendo la empresa.

Alzando la vista de los papeles que había sacado de su portafolios, David paseó la mirada por el estudio de su padre, y se fijó en la extensa colección de libros que ocupaba una estantería que cubría toda una pared.

Se puso de pie y se dirigió hacia allí, leyendo los títulos. Su mirada se detuvo sobre un libro de poemas. No sabía que a su padre le hubiese gustado la poesía, pensó mientras lo ojeaba. Lo cierto era, se dijo con tristeza, que apenas sabía nada de su padre.

«Pero no fue culpa tuya», dijo una vocecilla en su mente.

Quizá sí lo hubiera sido, pensó David. Tanya al menos pensaba que sí lo había sido. Si hubiese sido la clase de hijo que su padre había querido, se habría tragado su orgullo y se habría quedado en la plantación, y entonces habría llegado a conocerlo mejor.

«No, eso no habría supuesto ninguna diferencia», le espetó irritada la voz de su cerebro.

Tristemente, David estaba convencido de que era la verdad. Mientras su madre aún vivía, habían sido una familia. Se recordaba a sí mismo de niño, jugando a la pelota con su padre, riendo… Pero cuando Eloise Taylor murió, de pronto todo cambió. David se

convirtió para su padre en algo de lo que tenía que hacerse cargo más que en un hijo al que querer.

Volviendo a poner el libro en su sitio, volvió a mirar en derredor. No, no habría supuesto ninguna diferencia que se hubiese quedado. Habría acabado siendo asfixiado por el fuerte carácter de su padre, y al final ninguno de los dos habría sido feliz. Su padre nunca le habría permitido tomar ninguna decisión respecto a la plantación.

De hecho, cuando había vuelto a casa después de licenciarse en la universidad, se había acercado a su padre para proponerle algunas ideas para modernizar la maquinaria de la plantación, y ni siquiera había querido considerarlas.

Tanya, en cambio, había sido capaz de convencerlo para que hiciera mucho más. ¡Si hasta había conseguido que cambiara el cultivo principal!

Al pensar en Tanya, David consultó la hora en su reloj de pulsera y se dio cuenta de que ya llegaba tarde a su reunión con ella, así que sin perder más tiempo salió de la casa y se dirigió al lugar donde le había indicado la joven durante el desayuno que se encontrarían.

Minutos después entraba en el amplio edificio donde se guardaba la maquinaria que se utilizaba en la plantación.

–Perdona el retraso. Me he entretenido por culpa de una conferencia con Atlanta. –le dijo a Tanya.

Sus ojos recorrieron la esbelta figura de la joven con la mirada antes de volver a fijarse en su rostro. Los vaqueros, el suéter de punto, y las botas hacían que pareciese parte del lugar. Se había recogido otra vez el cabello en una coleta y, a juzgar por la carpeta de pinza que tenía en la mano, llevaba rato trabajando.

–No pasa nada. He aprovechado para hacer unas cuantas cosas que tenía pendientes mientras te esperaba –respondió Tanya sin irritarse.

No había esperado que David hiciese de la administración de Cottonwood una prioridad. Era obvio que para él su empresa de Atlanta iba primero. Claro que tampoco le importaba. Lo último que necesitaba era que David estuviera todo el día mirando con lupa cada detalle de su trabajo. De hecho, las cosas irían mejor entre ellos si la dejaba continuar administrando la plantación sin meterse

por medio.

–Era una llamada importante –insistió David, sintiendo la necesidad de justificarse–. Pero ahora soy todo tuyo –añadió, recorriendo de nuevo su cuerpo con la mirada.

Su figura había cambiado mucho en aquellos cinco años. Aunque seguía siendo esbelta, sus senos habían aumentado de tamaño, y sus caderas se habían ensanchado. ¿Qué tenía aquella mujer para que, después de cinco años, siguiese sintiéndose igual de atraído por ella?

«Todo tuyo», había dicho. Tanya tragó saliva sólo de imaginar las implicaciones de aquellas palabras.

Quedaba tan poco del joven que le había robado el corazón a los diecisiete años en el hombre que tenía frente a ella… Sus hombros y su pecho habían adquirido una forma más definida y una complexión más musculosa, y sus facciones juveniles habían sido reemplazadas por unas líneas más masculinas y angulosas, otorgándole un parecido sorprendente a su padre.

Sus penetrantes ojos azules en cambio no habían cambiado, y había en ellos un vacío que ansiaba llenar y una tristeza que querría poder disipar.

–¿Tanya?

Al darse cuenta de que David estaba hablándole, la joven dio un respingo.

–Perdona, no sé en qué estaba pensando. En fin, si te parece he pensado que te podría hacer un pequeño «tour» por la plantación, para que te pongas al día.

–De acuerdo.

Cuando comenzaron a recorrer la propiedad, David escuchó con atención las explicaciones de Tanya, y tuvo que admitir para sus adentros que estaba impresionado con sus conocimientos sobre la maquinaria y las distintas fases y procesos que implicaba el cultivo. Según parecía no había mentido cuando le había dicho que llevaba bastante tiempo haciéndose cargo de la plantación.

Sin embargo, todavía no podía comprender qué había llevado a su padre a cambiar el cultivo principal.

–¿Por qué dejó mi padre de cultivar cacahuetes? –inquirió mientras examinaba una sembradora último modelo que habían adquirido el año anterior.

Tanya se mordió el labio inferior y lo miró vacilante. Sabía que la respuesta no le haría gracia, pero se dijo que lo mejor sería decirle la verdad.

–Hace unos años hice un estudio sobre el cultivo de cacahuetes en el estado de Georgia y en otros donde es la principal cosecha. Los costes de producción estaban subiendo y los beneficios de Cottonwood habían empezado a declinar, así que el futuro se presentaba bastante oscuro. Los cambios que se habían introducido a nivel nacional en las regulaciones agrícolas habían hecho mucho daño a los productores de cacahuetes, y muchos se han hundido.

–¿Y Cottonwood corría ese peligro? –inquirió David.

–Bueno, la situación no era tan desesperada, pero si no se hacía algo la plantación no volvería a ser tan rentable como lo había sido en el pasado y tu padre parecía preocupado. Comencé a reunir información sobre el cultivo de la soja, y le sugerí que hiciera un cambio.

Habían llegado de nuevo junto a la casa, y Tanya la señaló con la mano.

–¿Quieres que vayamos al estudio de tu padre para que puedas echarle un vistazo a los libros de cuentas?

David asintió mudamente, pero sintió una punzada de celos. Si él le hubiera hecho esa sugerencia a su padre, nunca la habría aceptado. Sin embargo, se dijo, no era culpa de Tanya que él y su padre no se hubiesen llevado bien.

–Pero, ¿por qué soja? –insistió mientras subían la escalinata de la entrada.

Cuando llegaron a la puerta, la abrió y la sostuvo para que Tanya pasara, entrando él a continuación.

–La demanda de soja ha crecido mucho desde que la gente empezó a preocuparse por su salud –respondió Tanya atravesando el vestíbulo–. Se usa en la elaboración de muchos alimentos, como hamburguesas vegetarianas, barras de cereales… y hasta el chocolate. Y no sólo eso; también se utiliza en la fabricación de productos no comestibles, como lápiz de labios, plásticos, y pinturas. Sencillamente parecía el momento adecuado para cambiar de cultivo porque la soja resultaría más rentable y era un mercado en expansión en comparación con los cacahuetes.

David decidió reservarse su opinión hasta que hubiese visto los

libros de cuentas.

–Aun así he de admitir que me impresiona que fueras capaz de convencer a mi padre para que hiciera un cambio tan drástico –le dijo mientras pasaban por el salón.

–Al principio Edward no estaba precisamente entusiasmado con la idea –le confesó Tanya, algo sorprendida de que David pareciera interesado en lo que se había hecho en la plantación–. Lo discutimos durante meses, y tuve que enseñarle montañas de documentación y cálculos de los beneficios que se obtendrían para que dijera que sí. Tu padre a veces podía llegar a ser muy cabezota.

–A mí me lo vas a decir… –farfulló David, comenzando a ascender tras ella por la escalera que llevaba al piso de arriba–. Después de licenciarme intenté convencerlo de que hiciera algunos cambios en la plantación, que introdujera técnicas de cultivo más modernas para aumentar la producción, pero ni siquiera me escuchó.

Después de aquello se había convencido de que su padre y él jamás podrían llegar a trabajar juntos.

–No lo sabía –murmuró Tanya, deteniéndose al llegar a la puerta del estudio.

Edward nunca le había mencionado nada de aquello, y la sincera confesión de David la hizo preguntarse si él se habría quedado en Cottonwood si su padre hubiese considerado al menos sus ideas. Aunque había hablado sin emoción alguna, la tristeza que había en sus ojos cuando se paró a su lado no le pasó desapercibida, y se dijo que el resentimiento que sentía hacia ella era comprensible… incluso de esperar, pero haría aún más difícil que trabajaran juntos.

–Recuerdo cómo os peleabais –murmuró quedamente–, pero siempre tuve la esperanza de que algún día pudieseis llegar a arreglar vuestras diferencias –levantó la vista y miró a David a los ojos–. Sé que, a pesar de que no os llevabais bien, tu padre te quería.

David no respondió, y aquello la descorazonó. Quizá el dolor que sentía por la muerte de su padre habría sido más llevadero si hubiera podido compartirlo con él, pero en ese momento las pocas esperanzas que había albergado de ello se desvanecieron.

Con un pesado suspiro puso la mano sobre el pomo de la puerta del estudio y lo giró lentamente. Nada volvería a ser lo mismo sin

Edward, y el próximo año prometía ser agotador no sólo física, sino también emocionalmente. ¿Cómo podría seguir adelante sin él?

Tanya entró con paso vacilante en la habitación, y el olor al tabaco de pipa que Edward había fumado hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas. Oh, Dios… ¿Por qué?, ¿por qué tenían que saltársele las lágrimas precisamente en ese momento? Necesitaba estar sola… al menos hasta que hubiese recobrado la compostura.

Al verla tambalearse, David fue junto a ella y la sostuvo agarrándola por los hombros.

–Tanya, ¿qué te ocurre? –inquirió escrutando su rostro.

–No es nada. Estoy bien –contestó ella.

Pero no lo estaba. Dos pesadas lágrimas se deslizaron en ese momento por sus mejillas. Sollozó, y se sintió horrorizada al sentir que las lágrimas seguían aflorando a sus ojos.

–Pues a mí no me lo parece –replicó David–. Dime qué te pasa, Tanya.

Se moría por estrecharla entre sus brazos y consolarla, pero teniendo en cuenta que la relación entre ellos no era precisamente cordial, no creía que ella pudiese querer nada de él.

Tanya sacudió la cabeza. ¿Cómo podría siquiera hablarle de lo mucho que echaba de menos a su padre cuando él no había dado muestra alguna de dolor por su muerte? Sintiera lo que sintiese, no parecía querer compartirlo con ella.

–Tanya, háblame… –insistió él, mirándola a los ojos.

–No es nada, de verdad –repitió ella desesperada, secándose las mejillas con manos temblorosas.

Pero no servía de nada porque no podía dejar de llorar.

David frunció el entrecejo y con el pulgar enjugó una nueva lágrima que rodaba en ese momento por su mejilla.

–No, no es verdad.

Su ternura la hizo estremecerse por dentro. Su corazón ansiaba que la abrazara, pero en vez de eso se apartó de él.

–Es sólo que… es sólo que al entrar me ha llegado el olor del tabaco de pipa de tu padre y eso me lo recordó –le explicó.

Inspiró profundamente y se sintió algo más calmada.

David se quedó callado. Él no sólo no había advertido aquel olor, sino que tampoco lo había relacionado con su padre, pero a Tanya, en cambio, la había hecho salir llorando.

–Estás temblando –le dijo.

–No es nada, en serio, estoy bien.

–¿Seguro? –insistió él.

El rostro se le había puesto lívido, parecía a punto de desmayarse, y las marcadas ojeras que tenía hablaban de hasta qué punto la había afectado la muerte de su padre.

–¿Por qué no dejamos lo de los libros de cuentas para mañana? –le sugirió–. Me parece que necesitas descansar.

–No, estoy bien –repitió ella obstinadamente. ¿A quién quería engañar? Si no salía pronto de allí, acabaría gimoteando y poniéndose en ridículo–. No creo que debamos posponerlo. Es importante.

–Tanya: puede esperar –le dijo él con firmeza.

La joven vaciló. Lo cierto era que sí necesitaba descansar. No había dormido bien en los últimos días, porque aquellos desasosegantes sueños eran cada vez más frecuentes e intensos. En ellos veía un rostro, un rostro que le parecía el de una chica, pero no estaba segura, y al levantarse cada mañana se sentía exhausta, como si acabase de acostarse. Y además estaba la presión añadida de tener que enfrentarse a David cada día. Era demasiado.

Sin embargo, no quería mostrarse débil delante de él. Si la consideraba incapaz de llevar la plantación, no quería ni imaginar qué pensaría de ella si le hablase de esos sueños.

–Supongo que tienes razón; pero tú puedes quedarte si quieres. Podría enseñarte dónde están guardados los libros de cuentas, y en qué carpeta del ordenador están los archivos relativos a la administración de la propiedad –le propuso.

–Como prefieras –respondió David, sin dejar de observarla.

Tanya esbozó una leve sonrisa y rodeó el escritorio. Mientras se encendía el ordenador sacó los libros de cuentas de los últimos años de un armario, y luego con el ratón desplegó una carpeta del ordenador.

–Aquí está todo –le dijo a David–. Si tienes alguna pregunta hablaremos de ello cuando quieras.

Se dirigió hacia la puerta y, al llegar a ella, se volvió un momento para añadir:

–Estaré en mi habitación si necesitas algo.

Y, sin esperar una respuesta, escapó del estudio y corrió a

refugiarse en la soledad de su dormitorio. Una vez dentro se dejó caer en la cama y permitió que las lágrimas fluyeran sin preocuparse ya por contenerlas.

Capítulo Tres

Cuando David entró en el comedor y se sentó a la mesa, lo extrañó ver que Tanya no había bajado aún para la cena. Una de las cosas que había descubierto acerca de ella desde su llegada era que siempre era puntual, una virtud que probablemente le habría inculcado su padre, se dijo contrayendo el rostro. Su madre siempre había dicho que las horas de las comidas eran sagradas, y aun después de su muerte su padre había continuado siendo muy estricto en eso.

¿Habría sido aquello un intento por parte de su padre de mantener vivo su recuerdo? Sacudiendo la cabeza David se dijo que, si en vida no había logrado comprenderlo, era absurdo que tratase de analizar el modo de ser y actuar de su padre cuando ya no estaba con él. De hecho, apenas había reconocido en el hombre triste y moribundo que le había rogado que cuidara de Tanya al padre sin sentimientos que lo había criado.

Su padre no tendría que haberse preocupado por ella; Tanya era más que capaz de arreglárselas por sí sola. Tras revisar los libros de cuentas de la plantación había descubierto que era una administradora metódica, eficiente, y honrada hasta el punto de que incluso los gastos más pequeños estaban debidamente anotados y justificados.

David suspiró y se recostó en el asiento. ¿Y qué decir de su idea de cambiar el cultivo principal de cacahuetes a soja? No podía negarse que había sido acertado y oportuno. Su padre había tenido que hacer una fuerte inversión para reconvertir la plantación a ese nuevo cultivo, pero se había recuperado tras los dos primeros años.

La había juzgado equivocadamente… otra vez. No sólo había menospreciado sus capacidades, sino que antes había llegado a insinuar que había seducido a su padre para hacerse con su fortuna.

Lo cierto era que realmente no había creído que hubiese estado acostándose con su padre. Si la había acusado de aquello había sido por envidia del vínculo que se había formado entre su padre y

ella… y también, por mucha vergüenza que le diese admitirlo incluso para sus adentros, por celos de su padre.

Sin embargo, aunque sabía de sobra que entre su padre y ella no había habido nada, no estaba tan seguro de que Tanya no quisiese verdaderamente Cottonwood para ella. En cualquier caso lo que verdaderamente lo fastidiaba era que, para poder conservar el patrimonio de su familia, tuviera que permanecer durante un año entero en la plantación cuando su vida y su negocio estaban en Atlanta.

¿Y por culpa de quién? De su padre, se respondió irritado.

«Pero si hubieras intentado llevarte bien con él ahora no tendrías que estar luchando por Cottonwood. Sería tuya, sin condiciones», le dijo la voz de su conciencia.

David sacudió la cabeza. Quizá habría sido más fácil renunciar a Cottonwood, pero no podía hacerlo. Allí había recuerdos de su madre, recuerdos de la que había sido la única época feliz de su vida.

Al oír abrirse la puerta del comedor alzó la vista, pero no fue Tanya quien entró, como esperaba, sino Ruth, la cocinera que llevaba años al servicio de la familia. Aunque su cabello era ya casi gris y tenía pequeñas arrugas en torno a las comisuras de los labios, no había cambiado nada.

–Ah, David… Me había parecido oírte bajar –lo saludó esbozando una leve sonrisa.

Se acercó a la mesa, y colocó frente a él un plato con pollo a la cazuela, patatas rojas, y verduras al vapor.

David enarcó las cejas.

–¿Tanya no va a cenar?

La mujer negó con la cabeza.

–Me llamó desde su habitación para decirme que pusiera sólo un servicio.

–¿Está bien? –inquirió él, recordando lo agitada que había estado cuando lo había dejado en el estudio.

Desde esa hora no la había vuelto a ver.

–¿Hay alguna razón por la que no debería estarlo? –preguntó a su vez la mujer.

David parpadeó.

–No que yo sepa –dijo, y se apresuró a cambiar de tema,

decidido a apartar a la joven de su mente, aunque sólo fuera durante la cena–. Esto huele que alimenta –murmuró inspirando el aroma a perejil, mantequilla y ajo.

–Esta tarde me acordé de que éste era uno de tus platos preferidos; por eso lo he hecho –dijo Ruth.

–Lo era… y sigue siéndolo –respondió David sonriendo–. De hecho, me encantaba todo lo que preparabas, Ruth. He echado de menos tu cocina, créeme.

La mujer frunció los labios y replicó en tono reprobador:

–Pues si tanto la echabas de menos, podrías haber venido a casa alguna vez que otra en estos cinco años, aunque sólo hubiese sido por la comida.

David, a quien sus palabras habían pillado desprevenido, se sonrojó porque sabía que tenía razón. Podría haber ido a Cottonwood en alguna ocasión, aunque sólo fuera de visita, haber intentado hacer las paces con su padre, pero había quedado harto de sus interminables discusiones y de albergar vanas esperanzas de un posible entendimiento para acabar sufriendo irremediablemente una nueva decepción.

Además, Tanya era otra razón por la que no se había atrevido a volver; porque, de haberlo hecho, tal vez ya nunca hubiera podido alejarse de ella.

–Lo sé, pero nunca me pareció que a mi padre le importase si venía de visita o no. Las veces que lo llamé siempre acabamos discutiendo.

La cocinera soltó un gruñido.

–Eso es porque siempre has sido tan cabezota como lo fue él. Ninguno de los dos estaba nunca dispuesto a ceder lo más mínimo –replicó. Puso los brazos en jarras, y mirándolo a los ojos le preguntó–: ¿Vas a quedarse esta vez?

David encogió los hombros.

–No tengo otra elección.

–¿Y qué pasará con Tanya? –inquirió Ruth con expresión preocupada.

–Seguirá administrando la plantación. Mi padre quería que fuese así.

Las facciones de Ruth se relajaron.

–Eso está bien –dijo–. ¿Sabes?, todos le hemos tomado mucho

cariño. Cuando llegó aquí no era más que una chica asustada, y no puedo ni imaginar lo terrible que debe ser para ella no poder recordar nada de su pasado, pero trabajó con ahínco y logró ganarse el respeto de tu padre.

Su voz destilaba admiración cuando continuó:

–Sin embargo, el año pasado fue especialmente duro para ella. Además de hacerse cargo de la administración de la propiedad cuando la salud de tu padre empezó a empeorar, también se ocupó personalmente de cuidarlo. Tu padre sentía verdadera adoración por ella.

David tomó la jarra de té helado y llenó su vaso calmadamente para no dejar entrever la sensación de culpabilidad que había atenazado su estómago al oír esas palabras. A pesar del rencor que le guardaba a su padre, sabía que le debía a Tanya una disculpa.

–Lo sé –murmuró.

Ruth entrecerró los ojos.

–Ninguno de nosotros queremos ver sufrir más a esa pobre chica –dijo–. Dios sabe que ya ha pasado por bastantes penalidades.

–Yo no quiero hacerle daño, Ruth.

La mujer le dirigió una mirada penetrante.

–Tal vez no, pero no se me ha olvidado lo idealizado que te tenía.

–De eso hace mucho tiempo. Entonces no era más que una adolescente.

Ruth se quedó callada un momento, y su mirada se suavizó.

–El paso del tiempo no lo cambia todo –le dijo.

Cuando se hubo marchado, David empezó a comer mientras le daba vueltas en la cabeza a ese último comentario. Ruth estaba equivocada, pensó. Tenía que estarlo. De no ser así, resistirse a la atracción que sentía por Tanya le resultaría mucho más difícil de lo que había imaginado… casi imposible. Dios, ¡si cada vez que estaban en la misma habitación se moría por tocarla!

Con un suspiro apartó el plato y decidió que sería mejor que subiese a comprobar si se encontraba bien. Quizá no hubiese bajado a cenar simplemente porque no tenía apetito, pero después de ver cómo había salido llorando aquella mañana estaba intranquilo.

Se levantó, salió del comedor, y subió al piso de arriba. El dormitorio de Tanya estaba al final del pasillo, y cuando llegó

frente a su puerta llamó suavemente con los nudillos.

–¿Tanya?

Al ver que no contestaba, extendió la mano hacia el picaporte, pero vaciló. ¿Debía entrar sin permiso? Quizá estuviese dormida y no lo hubiese oído, pero, ¿y si se encontraba mal? Recordó lo que le había dicho Ruth sobre cómo se había desvivido todos esos meses por su padre y, decidiendo que ella también se merecía que alguien cuidase de ella, volvió a llamar a la puerta.

Sobresaltada por los golpes en la puerta de su dormitorio, Tanya se quedó escuchando. Le había pedido a Ruth que no la molestaran. ¿Quién podía ser? ¿No sería David? Oh, Dios, no podía dejar que la viese así… Estaba segura de que pensaría que, si no era capaz de ser fuerte y sobreponerse al dolor por la muerte de su padre, no podría seguir llevando las riendas de la plantación, y entonces empezarían a discutir de nuevo.

Hundió el rostro en la almohada en un intento por ahogar el ruido de sus sollozos. ¿Por qué no podía dejar de llorar? Llevaba horas en su habitación y, aunque había llorado hasta quedarse dormida, al rato se había despertado y las lágrimas habían vuelto a aflorar a sus ojos. El dolor que la inundaba era tan terrible que tenía la sensación de que algo se había roto en su interior. Estaba tan cansada de ser fuerte…

Oyó que se abría la puerta, y supo que David había entrado en la habitación. Confiando en que la creería dormida, contuvo el aliento y se quedó muy quieta, pero al oír que la puerta se cerraba y que se acercaba a la cama, el corazón empezó a martillearle en el pecho, y no pudo evitar que un sollozo escapara de su garganta.

–¿Tanya? –la llamó David, acercándose más.

La joven estaba tendida sobre el costado, de espaldas a él y hecha un ovillo, sollozando con el rostro oculto contra la almohada. David no había esperado encontrarla así, y al verla fue por primera vez consciente de la magnitud de su dolor.

Con un nudo en la garganta se sentó detrás de ella, en el borde de la cama, sin saber muy bien qué podría decirle para consolarla, y le puso una mano en el hombro.

–¡Vete! –le dijo Tanya mortificada, apartándose de él.

Pero, incluso al decir esas palabras la joven se dio cuenta de cuánto ansiaba que la estrechara entre sus brazos. ¡Oh, Dios, cómo necesitaba que la abrazaran, que le dijeran que el horrible dolor que sentía no duraría siempre…!

–Vamos, Tanya… sólo quiero ayudarte –le dijo David.

Comprendía que era la última persona a la que le abriría su corazón, y lo avergonzaba haberla tratado como lo había hecho cuando lo estaba pasando tan mal.

Tanya no se movió.

–¿A qué has venido?

–No has bajado a cenar y vine a ver si estabas bien. He llamado a la puerta, pero supongo que no me has oído.

–Sí que lo oí –replicó ella con petulancia.

David esbozó una pequeña sonrisa, y volvió a poner la mano en su hombro. Tanya se tensó, pero no apartó su mano.

–Quizá si habláramos te sentirías mejor –le dijo.

Tanya suspiró al sentir cómo el calor de su mano se extendía por todo su cuerpo, y frunció el entrecejo, pensando en el aspecto tan horrible que debía tener en ese momento. Se incorporó con otro sollozo, agarró unos cuantos pañuelos de papel de una caja que tenía sobre la mesilla, y se sonó.

–Estoy bien –mintió con voz temblorosa.

No podía desnudarle su alma a David; él no había estado tan unido a su padre como lo había estado ella; era imposible que comprendiese lo que estaba pasando. Rodó sobre el costado hacia él, pero no lo miró.

–Tú no puedes ayudarme –murmuró, queriendo al mismo tiempo que se fuera y que se quedara.

David se quedó mirándola largo rato en silencio, y su corazón se enterneció. A pesar del cabello revuelto, los ojos rojos e hinchados y el rostro bañado por las lágrimas, estaba preciosa.

–Vamos, Tanya…Tal vez sí pueda –la instó, apretándole suavemente el hombro y sintiendo una punzada en el pecho al ver rodar otra lágrima por su mejilla–. Sé que lo estás pasando mal y, aunque no te voy a negar que no sentía por mi padre el mismo afecto que tú sentías por él, no soy de piedra.

Tanya lo miró y exhaló un pesado suspiro. Se incorporó despacio, quedándose sentada a su lado, y la expresión de su rostro

se suavizó cuando sus ojos se encontraron y vio la sombra de una profunda angustia en los de él.

–Lo echo de menos –murmuró.

El solo pronunciar esas palabras hizo que volvieran en torrente los recuerdos, y Tanya cerró los ojos para contener el dolor.

–Lo sé –le susurró David, deseando que hubiese algo que pudiera decir o hacer para aliviar su angustia.

Aunque habría querido abrazarla, contuvo el impulso, seguro de que ella rechazaría cualquier consuelo que viniese de él.

–En esta época del año no hay mucho que hacer en la plantación –añadió Tanya, apartando la vista–, así que no puedo ocupar mi mente en otras cosas. Supongo que eso lo hace más difícil.

–Y yo tampoco he sido de mucha ayuda, me temo –apuntó David, admitiendo lo que ella no había llegado a decir.

Tanya, que no quería que se sintiese más culpable, se mordió el labio inferior, y respondió: –A ti esto tampoco debe estar resultándote fácil.

David la miró conmovido. A pesar de su propio sufrimiento, era capaz de pensar también en cómo se estaría sintiendo él. No le extrañaba que su padre le hubiese llegado a tomar tanto afecto.

–Superar la pérdida de alguien a quien quieres nunca es fácil –contestó–, y por lo que Ruth me ha dicho tú has estado muy unida a mi padre estos cinco años.

Los ojos de Tanya volvieron a llenarse de lágrimas, pero las contuvo.

–Me encantaba trabajar con él. Me tendió la mano cuando estaba sola y desorientada, dándome un empleo y un lugar donde vivir, y me esforcé todo lo que pude para mostrarle mi agradecimiento –dijo–. De hecho, estaba tan necesitada de cariño que, aunque al principio se mostraba distante conmigo, no me rendí hasta que me dejó acercarme a él –le confesó riendo entre lágrimas.

David agachó la cabeza.

–Conseguiste lo que yo no he conseguido en veintisiete años.

Tanya puso una mano en su brazo.

–Lo siento mucho, David. Ojalá hubieras podido arreglar las cosas con él –le dijo con suavidad–. Probablemente te parecerá una tontería, pero creo que, de algún modo, me convertí en la influencia femenina que faltaba en su vida desde que falleció tu madre.

–No creo que sea una tontería –replicó él–. De hecho, tiene sentido. La muerte de mi madre fue un golpe muy duro para él, y nunca volvió a ser el mismo.

Tanya asintió en silencio.

–Eso me contó Ruth. Tu padre nunca me habló de ella –dijo–. Al principio, por ser mujer, me puso a ayudar en la casa, pero yo quería estar con él, conocer mejor al hombre que me había acogido, y a fuerza de insistir me dejó acompañarlo mientras supervisaba cada día el trabajo de los empleados de la plantación, para aprender, y poco a poco me fue dando pequeñas tareas… hasta que finalmente me dejó ser su… ayudante, podríamos decir –concluyó su explicación, dirigiendo a David una sonrisa algo triste–. Por la noche, después de cenar, a veces veíamos la televisión, o yo leía mientras él hacía crucigramas. A tu padre le… le encantaban los crucigramas…

Tanya no pudo seguir hablando. Los labios le temblaban, y cuando las lágrimas empezaron a otra vez por sus mejillas, se cubrió el rostro con las manos.

–Oh, no, ven aquí… –le dijo David, atrayéndola hacia sí–. Sss… no llores… todo irá bien, ya lo verás.

Pero Tanya siguió llorando. David la abrazó con más fuerza y ella se desahogó sin preocuparse ya por contener las lágrimas mientras le acariciaba el cabello.

La joven se fue calmando, y cuando su llanto amainó se quedó quieta entre sus brazos.

–Perdona –murmuró en un tono de voz casi inaudible, sin atreverse a mirarlo a los ojos.

¿Cómo podía haberse derrumbado así delante de David?, se reprendió irritada consigo misma. Pero era tan agradable estar entre sus brazos… sentir su calor, su fuerza, los latidos de su corazón…

La noche había caído, envolviéndolos en una penumbra rota sólo por la luz de la luna que entraba por la ventana, y el saber que estaban solos en su habitación, sentados en su cama, hizo que el corazón le palpitara con fuerza. Levantó la cabeza y se encontró con que sus labios estaban tan cerca de los de él… tan cerca… El cálido aliento de David se mezcló con el suyo, y se miraron a los ojos. La joven se quedó muy quieta, como hipnotizada.

–Tanya… –susurró David.

El tono ronco en que había pronunciado su nombre destilaba deseo, un deseo que se reflejaba también en sus ojos, y Tanya, incapaz de articular palabra, sencillamente esperó a que su boca se posara sobre la suya y se dejó arrastrar por el beso.

Una ola de calor la invadió cuando la lengua de David se introdujo en su boca, entrelazándose con la suya, y los pezones se le endurecieron al tiempo que la pasión le nublaba la razón. Se apretó más contra él, y pronto olvidó el motivo por el que David había ido a su habitación, el motivo por el que había estado llorando.

Las manos de David subieron por su espalda hasta alcanzar el fino cuello, y le sostuvieron la cabeza mientras su lengua exploraba la cálida cavidad de su boca. El placer que sentía la estaba consumiendo y rodeó a David con ambos brazos para atraerlo aún más hacia sí. Lo necesitaba tanto que nada le importaba más en ese momento que disfrutar esos instantes con él.

David respondió con un gruñido gutural, y la tumbó sobre el colchón, imprimiendo ardientes besos por todo su rostro, sus labios, la garganta… Cuando su mano se deslizó hacia las costillas de Tanya y acarició un seno, la joven se sintió estremecer de arriba abajo.

Arqueó la espalda para permitirle llegar con más facilidad al enganche del sujetador, y un instante después lo oyó abrirse con un pequeño chasquido. David le levantó la blusa, y cuando su boca se cerró sobre su seno el placer que experimentó fue tan intenso que tuvo la impresión de haber estallado en llamas.

Un profundo gemido escapó de su garganta, y al oírlo resonar en la habitación Tanya se quedó paralizada. David estaba sobre ella, con los labios sobre su pecho, mientras su lengua le hacía cosas maravillosas en el pezón.

¿Qué estaba haciendo? ¿Cómo podía estar haciendo aquello cuando apenas habían pasado unos días de la muerte de Edward? Y con su propio hijo, que no le había mostrado ni un ápice de respeto… Aquello estaba mal, muy mal.

–David, para… quiero que pares, por favor.

Oh, Dios, se había puesto en ridículo a sí misma. Con una punzante sensación de angustia en el pecho, puso las manos en el pecho de David e intentó empujarlo para apartarlo de ella.

–Tanya, ¿qué…?

–Quítate de encima de mí. ¡Por favor, quítate!

Sin otra palabra David se hizo a un lado y se bajó de la cama. Extendió una mano hacia ella para ayudarla a incorporarse, pero Tanya rodó sobre el costado y se bajó también de la cama.

David se quedó mirándola confundido.

–Vete, por favor –le suplicó la joven, tragando saliva y conteniendo un sollozo–. Quiero que te vayas.

–Tanya…

–Por favor. Déjame sola –insistió Tanya, dándole la espalda.

Cerrando los ojos con fuerza, se rodeó el cuerpo con los brazos y bajó la cabeza.

David no dijo nada más. Segundos después Tanya oyó la puerta abrirse y luego cerrarse, y el silencio la envolvió, haciéndola sentirse aún más sola de lo que se había sentido antes de que David hubiera subido a verla. Sólo entonces se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento. Oh, Dios, ¿qué había estado a punto de hacer?

Capítulo Cuatro

Ya sola, Tanya se puso el camisón y se metió en la cama, rendida por las emociones del día. Sin embargo, no tenía ningún sueño, y no podía dejar de pensar en lo que acababa de ocurrir.

«Estabas abatida; necesitabas un poco de calor humano, y él simplemente quería consolarte», se dijo tratando de quitarle importancia al asunto.

Sí, pero lo que había sido en un principio sólo un intento de consolarla, de pronto se había convertido en algo mucho más íntimo. Si no hubiera estado tan afectada jamás le habría permitido que la besara… y mucho menos habría respondido a su beso.

«Mentirosa; querías besarlo», le susurró su conciencia. El corazón le palpitó con fuerza, y las mejillas se le tiñeron de rubor. Lo cierto era que sí había querido que la besara. Había querido mucho más que eso; había querido hacer el amor con él. Un pesado suspiro escapó de sus labios. Podría haber hecho el amor con él, sí, pero, ¿qué habría pasado después? David tenía una vida en Atlanta, y le había dejado muy claro que si se iba a quedar en Cottonwood era sólo porque tenía que acatar los términos del testamento para poder heredar. Cuando el año hubiese terminado volvería a abandonar Cottonwood… y a ella también.

Tener un romance con David sería un gran error, un suicidio emocional. Ya la había herido una vez, y no podía permitir que volviera a ocurrir. Cierto que entonces sólo había tenido diecisiete años, y que había sido una ingenua, pero le había dolido igualmente que la hubiese besado como si la desease para luego marcharse sin una disculpa, sin una explicación, y no volver en cinco largos años, cinco años durante los cuales ella no había perdido la esperanza de que volvería, y había permitido que su ingenuidad de adolescente echase a perder cualquier posibilidad de tener una relación con otro hombre. De hecho, no había salido con ninguno más de dos o tres veces, y no podía ni recordar cuándo había sido su última cita.

Apretó los puños irritada. ¿Por qué no podía dejar de pensar en

él? ¡Si ni siquiera se fiaba de ella! Desde el momento en que había llegado la había insultado y se había mostrado de lo más desagradable con ella.

Dándose la vuelta en la cama, Tanya miró por la ventana y observó cómo el viento mecía las ramas del magnolio que había en el jardín. «Admítelo», se dijo, «estás medio enamorada de él. Lo has estado desde hace cinco años, por aquel beso que te dio antes de marcharse; has vivido con el sueño de que David volvería a casa, haría las paces con su padre, y se te declararía».

Rodando de nuevo sobre el costado se quedó tumbada boca arriba mirando el techo. «Está bien», pensó, «hagamos balance de los daños». A la mañana siguiente tendría que ver a David, así que lo primero sería dejarle claro que lo que había pasado esa noche había sido un error, que se había dejado llevar por la necesidad de ser consolada, y luego sólo tendría que centrarse en buscarse ocupaciones para pasar con él el menor tiempo posible a lo largo de la jornada. El día siguiente se marchaba a Washington, a una convención de agricultores, así que no tendría que verlo, y luego Dios diría.

Aunque estaba nerviosa por aquel viaje, ya no podía echarse atrás, porque le había prometido a Edward que iría a esa convención. No le había resultado difícil hacerle esa promesa. Desde que llegara a Cottonwood no había ido sola a ningún sitio por temor a que le ocurriese algo, después de que cinco años atrás la hubiesen encontrado amnésica, tirada en la carretera, pero en ese momento se alegró de tener un motivo para alejarse de la plantación durante un par de días. Necesitaba poner distancia entre David y ella, darse tiempo para pensar en lo que sentía hacia él, y quizá, para cuando volviese, lo que había ocurrido entre ellos estaría olvidado.

Cuando, en medio de la noche, un grito irrumpió en el silencio de su dormitorio, Tanya se incorporó en la cama como un resorte. Estaba sola. Había sido ella quien había gritado.

Con la respiración aún agitada, se cubrió el rostro con las manos. Estaba bañada en sudor frío, y tenía el camisón pegado a la piel.

Había tenido otro de esos extraños sueños, pero al despertarse las imágenes se desvanecieron de su mente. Se puso las manos en las sienes y se movió hacia delante y hacia atrás en la cama.

Oh, Dios, ¿por qué le estaba pasando aquello? ¿Por qué estaba teniendo aquellos sueños? ¿Y por qué eran cada vez más frecuentes? Había tenido el primero hacía varios meses, pero, a pesar del desasosiego que le había dejado, lo había atribuido a la situación de estrés que estaba viviendo por la enfermedad de Edward. Al poco tiempo había tenido otro, más vívido que el primero, y últimamente los estaba teniendo con preocupante frecuencia, y cada uno la dejaba más alterada y confusa que el anterior. ¿Qué significaban?, ¿y por qué apenas podía recordarlos cuando se despertaba?

De pronto, como si la hubiera conjurado con sus pensamientos, cruzó por su mente, como el fogonazo de un relámpago, la cara que había visto en su sueño. Su cuerpo se tensó cuando volvió a verlo y se desvaneció con la misma rapidez. ¡Una chica! Era el rostro de una adolescente, una chica con el cabello teñido de rojo y un aro de plata en la ceja.

¿Quién era aquella chica? Cerrando los ojos intentó concentrarse en los rasgos que recordaba. ¿La habría conocido quizá años atrás, antes de perder la memoria? ¿Sería una hermana?, ¿una amiga?

Tanya intentó recordar algo más del sueño, pero fue en vano. Abrió los ojos, inspiró profundamente, y se bajó de la cama.

Las piernas le temblaban, pero no supo si sería por el sueño, o por el pensamiento de que iba a volver a ver a David en unos minutos.

Se pasó una mano por el cabello y se dirigió al cuarto de baño. Después de darse una buena ducha se secó el pelo dejándoselo suelto ya que era domingo y no tenía que trabajar. Se puso un poco de colorete, se vistió y sintiéndose más presentable y dispuesta a hacerle frente a David, salió de su dormitorio y bajó al comedor.

Cuando entró él ya estaba sentado a la cabecera de la mesa, con un periódico en la mano.

Sintió su mirada sobre ella mientras avanzaba, y maldijo en silencio por el ligero traspié que dio mientras rodeaba la mesa.

En un esfuerzo por ocultarle su nerviosismo, y sobre todo porque habría sido sospechoso si no lo hubiese hecho, ocupó el asiento más

próximo al suyo.

–Buenos días –lo saludó dirigiéndole una breve mirada mientras acercaba la silla a la mesa.

–Buenos días, Tanya –respondió él doblando el periódico a la mitad y dejándolo a un lado.

Sólo con mirarla David sintió que los latidos del corazón se le aceleraban, algo que no le había ocurrido con ninguna otra mujer; ni siquiera con Melanie.

Aquella mañana, incluso vestida de manera informal, con unos vaqueros y un suéter, estaba preciosa. Se había dejado el cabello suelto, y los rubios mechones colgaban ocultándole la expresión de su rostro como una cortina.

Había bajado temprano con la esperanza de coincidir con Tanya en el desayuno y, aunque al entrar en el comedor se encontró con que aún no había bajado, decidió sentarse a esperarla. Tenía que disculparse con ella por el modo intolerable en que la había tratado desde su llegada. Sin duda debía odiarlo por lo que le había dicho el día que su padre había muerto. Y quizá fuese ésa la razón por la que le había pedido la noche anterior que se apartara de ella y se marchara. Resultaba comprensible.

–Escucha, Tanya, yo…

–David, yo quería…

Los dos se callaron al darse cuenta de que habían empezado a hablar a la vez, y se quedaron mirándose el uno al otro. David, al verla vacilar aprovechó la oportunidad.

–Si no te importa me gustaría hablar primero –le pidió muy serio.

–Claro –respondió ella, haciéndole un ademán para que continuara.

David inspiró profundamente.

–Te debo una disculpa, Tanya; aunque probablemente no haya palabras suficientes para disculpar el comportamiento que he tenido contigo desde que llegué.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

–¿Qué?

–A pesar de lo que puedas pensar, Cottonwood significa mucho para mí –dijo–. Esta propiedad ha sido el hogar de mi familia durante generaciones, y creía que iba a perderla. Además, estaba

resentido con mi padre por que hubiera puesto una condición tan ridícula en su testamento para que pudiese heredarla –le confesó, sin añadir que también había sentido celos de la estrecha relación que había habido entre su padre y ella–. Es sólo que… estaba tan enfadado con él… Pero no debí pagarlo contigo. Por eso quería pedirte perdón.

–Oh –murmuró Tanya.

No estaba segura de si podía creerle. ¿De verdad le importaba tanto la plantación… o simplemente no quería que fuera de ella? En cualquier caso, había algo que sí tenía claro, y era que, a pesar de lo que había ocurrido la noche anterior y de sus sentimientos hacia él, nada había cambiado entre ellos, a excepción de que ahora sabía que David la deseaba, y que aquello sólo haría que la convivencia con él un año entero fuese aún más difícil.

Quizá debería rendirse y abandonar Cottonwood. Pero, si lo hiciera, ¿dónde iría? Entonces pensó en Edward y en lo mucho que lo había querido. Gracias a él tenía un trabajo y un hogar. Tal vez a David no le hiciese gracia que pudiese quedarse en Cottonwood y seguir teniendo su empleo tanto tiempo como quisiese, pero su padre había dejado escrito en su testamento que ésa era su voluntad.

David se aclaró la garganta, sacándola de sus pensamientos. Tanya alzó la vista y lo encontró observándola con una mirada intensa.

–Hay algo más que quería decirte, algo que debería haber dicho mucho antes. Gracias por cuidar de mi padre.

Tanya no pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas.

–No tienes por qué dármelas –respondió con suavidad. Se quedaron mirándose durante un instante que pareció eterno hasta que ella apartó la vista. Retorciéndose las manos en el regazo, finalmente reunió el valor suficiente para volver a mirarlo–. Ya que estamos… yo también te debo una disculpa –murmuró, pero vaciló y se mordió nerviosa el labio inferior.

David frunció ligeramente el entrecejo.

–No se me ocurre ninguna razón por la que tengas que pedirme disculpas.

–Bueno, pues… sobre lo de anoche… en fin, lo que pasó anoche… quiero que sepas que lo siento. Estaba tan deshecha que

necesitaba un hombro en el que llorar, y sin darme cuenta me dejé llevar.

–A ver si lo entiendo: ¿te estás disculpando porque casi hicimos el amor? –inquirió David en un tono cauteloso.

Tanya miró preocupada en dirección a la puerta del comedor que comunicaba con la cocina, y luego volvió a mirarlo.

–No. Sí. Quiero decir… Sé lo que debiste pensar de mí. ¿Y te importaría hablar más bajo? Ruth puede entrar por esa puerta en cualquier momento.

Quiso la casualidad que justo entonces se abriera la puerta y entrara por ella la cocinera.

–Me pareció oír voces –dijo, colocando sobre la mesa una fuente con huevos revueltos y beicon y otra con unos panecillos recién horneados–. Buenos días a los dos. ¿Te encuentras mejor esta mañana, Tanya? –le preguntó a la joven mientras sacaba de un aparador dos tazas con sus platillos.

–Sí, gracias –respondió ella–. Y me he levantado con muchísima hambre –añadió tomando un panecillo y dándole un mordisco–. Mmm… están buenísimos estos panecillos, Ruth.

La cocinera, que había sacado cubiertos y servilletas de un cajón del aparador y estaba colocándolos en la mesa, sonrió complacida por el cumplido.

–Me alegra que te guste. Bueno, empezad a comer; enseguida traeré el café.

La mujer volvió a la cocina, regresó al cabo de un rato con una tarrina de mantequilla en una mano, y una humeante cafetera en la otra. Colocó la tarrina en la mesa, les sirvió café a ambos, e iba a marcharse de nuevo cuando Tanya la llamó:

–Ruth…

–¿Sí? –respondió la mujer deteniéndose junto a la puerta.

–Sólo quería recordarte que mañana no estaré aquí.

–Oh, sí, es verdad. Creo que lo tengo anotado en el calendario de la cocina, pero gracias por recordármelo.

Cuando hubo salido del comedor, Tanya cortó a la mitad el panecillo que había mordido, y se puso a untarle mantequilla. Cuando acabó le dio un mordisco, y cuando levantó la cabeza, masticando con mucha parsimonia, se encontró con que David estaba mirándola con una expresión curiosa. Se tragó el trozo de

pan con mantequilla y balbució:

–Oh, perdona. ¿Dónde estábamos?

–Creo que estabas diciéndome que sabías lo que estaba pensando después de que nos besáramos anoche –respondió él.

Tenía la impresión de que Tanya no era consciente de lo que evidenciaba lo ocurrido entre ellos la noche anterior. Habían cruzado una línea. Él había querido hacerle el amor. Y no una vez, sino una, y otra, y otra, hasta que ya no le quedaran fuerzas.

Evitando su intensa mirada, Tanya tomó la fuente con los huevos revueltos y el beicon.

–Lo que quiero decir es que no debería haber dejado que me besases –murmuró, mirándolo por el rabillo del ojo mientras se servía–. Había estado llorando porque echaba de menos a tu padre y…

–¿No te gustó el beso? –dijo él de pronto tomando la fuente, que Tanya había vuelto a dejar sobre la mesa.

A Tanya se le cayó el tenedor y, después de recogerlo con dedos torpes, le espetó mirándolo irritada:

–No me estás ayudando nada.

David enarcó las cejas.

–Perdona. Continúa.

–Sé que debiste pensar que era una persona horrible: me encontraste llorando por tu padre, y al momento siguiente estaba besándote y estuvimos a punto de… en fin, ya sabes. No sé qué me pasó. Supongo que me sentí bien por poder tener a alguien que me abrazara y que quisiera escucharme… y me dejé llevar.

David dejó de comer. De pronto había perdido el apetito.

–¿Me estás diciendo que como estabas triste necesitabas un hombro en el que llorar y me utilizaste como paño de lágrimas sólo porque aparecí en ese momento?

Tanya se sonrojó, aliviada de que no mencionara de nuevo lo cerca que habían estado de acabar haciendo el amor.

–Bueno, sí. Lo que quiero decir es que no era mi intención alentarte ni nada de eso.

David apretó la mandíbula. ¿De modo que lo que había ocurrido no significaba nada para ella? Por el modo en que le había respondido cuando la había besado, le costaba mucho creerlo, pero no replicó.

–No pensé eso en ningún momento –dijo en un tono mordaz.

–Entonces, ¿estamos de acuerdo en que fue un error?

¿Un error? ¿A quién le importaba si había sido o no un error?, se dijo David. Lo único que sabía era que, después de probar la noche anterior sus labios y el tacto de su piel le iba a resultar más difícil que nunca mantener las distancias con ella.

–Si es lo que quieres…

Tanya tragó saliva y miró la hora en su reloj de pulsera, ansiosa por salir de allí antes de que hiciera alguna estupidez, como decirle que quería lo que tuviera que ofrecer.

–Será mejor que me vaya. Tengo unas cuantas llamadas que hacer –farfulló.

Se puso de pie, pero se detuvo cuando su mirada se posó en el periódico doblado junto a David. En la portada aparecía un hombre moreno bastante atractivo que debía rondar los cincuenta.

–¿Quién es? –inquirió frunciendo el entrecejo–. Su cara me suena de algo.

–¿Cómo no va a sonarte? –respondió David–. Es Abraham Danforth; acaba de ser elegido senador por nuestro estado.

–Ah, claro, Abraham Danforth… –repitió Tanya.

Ladeó la cabeza y estudió la fotografía con más detenimiento para después leer el titular: Las puertas del Senado se abren para Abe Danforth.

–En los periódicos y los telediarios no hablan de otra cosa estos días –dijo David, extrañado de que no lo hubiera reconocido en un primer momento–. ¿No sabías que había ganado las elecciones?

–Sí, sí que lo sabía –le aseguró ella–. ¿Sabes?, se suponía que iba a estar en la convención a la que voy a asistir mañana en Washington, pero según parece en el último minuto le ha surgido un contratiempo y no va a poder asistir.

–¿Una convención? ¿Por eso le estabas diciendo a Ruth que se acordara de que mañana estarías fuera? –inquirió él curioso.

–Los dueños de plantaciones de soja de toda Georgia han organizado una convención a la que asistirán algunos congresistas para debatir sobre las regulaciones que el gobierno ha impuesto sobre la exportación y la importación, y sobre cómo afectarán al sector agrario –le explicó ella distraída, inclinándose sobre la mesa para ver más de cerca la fotografía.

No podía dejar de pensar que había visto a aquel hombre en algún sitio, pero desechó esa absurda idea diciéndose que si le resultaba familiar era sólo porque era un personaje público.

–¿Tanya?

La voz de David la sacó de sus pensamientos.

–Perdona; ¿qué decías?

–Te preguntaba que a qué vas tú allí.

Tanya se apartó un mechón del rostro.

–En la convención se dará a los agricultores la oportunidad de exponer sus puntos de vista, y eso es lo que pretendo hacer –le contestó–. El gobierno tiene que saber que los agricultores necesitan su apoyo, no que les pongan más dificultades de las que ya tienen –añadió por encima del hombro mientras se dirigía hacia la puerta.

David había descubierto en los últimos días muchas cosas de Tanya que desconocía, como que era lista, decidida, y leal, pero no podía imaginar cómo podría arreglárselas para defender sus ideas ante un grupo de congresistas. ¿Sabría siquiera en lo que se estaba metiendo?

–¡Tanya! –la llamó, poniéndose de pie.

La joven, que había llegado a la puerta, se detuvo y se volvió hacia él.

–Si quieres podría ir yo en tu lugar –le propuso David, no queriendo que se viera humillada ante un montón de gente.

Tanya lo miró patidifusa.

–¿Qué? ¿Por qué?

–Bueno, por mi trabajo he tenido que hablar muchas veces en público –le explicó, yendo junto a ella y sosteniéndole la puerta.

–¿Y? ¿Acaso crees que yo no sería capaz de hacerlo?

David hizo una mueca. Tal vez debía haber sido más sutil.

–Yo no he dicho eso.

Tanya lo miró con desdén.

–Mejor, porque me considero perfectamente capaz –le espetó–. Pero te agradezco el ofrecimiento –añadió en un tono que indicaba todo lo contrario.

–¿A qué hora piensas salir mañana? –inquirió David.

–Temprano. ¿Por qué? –respondió ella, cruzando los brazos sobre el pecho.

–Porque voy a ir contigo –contestó él muy resuelto.

Capítulo Cinco

El corazón le dio un vuelco a Tanya.

–¿Venir conmigo? Perdona, pero me parece que no.

David puso los brazos en jarras. Estaba empezando a preguntarse porqué cada vez que hablaban acababan discutiendo.

–¿Por qué no? ¿No dijiste que no sabía nada del cultivo de la soja? –apuntó.

–Bueno, sí, pero…

–¿Y qué mejor manera de aprender que ir a esa convención contigo y escuchar lo que se hable allí?

Lo que decía tenía lógica, pero, después de lo ocurrido la noche anterior, Tanya sabía que le resultaría muy difícil mantener bajo control sus sentimientos por él si pasaban más tiempo del estrictamente necesario el uno en compañía del otro.

–La mejor manera de aprender es que estés aquí cuando empiece la época de la siembra, y te quedes hasta la de la cosecha.

–Por eso no tienes que preocuparte; gracias a mi padre estaré –respondió él con acritud–, pero estamos en noviembre y la siembra no se hará hasta principios de año, así que iré adelantando si te acompaño. Puedes considerarlo como… apoyo moral.

–Ya tengo apoyo moral; Charlie Pryor, James Dickson, y Maggie Bates van a ir también –replicó ella, mencionando los nombres de algunos de los dueños de otras plantaciones de la zona.

–Estupendo –dijo David–, entonces de paso me servirá para retomar el contacto con nuestros vecinos.

Tanya apretó los labios.

–¿Y no tienes que ocuparte de tus negocios?

–Me llevaré el teléfono móvil por si me llaman de la oficina.

–Pero… es que esta convención se anunció hace meses –saltó ella, desesperada por encontrar un motivo para disuadirlo–. Dudo que a estas alturas puedas conseguir plaza en ningún vuelo.

David estaba empezando a tener la impresión de que no quería que fuese con ella. Se preguntaba por qué.

–Eso no es un problema; iré en el avión de mi compañía.

–¿Tienes un avión? –inquirió ella, visiblemente impresionada.

David miró su reloj y le dirigió una sonrisa divertida.

–Es un jet privado –respondió–. Sólo tendría que hacer una llamada y lo tendríamos esperándonos en el aeropuerto de Savannah dentro de unas horas. Cancela tu billete y vente conmigo.

Tanya lo miró pasmada.

–No puedo hacer eso –balbució, dando un paso atrás. Aquello se le estaba yendo de las manos.

–Claro que puedes –replicó él, dando un paso adelante para acortar la distancia que Tanya había puesto entre ellos–. Además, mi jet es mucho más cómodo que un avión comercial.

Tanya se humedeció los labios.

–La verdad es que nunca me he montado en un avión –le confesó–. Desde que llegué aquí, quiero decir. Antes no lo recuerdo, claro está.

–¿No has salido de Georgia en estos cinco años? –inquirió David sorprendido.

–Fui con tu padre a algunos sitios, pero sólo en coche, y siempre dentro del estado. Cuando salía de viaje por negocios siempre me preguntaba si quería acompañarlo, pero nunca lo hice.

–¿Por qué no? –preguntó él, sin poder reprimir la curiosidad.

–Temía que pudiese pasarme algo –respondió ella quedamente.

Por eso se había quedado en Cottonwood, donde de sentía segura.

David la tomó de la barbilla para que lo mirara.

–Voy a ir contigo, Tanya –le dijo en un tono firme–. Y te prometo que no dejaré que te pase nada.

Nunca hubiera imaginado que Tanya pudiera tener miedo a abandonar la plantación, pero teniendo en cuenta por lo que había pasado, era comprensible.

–Puedo hacerlo sola –insistió ella obstinadamente.

–No lo dudo, pero aun así voy a ir contigo.

Aquella intromisión no le hizo ninguna gracia a Tanya, que sabía muy bien lo que no estaba diciendo: que la plantación le pertenecía legítimamente a él y no a ella, que por tanto era asunto suyo y no de ella. Otra manera de recordarle, por muy sutil que fuera, que no la quería allí.

Sabía que haría mejor en mantener las distancias, pero la idea de hacer ese viaje con él resultaba demasiado tentadora.

–Bueno, si tan empeñado estás, tampoco voy a impedírtelo.

Tan pronto como dijo esas palabras el corazón le palpitó con fuerza.

–Estupendo. Entonces está decidido –dijo David soltándole la barbilla y bajando la mano–. ¿Sabes qué se me está ocurriendo? Podríamos salir esta tarde –le sugirió–. En el tiempo que tardemos en hacer las maletas e ir a Savannah en coche, tendríamos el jet esperándonos en el aeropuerto.

A Tanya aquella sugerencia la pilló desprevenida y no tuvo tiempo de reaccionar.

–Bueno es que… no sé si… –balbució.

–Vamos, di que sí, Tanya. Cenaremos en algún sitio bonito, y al pasar allí la noche estarás más despejada para la convención.

La posibilidad de poder pasar un poco más de tiempo lejos de Cottonwood, de todo lo que los separaba, resultaba tentadora.

–De acuerdo –claudicó finalmente.

David le acarició el cabello, y enredó un mechón rubio en su índice antes de soltarlo.

–Entonces iré a hacer esa llamada para que podamos salir esta tarde.

–¡Espera! –lo llamó Tanya cuando se estaba dando la vuelta para salir del comedor.

David se detuvo y se giró hacia ella con las cejas enarcadas.

–¿Cómo vas a conseguir habitación? –inquirió–. Lo más probable es que por la convención todos los hoteles estén llenos.

David le preguntó cómo se llamaba al que iba a ir ella y cuando Tanya se lo dijo asintió con la cabeza.

–Ya sé cuál es; uno que está en el centro. Entonces no habrá problema. Los hoteles suelen dejar libres algunas habitaciones por si se presenta algún dignatario, o una persona famosa. Ya me las apañaré, no te preocupes.

Le hizo un gesto de despedida y salió con una sonrisa.

Horas más tarde estaban montados en el coche de David, atravesando Cotton Creek camino de Savannah. Las calles ya

estaban siendo decoradas con adornos navideños.

–Me encanta esta época del año –dijo Tanya observándolo todo con ojos brillantes–; sobre todo la celebración del Día de Acción de Gracias que da comienzo a las vacaciones.

David sonrió al verla tan entusiasmada.

–¿No me digas que se sigue haciendo esa celebración aquí en Cotton Creek? –inquirió.

Hasta que se fue a la universidad, no se había perdido esa fiesta ni un año, y de pronto acudieron a su mente imágenes de sí mismo de niño de la mano de su madre, esperando mientras su padre compraba buñuelos de crema. Aquel pensamiento hizo que el corazón se le encogiera. Tenía gracia. No se había acordado de aquello en años.

Tanya asintió con la cabeza.

–Es este jueves por la noche.

–¿Este jueves ya? –exclamó David. El corazón le palpitó con fuerza al imaginarse yendo con ella–. ¿Sabes?, yo solía ir cada año antes de que me fuera a estudiar a la universidad.

Tanya giró el rostro hacia él con una sonrisa maliciosa.

–¿Para qué?, ¿para conocer chicas?

–Siento decepcionarte, pero no –contestó él riéndose–. Aquí sólo hay un instituto, así que había pocas chicas a las que no conociera.

–Ah –dijo Tanya.

Pero no pudo evitar preguntarse a cuántas de ellas habría conocido de un modo más íntimo.

–¿Qué tal se están apañando en Atlanta sin ti? –le preguntó, cambiando de tema.

–Oh, bien. Me fui tranquilo porque sé que Justin, el vicepresidente de la compañía, es más que capaz de hacerse cargo de todo sin que tenga que estar encima de él.

–¿Y tú?, ¿te está costando hacerte a esto? –inquirió Tanya.

–Bueno, un poco, pero no lo llevo mal –respondió él.

Estaba acostumbrando al ritmo vertiginoso de la gran ciudad, pero cuando echó los hombros hacia atrás se dio cuenta de que la tensión que solía notar en ellos había desaparecido.

Lo cierto era que el estar otra vez en la plantación tenía algunas cosas buenas, se dijo, como las comidas de Ruth, y había empezado a apreciar las pequeñas cosas que en Atlanta no tenía, como el

silencio, respirar aire sin polución… a esas cosas no le había costado acostumbrarse.

Tanya se mordió el labio, pensando en la vaga respuesta que David le había dado. No le parecía que estuviese muy contento con la idea de tener que permanecer contra su voluntad durante todo un año en Cottonwood.

Claro que era normal. Su vida estaba en Atlanta. Además, era un hombre atractivo, seguro de sí mismo, y con éxito, y, cuando quería, admitió Tanya a regañadientes, podía ser encantador. Era imposible que no hubiese tenido alguna relación durante el tiempo que había estado viviendo allí.

–¿Y no has dejado a nadie esperándote en Atlanta? –inquirió sin poder reprimirse.

David la miró largamente y le contestó que no. Tanya se quedó callada, aunque no le pasó desapercibido cómo había apretado la mandíbula al decirlo.

–Pero había alguien especial, ¿verdad? –insistió al cabo de un rato.

David volvió a apretar la mandíbula.

–Hubo un tiempo en que creí que era especial, pero estaba equivocado –respondió. Por un momento pensó en zanjar la conversación en ese punto, pero sin saber por qué siguió hablando–. Se llamaba Melanie. Nos comprometimos, e íbamos a casarnos, pero lo nuestro no funcionó.

–¿Piensas en ella alguna vez?

David exhaló un pesado suspiro.

–No si puedo evitarlo.

–¿Qué ocurrió?

Él se encogió de hombros.

–Pues que le importaba más mi dinero que yo.

–¿Te dijo eso ella? –inquirió Tanya mirándolo con los ojos muy abiertos.

–No, me lo dijo Justin. Melanie había estado pavoneándose ante su cita una noche que salimos los cuatro juntos. Según parece le había contado entre risas lo fácil que le resultaba conseguir de mí todos los caprichos que quería. Cuando Justin se enteró me lo contó. Yo le dije que estaba loco. Supongo que no quería creerlo, pero Justin era mi amigo, y confiaba en él, así que empecé a prestar

más atención al dinero que gastaba. Le había dado una tarjeta de crédito, así que podía llevar un control de los gastos que hacía con ella –le explicó, callándose un momento y suspirando de nuevo–. Fue entonces cuando descubrí que había dejado su trabajo hacía meses. Le pregunté por qué lo había hecho, y en resumidas cuentas me contestó que no lo necesitaba, porque yo ganaba tanto dinero que podía comprarle lo que quisiera, y que no pensaba volver a trabajar. Pensé en lo que me había dicho Justin, y le sugerí que se buscase otro trabajo y que intentase gastar menos. Se puso como una fiera. Tuvimos una fuerte discusión, y me dijo que no tenía por qué seguir conmigo, que podía encontrar a otro hombre que cuidase de ella y que le aportase más emocionalmente que yo.

Sintió que se le revolvía el estómago sólo de recordarlo. Había sido un duro golpe que la persona a la que creía amar hubiese resultado estar con él sólo por su dinero, pero desde entonces lo habían atormentado esas palabras, que le sería fácil encontrar a alguien que pudiese aportarle más emocionalmente que él. Tal vez Melanie tenía razón al decirle aquello, pensó, tal vez sencillamente no se le dieran bien las relaciones. Al fin y al cabo, había sido incapaz de hacer las paces con su padre en cinco años.

En cualquier caso, el romper con Melanie sólo había sido un golpe para su orgullo. Con Tanya en cambio, se dijo mirándola de soslayo, el peligro era mayor, porque, si no tenía cuidado, podía acabar arriesgando su corazón. Pero aquello era algo que no iba a permitir.

–Debía estar loca para no darse cuenta de lo que tenía –murmuró Tanya, tragando saliva al darse cuenta de que lo había dicho en voz alta.

David la miró asombrado.

–¿Es mi imaginación, o acabas de hacerme un cumplido?

Tanya se sonrojó ligeramente pero no dijo nada, y aunque no estaba seguro de si quería saberlo, David le preguntó:

–¿Y qué me dices de ti?, ¿alguien especial en tu vida?

Tanya se removió incómoda en el asiento.

–No. He salido con varios hombres, pero no he tenido ninguna relación seria.

–Claro que en una pequeña ciudad como Cotton Creek tampoco habrá mucho donde elegir.

Tanya asintió.

–No, es verdad, pero aun así tiene su encanto –replicó–. No me imagino viviendo en otro sitio. Me encanta esto.

Mientras tomaba la autopista, David observó pensativo el perfil de la joven. Tanya no recordaba su pasado, ni a su familia, ni el lugar del que provenía, así que, necesitada de vínculos emocionales, había hecho de Cottonwood su hogar. Era el único hogar que conocía, y lo avergonzó pensar que había querido alejarla de allí con el pretexto de que le iría bien estudiar una carrera en la universidad.

¿Cómo podía haber sido tan cruel?, se recriminó. Había estado tan imbuido de resentimiento, que no se había parado a pensar en el daño que podía estar causándole.

Unos cuarenta minutos después, cuando estaban llegando a la salida de la autopista que iba al aeropuerto, David le preguntó:

–¿Has estado alguna vez en Savannah?

–Sólo un día que me trajo tu padre. ¿Y tú?

–Savannah era donde iba a conocer chicas.

Tanya se echó a reír, y David se dijo que era aún más bonita cuando reía, si es que eso era posible.

–¿Te apetece que tomemos el desvío y demos una vuelta por la ciudad antes de ir al aeropuerto? –le propuso.

Los ojos de Tanya brillaron ilusionados.

–¿Tenemos tiempo?

David miró su reloj.

–Sí, todavía tenemos unos minutos.

Y, tomando el desvío, entraron en la ciudad y se dirigieron al casco antiguo.

Cuando pasaron por delante de una magnífica casa, una mansión de ladrillos rojos, Tanya la miró admirada y comentó:

–Qué edificios tan bonitos hay aquí, ¿verdad?

David asintió y le señaló otra casa, construida al estilo regencia.

–Si quieres podríamos volver otro día y recorrer estas calles a pie –le propuso David, pensando cuánto le gustaría ser quien le enseñase la ciudad.

–Oh, sí, me encantaría –contestó ella entusiasmada.

Estaba disfrutando mucho de su compañía. Quizá demasiado. Nunca hubiera imaginado que pudiesen hablar así, con confianza, y llevarse bien. Por primera vez desde su regreso tuvo la sensación de que su relación estaba cambiando y, a pesar de que temía volver a dejarse llevar por su ingenuidad y acabar siendo herida por David, quería pasar más tiempo con él y conocerlo mejor.

La placa de una calle llamó su atención de repente y, con el entrecejo fruncido, se giró en el asiento para mirar hacia atrás por la ventanilla.

David bajó unas cuantas calles más, y había girado en Park Street cuando oyó a Tanya emitir un gemido ahogado.

–¿Estás bien? –le preguntó mirándola de reojo.

–Sí –respondió ella, pero se llevó una mano a la sien.

–¿Qué te pasa?

–Nada, una tontería. Es que he tenido una sensación extraña, como si hubiera estado aquí antes.

–¿En serio?

–Es una tontería –repitió ella, lamentando haberlo mencionado–. Le pasa a todo el mundo y no significa nada. ¿A ti no te ha pasado nunca?, ¿eso de tener la sensación de que ya has vivido un momento o que has visto algo antes?

–Bueno, sí –admitió David.

Pero nunca había reaccionado como lo había hecho ella, añadió para sus adentros, casi con angustia.

–¿Seguro que estás bien?

Tanya asintió con la cabeza, y señaló el reloj del salpicadero.

–Será mejor que nos vayamos ya o llegaremos tarde –farfulló, esperando que David dejase el tema.

Pero, aun así, se volvió en el asiento para ver mejor los lugares que iban dejando atrás.

Al bajar por Bull Street pasaron por un parque inmenso, y David, al advertir su interés en él, le dijo:

–Ése es el parque Forsyth.

Tanya frunció el entrecejo.

–Forsyth… –repitió en voz baja.

La curiosa expresión de su rostro hizo que David le preguntara:

–¿Habías oído antes ese nombre?

–No, creo que no –murmuró Tanya, aún con el entrecejo

fruncido.

Pero se giró hacia él y volvió la cabeza para poder seguir mirando el parque por la ventana trasera mientras se alejaban.

No sabía por qué, pero aquel parque le resultaba familiar. Cuando volvió de nuevo la cabeza hacia delante se encontró con David mirándola.

–Estoy bien –le aseguró.

David bajó por otra calle, y luego por otra.

–Creo recordar que una de estas calles lleva al aeropuerto –murmuró, mirando a uno y otro lado a través del parabrisas.

–Es por allí –dijo Tanya de pronto, indicándole que girase en la siguiente.

David hizo el giro y al ver que al final se divisaba una salida a la autopista, miró a Tanya sorprendido.

–¿Cómo lo sabías?

–No sé –respondió ella encogiéndose de hombros–. Debo haber visto una indicación hace un rato o algo así.

David frunció el ceño pero no dijo nada, y Tanya se recostó en el asiento, segura de que no había visto ninguna indicación al aeropuerto.

Tal y como David había dicho, el jet de su compañía estaba esperándolos en el aeropuerto de Savannah cuando llegaron. Tanya miró con desconfianza el pequeño aparato, pero cuando David le dio su palabra de que era seguro, subió a él.

Sin embargo, cuando se hubieron sentado y el piloto encendió los motores, sus manos se aferraron a los brazos del asiento y miró a David.

–No te preocupes –le dijo él poniendo su mano sobre la de ella–. ¿No te prometí esta mañana que no iba a dejar que te pasase nada? Échate hacia atrás y relájate.

¿Que se relajara? Le sería difícil. Y no sólo porque fuese, al menos que ella recordara, su primer viaje en avión, sino también porque el contacto de la mano de David sobre la suya estaba haciendo que se notase un curioso cosquilleo por todo el cuerpo.

Sin embargo, dejó de prestar atención a la mano de David cuando el avión despegó y vio por la ventanilla que estaba a la

izquierda de David cómo se iban alejando del suelo. Pronto todo se hizo pequeño allí abajo, como una maqueta a escala.

–¿Qué te parece? –le preguntó David.

–Es increíble –murmuró Tanya, sonriéndole.

La expresión maravillada de su rostro hizo que David se alegrara de haberla convencido para que cancelara su billete y fuera con él.

–¿Has visto ese lago? –le dijo señalándole una gran masa de agua.

Tanya se inclinó hacia delante para poder verlo, y al hacerlo su pecho rozó el de él.

–Es precioso –murmuró.

–Tú eres preciosa.

Tanya volvió la cabeza hacia él. Los ojos de David, oscurecidos por el deseo, parecían aún más azules, y al mirarse en ellos sintió que se le cortaba el aliento.

David le pasó una mano por detrás del cuello para apoyarla en su nuca, y la joven se estremeció por dentro. Bajó la vista a la boca de David y se lamió los labios sabiendo que iba a besarla, anticipando el momento.

Los labios de David se posaron suavemente sobre los suyos, besándola de un modo juguetón, tentador, explorándolos con una ternura infinita, y Tanya dejó escapar un hondo suspiro de placer al sentir que su lengua se adentraba en su boca para enredarse con la suya y después retroceder, haciéndola ansiar mucho más.

Segundos después, cuando David deslizó una mano hacia su pecho, el placer que experimentó fue tan intenso, tan dulce, que intentó girarse hacia él para darle mejor acceso, y sólo entonces recordó que tenía abrochado el cinturón de seguridad, y que el reposabrazos se interponía entre ellos. Despegando sus labios de los de él, se echó hacia atrás, parpadeó, y se quedó mirando a David.

–Diablos –farfulló David, riéndose y disipando la tensión del momento–. En el futuro recuérdame que planifique mejor dónde intento seducirte.

Tanya se sonrojó, pero en sus labios se dibujó una sonrisa, y se recostó en el asiento, con la cabeza todavía mareada no tanto por la altitud como por el deseo insatisfecho.

Capítulo Seis

Cuando el avión aterrizó era demasiado tarde para hacer turismo, pero David le dijo a Tanya que la llevaría en otra ocasión para que pudiera conocer la ciudad.

Tal y como David había dicho, el hotel en el que Tanya había reservado habitación tenía libre una suite en el ático. El precio por una noche era escandaloso, pero para David el dinero no suponía un problema.

Tomaron un taxi y se fueron allí directamente. Después de registrarse en recepción David la acompañó a su habitación, y después de que el botones le dejara las maletas dentro y se fuera, se volvió hacia ella.

–Quizá sea un poco temprano, pero, ¿te apetece que vayamos a cenar?

Tanya asintió y le dijo que escogiera él el sitio. Quedaron a una hora, y cuando David se hubo marchado, abrió su maleta y sacó la bolsa de aseo. Entró en el baño para refrescarse un poco y se puso el único vestido de noche que había llevado consigo: uno rojo de seda que se había puesto las Navidades pasadas. Luego se calzó unos zapatos negros de tacón, y se puso un colgante de oro blanco que llevaba engarzado un pequeño diamante. Tomándolo entre sus dedos miró la piedra pensativa.

Edward se lo había regalado por su último cumpleaños. Los ojos se le llenaron de lágrimas al pensar en él, pero las contuvo. Había veces que la pena todavía la abrumaba, pero sabía que él no habría querido que estuviese triste.

Mientras esperaba a David estuvo repasando las notas para su intervención del día siguiente, en la convención, y se dijo que haría que Edward, estuviese donde estuviese, se sintiese orgulloso de ella.

Apenas habrían pasado un par de minutos cuando oyó que llamaban a la puerta. Tomó su chal, y se lo echó sobre los hombros antes de ir a abrir.

–Hola, ya estoy lista –saludó a David, de pie en el pasillo.

David la recorrió con la mirada, fijándose en cómo aquel vestido rojo abrazaba su figura, marcando cada curva. Más que salir a cenar, de lo que sintió deseos en ese momento fue de entrar en la habitación con ella, cerrar la puerta y arrancarle el vestido.

–Estás preciosa.

–Gracias. Bueno, ¿adónde me vas a llevar? –inquirió tomando su bolso de mano de una mesita junto a la puerta.

David le respondió que a un conocido restaurante que no estaba muy lejos del hotel.

–¿Prefieres que tomemos un taxi, o que vayamos andando? –le preguntó, rogando por que optara por lo segundo.

Si se metían en un taxi, le resultaría casi imposible ir sentado junto a ella y no tocarla.

–Vayamos paseando –contestó Tanya–. No hace frío, y me gustaría ver algo más de Washington que el interior del hotel mientras estemos aquí.

David asintió, y caminaron unos cuantos bloques calle abajo hasta llegar a un pintoresco restaurante flanqueado por un bar y un club nocturno. Cuando se hubieron sentado una camarera fue a tomarles nota de lo que iban a tomar, y luego se marchó.

–Es bonito este sitio –comentó Tanya, mirando en derredor–. ¿Habías estado aquí antes?

David asintió con la cabeza.

–Una o dos veces –respondió–. Bueno, ¿te sientes preparada para mañana?

Tanya sonrió.

–Creo que sí. Estaba repasando mis notas antes de que vinieras a buscarme a la habitación. Pero, de todos modos, sólo tendré unos minutos, porque van a hablar muchos asistentes.

No parecía nerviosa, pero aun así David volvió a preguntarse si sabría en lo que se estaba metiendo.

–¿Es la primera vez que se celebra una convención de este tipo? –inquirió.

Tanya negó con la cabeza.

–No, ha habido varias estos últimos años, pero era tu padre quien iba a ellas.

No le pasó desapercibido cómo se tensaron los hombros de David cuando mentó a su padre, y optó por cambiar de tema. No

habían discutido desde que habían salido de Savannah, y no quería decir o hacer nada que estropease esos momentos que estaban teniendo.

Durante la cena la conversación pasó del trabajo de David a la plantación, para luego volver al tema de la convención, y mientras hablaba Tanta se dio cuenta de que David la estaba mirando de un modo extraño.

–¿Tengo manchados los labios de salsa? –inquirió preocupada.

–Tus labios están perfectos –replicó él. «Son perfectos», se dijo mentalmente, reprimiendo el deseo de besarlos de nuevo–. Estaba pensando en lo mucho que has cambiado desde aquel día en que llegué después de licenciarme y te encontré viviendo en Cottonwood.

Tanya crispó el rostro.

–No me lo recuerdes. Ojalá supiera qué hizo que me tiñera el pelo de ese horrible tono de rojo. Tardó todo el verano en írseme el color, después de un montón de lavados y varios cortes.

–Te daba un aire bastante punky –comentó él riendo–, aunque he de confesarte que incluso así me sentí muy atraído hacia ti.

–¿En serio? –dijo Tanya asombrada.

Nunca lo hubiera imaginado. Ella había intentado llamar su atención durante todo el verano, pero le había dado la impresión de que él la veía sólo como una molestia.

–Si te sorprende tanto es que no te transmití el mensaje adecuado cuando te besé antes de irme –murmuró David.

Tanya no le dijo que aquel beso había permanecido en su memoria durante esos cinco años, que había estado medio enamorada de él por aquel entonces, ni que por su causa no había sido capaz de tener una relación con ningún hombre.

–Creía que me odiabas. Ese día estabas tan enfadado…

David enarcó una ceja.

–¿Que te odiaba? Dios, Tanya, ¿cómo iba a odiarte si te deseaba?

Tanya se rió azorada, y se cubrió el rostro con ambas manos antes de reunir el valor suficiente para mirarlo de nuevo.

–No he podido olvidar en estos cinco años el día que te marchaste –le confesó sonrojándose.

–Me rogaste una y otra vez que me quedara –murmuró él, en un

tono casi sombrío.

–¡Qué estúpida fui, creyendo que podría convencerte!

David extendió una mano y tomó la de Tanya.

–Quizá fuiste un poco ingenua, pero no estúpida.

Tanya sintió que el tacto de David le quemaba la piel.

–Me habría gustado que te hubieses quedado –dijo con un suspiro.

–Lo sé –contestó él en un tono quedo–, pero no podía. Mi padre y yo nunca nos llevamos bien, y si no me hubiese marchado probablemente las cosas sólo habrían empeorado.

–¿Por qué? –inquirió Tanya.

¿Qué había causado aquel distanciamiento entre padre e hijo?

–Para empezar –respondió David, acariciándole la palma de la mano con los dedos–, porque mi padre y yo nunca estuvimos de acuerdo en nada.

–¿En nada? –repitió ella curiosa.

–En casi nada –respondió él, torciendo el gesto–. Aunque nuestra relación no siempre fue tan tensa. Cuando yo era pequeño y mi madre todavía vivía, recuerdo que mi padre era un hombre muy distinto.

–¿En qué sentido? –inquirió Tanya.

–Éramos una familia feliz, pero la muerte de mi madre destrozó a mi padre, y de la noche a la mañana se convirtió en una persona a la que no conocía. Empezó a ignorarme, a tratarme de un modo distante.

Tanya se sintió triste por él.

–¿Qué edad tenías entonces?, ¿doce años? –inquirió.

No recordaba con exactitud cuánto le había dicho Edward que hacía que había muerto su esposa.

David apretó la mandíbula.

–Diez. No espero que me creas, pero durante mucho tiempo estuve intentando acercarme a él. Sin embargo, nada de lo que hacía lo complacía, así que pensé que si me independizase y consiguiese prosperar, quizá al menos reconocería mi potencial. Así que me puse a trabajar, inicié mi propio negocio, y gané mucho dinero, pero las veces que hablamos por teléfono lo único que tenía que decir era que debería haberme quedado en la plantación, que mi sitio estaba allí.

–Lo siento–murmuró Tanya sacudiendo tristemente la cabeza–. Yo no llegué a conocer a ese hombre del que me hablas –le dijo.

O quizá sí, pensó, recordando aquellas ocasiones en que había intentado convencerlo de que hiciera las paces con David, y se había revuelto como un puercoespín, negándose incluso a hablar de él.

–A veces era muy cabezota –admitió–, pero en estos últimos años su carácter se suavizó mucho.

David apuró el vino que quedaba en su copa.

–Me alegra que te tuviera a ti en sus últimos años de vida, ya que yo no logré hacerlo feliz.

Esas palabras hicieron que los ojos de Tanya se llenaran de lágrimas, pero las contuvo. David debía haberse sentido muy solo en su niñez, y por primera vez en su vida se sintió verdaderamente enfadada con Edward. ¿Cómo podía haber tratado a su hijo de ese modo?

Quizá había visto en ella una segunda oportunidad, una oportunidad para redimirse. ¿Sería ése el motivo por el que la había acogido. Por desgracia nunca lo sabría.

–¿Te has arrepentido alguna vez de haberte ido, o te has preguntado si las cosas habrían sido distintas si no lo hubieses hecho? –le preguntó a David.

Él sacudió la cabeza.

–Sabía que si me quedaba habríamos acabado odiándonos –respondió quedamente–, y yo no quería odiarlo.

Tanya no salía de su asombro. Había estado tan convencida de que se había marchado porque la detestaba, que nunca había imaginado que pudiera haberlo hecho por salvar la relación con su padre.

El solo pensamiento la conmovió. David acababa de revelarle una faceta de sí mismo que hasta entonces había desconocido. ¡Y pensar que durante todos esos años lo había tenido por un egoísta y un insensible…!

–Oh, David –murmuró–. Lo siento tanto…

Nunca hubiera pensado que pudiera querer tanto a su padre como para alejarse de él para evitar que su relación se siguiese deteriorando.

Cuando salieron del restaurante el fresco aire de la noche hizo

estremecer a Tanya. David, que lo advirtió, le ofreció su chaqueta, y antes de que pudiera rechazarla, se la quitó, y se la puso sobre los hombros, encima del chal. Sin embargo, en vez de soltarla, tiró de las solapas para atraerla hacia sí, y Tanya ni siquiera protestó cuando los labios de David se posaron sobre los suyos. Fue un beso sensual, lleno de promesas, que hizo que un cosquilleo delicioso le recorriera la espalda.

–Qué bien sabes… –le susurró David cuando despegó sus labios de los de ella y levantó la cabeza.

Tanya no podía articular palabra, y sintió que el corazón le martilleaba con fuerza en el pecho mientras caminaban en silencio de regreso al hotel. Cuando estuvieron dentro del ascensor, al fin reencontró su voz.

–Me alegra que me convencieras para que nos viniéramos hoy y no mañana por la mañana –le dijo.

David la rodeó con el brazo y la atrajo hacia sí.

–Podríamos subir a mi suite y tomar una copa –murmuró contra sus labios.

Tanya sabía lo que ocurriría si aceptaba, pero, ¿cómo podría negarse?

–Está bien –respondió, estremeciéndose ligeramente.

Se lamió los labios, y al alzar los ojos lo encontró mirándola.

David sintió que todo su cuerpo se tensaba cuando vio la lengua de Tanya humedeciendo sus labios, y notó en su vientre una intensa oleada de calor. Dios, cómo la deseaba…

Cuando el ascensor llegó a la última planta, la llevó a su suite. Tenía tres veces el tamaño de la habitación de Tanya, y estaba dividida en dos dormitorios, una sala de estar, y un cuarto de baño.

A través de los amplios ventanales de la sala se podía admirar una hermosa y romántica vista nocturna de la ciudad, y mientras David encendía las luces Tanya fue hasta allí para asomarse.

Cuando hubo dejado la llave de la habitación en una mesita alta, David se acercó a ella por detrás, le quitó de los hombros la chaqueta, luego el chal, y la besó suavemente en el cuello.

–¿Te apetece algo de beber? –le preguntó mientras dejaba la chaqueta y el chal sobre un silloncito–. Hay un minibar. O, si lo prefieres, podemos pedir algo para que nos lo suban.

Tanya se estremeció y sacudió la cabeza, y David, incapaz de

resistir la tentación, la atrajo hacia sí, tomando sus labios de terciopelo. Tanya respondió al beso buscando su lengua con la suya y alimentando su deseo.

David despegó su boca de la de ella un momento para lamerle los labios y luego tirar de ellos sensualmente con los suyos. Tanya exhaló un profundo suspiro, y David se apartó un poco para mirarla.

–Tanya, hay algo que tengo que preguntarte.

La joven abrió los ojos y se miró en los de él.

–¿Qué?

–Esta mañana dijiste que fue un error que anoche casi hiciéramos el amor.

Tanya tragó saliva.

–Lo recuerdo –susurró.

–Necesito saber si todavía piensas que esto sería un error.

Tanya no contestó. En vez de eso, se apretó contra él, alineando su cuerpo con el suyo, y subió una mano hasta su pecho. Había esperado tanto tiempo que llegara aquel día, aquel momento… no, no iba a dejarlo pasar. Sabía que estaba jugando con fuego, pero no le importaba.

David tomó de nuevo su boca en un beso profundo que provocó en su interior una explosión de deseo, un beso cargado de promesas.

Cuando se frotó contra él, David levantó la cabeza, se miraron, y, sin mediar palabra, él le bajó los tirantes del vestido, para acariciarle luego los hombros desnudos antes de extender las manos por detrás de ella para bajarle la cremallera. Mientras tanto ella tampoco perdió el tiempo, y comenzó a desabrocharle la camisa, para luego bajársela por los hombros.

Segundos después el vestido caía al suelo formando un remolino en torno a sus pies, y dejándola prácticamente desnuda ante él. Se estremeció ligeramente, pero no de temor, sino de deseo.

David dio un paso atrás y sus ojos la recorrieron de abajo arriba, deteniéndose un instante en sus senos antes de buscar los suyos. Tanya se sintió enrojecer ante aquel escrutinio.

–Creo que los dos tenemos que estar completamente desnudos para hacerlo –le dijo con una sonrisa tímida.

David se fijó en cómo se le marcaban los pezones bajo el sostén, y sintió que cierta parte de su cuerpo se endurecía.

–Bueno, no necesariamente, pero es mucho más divertido.

Tanya contuvo el aliento cuando vio que sus dedos comenzaban a desabrochar el cinturón. David la miró, como retándola a ser capaz de apartar la vista, pero ella lo sorprendió desenganchando el cierre del sujetador. Cuando los liberó, sus senos rebotaron ligeramente, y David se notó de pronto terriblemente seca la boca. Olvidándose de que todavía no había acabado de desvestirse la atrajo hacia sí, subió una mano a su pecho, y le acarició un pezón con el pulgar.

Tanya cerró los ojos, y por un momento David creyó que iba a desmayarse en sus brazos, pero luego volvió a abrirlos y lo observó mientras tomaba ambos senos en las palmas de sus manos. Comenzó a masajearlos lentamente, de un modo muy erótico, y la joven se tambaleó ligeramente.

David la alzó en volandas y la llevó a la habitación más grande, depositándola sobre la cama para quitarse el resto de la ropa. Cuando se volvió hacia ella, Tanya le tendió los brazos en una muda invitación, pero David se dio cuenta de que aún la cubría una prenda, unas braguitas blancas de encaje. Enganchó los pulgares en el elástico, a cada lado de las caderas, y se las bajó lentamente para luego sacárselas por los pies y arrojarlas a un lado. Luego fue con ella.

Tanya suspiró de placer cuando el cuerpo de David cubrió el suyo y, como si tuvieran vida propia, sus caderas se arquearon hacia las de él.

Cuando David puso la palma de su mano debajo de uno de sus senos y lo levantó hacia su boca, la expectación se le hizo casi insoportable. En vez de tomar el seno en su boca, como ella esperaba, le lamió el pezón con la lengua de un modo juguetón, y Tanya creyó que se moriría por el placer tan increíble que experimentó. Se retorció debajo de él, llena de deseo, y enredó los dedos en su cabello para tirar de la cabeza de David hacia sí.

Él, comprendiendo al instante, cerró la boca sobre la areola y succionó mientras apretaba y masajeaba el otro seno, y de la garganta de Tanya escapó un intenso gemido.

David, que nunca había deseado tanto a ninguna mujer, jamás habría esperado una respuesta tan apasionada de Tanya. Se sentó a horcajadas sobre ella, se frotó contra la parte más íntima de su ser,

y la joven echó la cabeza hacia atrás al tiempo que se arqueaba hacia él.

–David… –susurró, sintiendo como si estuviera ardiendo por dentro.

Se mordió el labio inferior, intentando no perder el control, pero de pronto notó que todo su cuerpo estaba temblando.

–David… por favor… –le suplicó, ansiando tenerlo por fin dentro de sí.

Inclinándose sobre ella, David cubrió su boca con la suya, y sus lenguas se enredaron en un duelo frenético mientras deslizaba la mano por entre sus muslos. Emitió un gruñido, y resopló por entre los dientes apretados.

–Espera un momento –le dijo con voz ronca.

Extendió la mano para tomar el preservativo que había dejado en la mesilla de noche cuando se había quitado los pantalones, se lo colocó, y volvió a ponerse sobre ella, posicionándose.

Se introdujo apenas un centímetro en su interior, comprobando que estaba verdaderamente dispuesta para él, y se retiró para aumentar su expectación. Un instante después comenzó a penetrarla de nuevo, ésa vez con más fuerza, y fue entonces cuando se encontró con una resistencia que le impedía ir más allá.

Bajó la vista al rostro de Tanya. Tenía los ojos cerrados y el rostro enrojecido, y su respiración se había tornado rápida y entrecortada. Sin salir de ella, le susurró:

–Espera, cariño.

Al sentir las caderas de la joven empujando contra las suyas, como instándolo a continuar, tomó su rostro entre ambas manos, la besó en los labios, y le dijo:

–Tanya, mírame.

Cuando finalmente lo hizo, le preguntó, esforzándose por mantener el control:

–Cariño, ¿eres virgen?

Tanya pareció bajar de la nube en la que estaba y frunció ligeramente el entrecejo. Se miró en sus ojos y murmuró:

–¿Qué?

Pero antes de que pudiera contestar comprendió lo que David quería decir.

–No lo sé –respondió quedamente.

Empujó las caderas contra las de él, y sintió que efectivamente algo le impedía la entrada. Tal vez aquello debería haberla puesto nerviosa, pues decían que la primera vez era dolorosa, pero la sensación que había experimentado había sido tan deliciosa, que no tuvo temor alguno.

–Creo que sí –murmuró.

David empezó a retirarse, pero ella le rodeó la cintura con los brazos para retenerlo.

–No, por favor.

–No tenemos por qué llegar al final –le dijo David.

Aquello lo cambiaba todo, pensó. Tanya nunca había tenido relaciones íntimas con un hombre. El pensamiento de que él había estado a punto de ser el primero lo conmovió. Y lo cierto era que quería serlo; quería ser el primer hombre en hacerle el amor… y también el único.

Tanya inspiró profundamente y levantó las caderas, empujándolas contra la pelvis de él.

–No irás a decirme que no me deseas –le dijo–. Puede que no tenga experiencia, pero sé que me deseas.

David se rió entre dientes, la besó ardorosamente, y cuando levantó la cabeza la miró a los ojos.

–Te deseo; más de lo que puedas imaginar, pero no quiero hacerte daño, cariño.

–Pues, si no quieres hacerme daño, no me dejes así –insistió ella, subiendo las manos por sus brazos y poniéndolas en sus hombros–. Hazme tuya, David.

David aspiró hacia dentro y tomó su boca en un fiero beso. Cuando Tanya empezó a moverse de nuevo debajo de él exhaló un intenso gemido, y despegando sus labios un instante de los de ella le susurró:

–Espera; vayamos despacio…

Reprimiendo con dificultad su propio deseo, comenzó a moverse dentro de ella lentamente para que se fuera haciendo a él, hasta que casi estuvo por completo en su interior.

Tanya se agarró con fuerza a sus hombros, hincándole las uñas en la piel, y, como si hubiese esperado que llegado a ese punto vacilase, le rodeó la cintura con las piernas, animándolo para que no parara. David empujó entonces con más fuerza, y de una sola

embestida se hundió por completo en su interior.

Tanya emitió un grito ahogado, y David se quedó quieto, esperando a que su cuerpo se acostumbrara a la invasión. Se tomó su tiempo, besándola y acariciándola hasta que se relajó, y comenzó entonces a empujar de nuevo sus caderas contra las de ella, entrando y saliendo al tiempo que le masajeaba las nalgas.

Tanya sintió que estaba empezando a perder el control. Cerró los ojos y se arqueó hacia él para responder a cada embestida, y pronto el fuego que se había encendido en su interior se convirtió en un verdadero incendio.

David la notó tensarse en torno a su miembro, la escuchó gemir, y se dejó ir por fin, sumiéndose en el éxtasis del clímax.

Capítulo Siete

En el silencio que se había hecho en la habitación, lo único que se podía escuchar era la respiración agitada de ambos. Había hecho más que entregarse a David, pensó Tanya; le había entregado su corazón, y sabía que lo amaría mientras viviese.

Le acarició la espalda, deleitándose en el tacto de su piel bajo sus dedos, y David gimió antes de incorporarse apoyándose en los codos para mirarla. Cuando sus ojos se encontraron, Tanya le sonrió.

–¿Es así como te camelabas a las chicas a las que conocías en Savannah?

David se rió y la besó apretándose contra su cuerpo.

–Pues no lo recuerdo, pero nunca obtuve resultados como éstos. Has estado increíble.

–Tú tampoco has estado nada mal –respondió ella.

David inspiró profundamente, intentando recobrar el control sobre sí mismo. Las intensas sensaciones que había experimentado al hacer el amor con Tanya lo habían dejado aturdido. En ese momento más que nunca estuvo seguro de que corría el peligro de acabar enamorándose de ella, pero después de lo que habían compartido quería más, mucho más.

–¿Estás bien? –le preguntó bajando la cabeza para mirarla.

La vista de Tanya descendió a su boca.

–Ahora sí lo estoy –respondió–, aunque creo que necesito una ducha.

David la besó de nuevo, y volvió a incorporarse.

–Quédate aquí un momento y no te muevas –le dijo mirándola a los ojos.

Se bajó y se quedó de pie junto a la cama, devorándola con la mirada. Quería volver a hacerle el amor, en ese mismo instante, pero sabía que era demasiado pronto, siendo como había sido aquélla su primera vez.

–Vuelvo enseguida –murmuró.

Fue al baño, abrió el grifo de la ducha, regresó a la habitación, y antes de que Tanya pudiera decir nada la alzó en volandas.

–¡David!, ¿qué…?

–Sss… –le dijo, llevándola al cuarto de baño.

La dejó en el suelo, se metió en la ducha, y la tomó de la mano haciéndola entrar con él y que se colocase bajo el chorro de agua.

–Mmm… qué gusto –murmuró.

En la pared de la ducha había un dispensador de gel, y otro de champú. David apretó el botón del primero poniendo debajo la mano, y comenzó a enjabonarla, empezando por los hombros, y luego bajando hasta llegar a los muslos. La sensación de sus manos tocándola de un modo tan íntimo la estaba haciendo sentirse acalorada,

Apretando los dientes y rogando por que parase antes de ponerse a sí misma en ridículo suplicándole que hiciese más que lavarla, le dijo:

–Puedo hacerlo sola, David…

Él la miró muy serio.

–Quería asegurarme de que estabas bien.

–David, sólo hemos hecho el amor. Estoy un poco cansada nada más.

–Era tu primera vez –insistió David.

Nada más decirlo frunció el entrecejo contrariado. Cuando su padre la acogió le dijeron que Tanya figuraba en los archivos de la policía por toda una serie de delitos menores. Si se había metido en líos y se había mezclado con mala gente, ¿cómo podía ser que no hubiese perdido la virginidad? Aquello sencillamente no encajaba.

Tanya quería decirle que estaba bien, que no tenía que preocuparse, pero David había vuelto a enjabonarse las manos, estaba acariciándola otra vez entre los muslos, y notó que las piernas le flaqueaban por el placer que estaba experimentando.

–¿Cómo te sientes? –le preguntó David.

–Siento que tengo ganas de volver a hacer el amor contigo…

–Es demasiado pronto –le dijo David, imprimiendo un breve beso en sus labios.

–Pero si estoy bien, de verdad –protestó ella, esbozando una sonrisa tímida–. ¿Qué te hizo pensar que podía no estarlo?

David le puso el índice bajo la barbilla y le levantó el rostro para

mirarla a través del vapor.

–Quería asegurarme, eso es todo.

Cuando hubo terminado de enjabonarla, la hizo volverse hacia el chorro para que se enjuagara sola. Al ver que empezaba a lavarse él también, Tanya salió de la ducha y se puso a secarse, pero antes de que terminara David estaba cerrando ya el grifo y saliendo también de la ducha.

–Espera, deja que te ayude –le dijo quitándole la toalla e indicándole que se sentase en el inodoro para poder secarle el pelo.

Luego, salió del baño dejando a Tanya peinándose el cabello para desenredarlo, y cuando la joven volvió a la habitación con una toalla liada en torno al cuerpo, se encontró con que David le había quitado la ropa a la cama y la había echado al suelo.

–Vamos –le dijo tendiéndole la mano al verla aparecer–, dormiremos en la otra habitación.

De modo que había dado por hecho que no volvería a su habitación, pensó Tanya. Un par de días atrás aquella presunción la habría irritado, igual que el que pareciese haber asumido el control, pero la idea de pasar otra noche entre sus brazos hizo que el corazón le palpitase con fuerza, y tomó su mano sin replicar.

Estaba decidida a no desperdiciar el tiempo que durase aquello, y tenía el presentimiento de que no sería mucho. Cuando David la dejase y abandonase Cottonwood su corazón sufriría, pero al menos le quedarían los recuerdos.

David se despertó sobresaltado, y vio a Tanya revolviéndose a su lado en sueños. Agarrándola por los brazos, trató de calmarla. Su pecho subía y bajaba, como si le costase trabajo respirar, y de pronto gritó y abrió los ojos.

–Tranquila, cariño, estoy aquí contigo –le susurró David–. Ha sido sólo una pesadilla.

Para su sorpresa, sin embargo, en vez de calmarse, Tanya rompió a llorar. David la atrajo hacia sí y la abrazó.

–Sss… Vamos, no llores. No voy a dejar que te pase nada.

Tanya sollozó mientras intentaba sobreponerse, pero pasó un buen rato antes de que pudiese hablar, y cuando lo hizo su voz sonó temblorosa.

–Oh, David… he tenido un sueño tan extraño… No puedo describirte todo lo que pasaba en él, pero parecía tan real… Estaba… estaba en una casa extraña, pero tenía la sensación de que la conocía. Había una celebración, una fiesta de cumpleaños, creo.

–Sólo ha sido un sueño, cariño. No le des más importancia.

–No, era más que un sueño, David –le dijo ella casi frenética–. Era como si… como si perteneciese a ese lugar.

–Pues yo estoy seguro de que no era más que un sueño –insistió él, extendiendo la mano hacia la mesilla para encender la luz–. Respira hondo; verás como te sientes mejor.

La luz hizo a Tanya guiñar los ojos. Se los frotó para acabar de despertarse, y miró a David.

–No me lo estoy inventando –farfulló, llena de frustración.

–Yo no he dicho que…

Pero Tanya le tapó la boca con las yemas de los dedos antes de que pudiera terminar la frase.

–Por favor, necesito que me escuches –le pidió suplicante.

No le había hablado a nadie de sus sueños, ni de las cosas extrañas que le habían estado ocurriendo recientemente, pero quería contárselo a David.

–No es la primera vez que sueño algo así. Últimamente he tenido sueños parecidos, y cada vez son más vívidos.

David se incorporó también y la tomó de la mano.

–Está bien, te escucho; cuéntamelo todo.

Y así lo hizo Tanya, relatándole cada uno de los sueños que había tenido. Le habló también de las extrañas sensaciones que había estado teniendo, como que al ver aquella fotografía del senador Danforth hubiera tenido la impresión de que lo conocía; que sin haber estado antes en Savannah hubiera sabido qué calle tomar para ir al aeropuerto; o que estuviera segura de que había estado antes en el parque Forsyth.

–¿Qué puede significar todo esto? –le preguntó desesperada–. ¡Ya no sé qué pensar!

–No lo sé –respondió él, sacudiendo la cabeza e intentando encontrarle un sentido a lo que le había contado.

Nunca había sido de los que creían en eso del significado oculto de los sueños, pero después de lo que Tanya le acababa de decir, ya no tenía tan claro que fuese una tontería. Y entonces, de pronto, se

le ocurrió una explicación.

–La amnesia… –murmuró–. Tal vez… y con esto quiero decir que sólo es una posibilidad… tal vez estés recuperando la memoria.

Tanya lo miró aturdida.

–Oh, Dios –musitó. El corazón le latía con tal fuerza que se llevó una mano al pecho, como temiendo que fuera a salírsele–. ¡Oh, Dios mío, David, quizá tengas razón! –exclamó con una voz casi chillona–. Esos sueños tan extraños… la sensación de que había estado antes en Savannah… –dijo de corrido.

David le acarició la mejilla.

–No te emociones demasiado –le dijo, tratando de calmarla.

Sin embargo, por la expresión exultante de su rostro comprendió que ya era demasiado tarde.

–¡No, tienes razón! –insistió Tanya con los ojos muy abiertos–. Es la única explicación. ¡Lo es! ¡Tiene que serlo!

–No quiero que te crees falsas esperanzas –le dijo David–. A nosotros nos parece una explicación razonable, pero esos sueños podrían no significar nada, y el que te resulte familiar la cara de una persona o un sitio podrían ser sólo coincidencias.

Lo cierto era que él se resistía a creer su propia hipótesis. Quizá fuese egoísta, pero no estaba seguro de querer que Tanya recuperase la memoria porque… ¿qué pasaría entonces con ellos?

Antes de que su padre la acogiera había tenido una vida, y si lo que decían de ella los archivos de la policía era cierto, tal vez no le gustaría recordar quién había sido. O, por el contrario, cabía la posibilidad de que al recobrar la memoria se convirtiese en una persona completamente distinta y quisiese volver a su antigua vida.

–Será mejor que no nos precipitemos a sacar conclusiones antes de tiempo –le insistió en un tono firme–. En cuanto volvamos a casa iremos a que te vea un médico.

«A casa…». Tanya parpadeó sorprendida. ¿Podría significar aquello que David estaba empezando a considerar Cottonwood como su hogar? No, imposible. Sería demasiado pedir, se dijo.

Sin embargo, tenía razón en lo que había dicho: lo mejor sería consultar a un médico. Lo cierto era que la idea de que tal vez estuviera recobrando la memoria la asustaba un poco. ¿Y si no le gustaba la persona que había sido? O peor, ¿y si no le gustase a David? ¿Implicaría el recobrar la memoria perder lo que apenas

había comenzado entre ellos?

Horas más tarde Tanya yacía con David, la cabeza apoyada en su pecho y los brazos de él rodeándola. Le había hecho el amor otra vez, recurriendo esa vez a la pericia de sus manos y sus labios para llevarla hasta el clímax, susurrándole que su primera vez todavía estaba demasiado reciente y no quería agotarla. Tanya protestó, insistiendo en que se encontraba perfectamente, pero David se había mantenido firme, y le había mostrado otras maneras de disfrutar.

Luego Tanya había puesto en práctica esas técnicas que él había utilizado con ella, y para cuando por fin quedaron saciados el uno del otro estaban exhaustos.

Creyendo que David aún dormía, Tanya intentó incorporarse, pero él la retuvo agarrándola por la cadera.

–Pensaba que estabas dormido –murmuró Tanya alzando la vista hacia él y sonriéndole.

David no contestó, sino que reclamó sus labios en un largo y lánguido beso.

–¿Adónde vas?

–Tengo que vestirme –le respondió Tanya–. La convención empieza dentro un par de horas.

–Puedes vestirte aquí… –murmuró David meloso.

No quería que se marchase; temía que cuando saliese de la habitación se rompiese la magia que había surgido entre ellos.

–No puedo –replicó Tanya, acariciándole el pecho y peinando con los dedos el duro vello–: tengo la ropa en mi habitación. No voy a ir a la convención con el vestido rojo que me puse anoche.

Se bajó de la cama, y se desperezó desnuda ante David, sorprendiéndose a sí misma con esa falta de inhibición.

–Voy a darme una ducha –le dijo.

–Podríamos ducharnos juntos –propuso David con una sonrisa lasciva.

Tanya se rió y se inclinó sobre la cama, apoyando las palmas en el colchón para besarlo.

–No es que la idea no resulte tentadora –murmuró–, pero me temo que acabaríamos haciendo más que ducharnos, y no quiero

llegar tarde a la convención.

Volvió a besarlo, y tras recoger del suelo su vestido y la ropa interior, se dirigió al baño.

Mientras esperaban en uno de los grandes salones de actos del hotel a que la convención diese comienzo, David se inclinó hacia Tanya.

–¿Preparada para el gran momento? –le preguntó.

Tanya le había dicho que había previsto que la asistencia fuera masiva, pero allí debía haber al menos doscientas personas.

Los congresistas estaban sentados tras dos mesas alargadas en el estrado, una a cada lado de la tribuna desde la que suponía hablarían los ponentes, y los agricultores en las filas de asientos abatibles que ocupaban el resto de la sala, donde estaban ellos.

–Para eso hemos venido, ¿no?–le contestó ella, muy segura de sí misma.

Con lo que David habría calificado como una sonrisa educada, se volvió hacia el frente, para prestar atención al hombre que acababa de subir a la tribuna para abrir el acto y presentar al primer ponente.

En medio de los aplausos con los que lo acogió el público, David se inclinó hacia Tanya de nuevo.

–Te va a tocar dentro de nada –le recordó.

–Lo sé –contestó Tanya sin apenas mirarlo.

A pesar de su aparente calma, David se preguntó una vez más si sabría en lo que se estaba metiendo. Indudablemente conocía muy bien los pormenores del cultivo de la soja, pero no estaba tan seguro de que fuese a ser capaz de mantener el tipo teniendo que hablar ante tanta gente, y no quería verla avergonzada o humillada. Sus sentimientos hacia ella habían experimentado un cambio constante desde que regresara a Cottonwood, y el haber hecho el amor con ella sólo lo había confundido aún más, pero había algo que no podía negar: estaba empezando a tenerle verdadero afecto, quizá más del que aconsejaba la prudencia.

–¿Estás nerviosa? –le siseó, preguntándose si siquiera admitiría que lo estaba.

Tanya puso los ojos en blanco y lo miró de reojo.

–Sss. No, no estoy nerviosa. Y si cuando esté ahí arriba me pongo nerviosa te imaginaré desnudo –le respondió con una sonrisa maliciosa.

David se rió.

–¿Estás segura de que no quieres que suba a hablar en tu lugar? –insistió.

Tanya se volvió hacia él y haciendo acopio de paciencia le dijo:

–¿Quieres dejar de preocuparte? Sé lo que estoy haciendo.

Y antes de que David pudiera decir nada más anunciaron el nombre de Tanya, que se puso de pie y se dirigió al estrado con mucha dignidad.

Una vez situada en la tribuna, bastó que empezara a hablar para que se hiciese un silencio absoluto en la sala y todo el mundo le prestase atención. Para sorpresa de David resultó ser una oradora elocuente, que transmitía sus ideas de un modo claro y directo. Además, con una confianza pasmosa, dio a cada pregunta de los congresistas respuestas concisas y convincentes.

David la miraba embobado, sin dar crédito a lo que estaba viendo y oyendo. ¿Dónde había aprendido a hablar en público con esa facilidad? ¿O sería quizá algo innato en ella? En cualquier caso no encajaba con lo que la policía les había dicho sobre su pasado.

Tanya abandonó el estrado con una sonrisa agradecida entre los aplausos y vítores de los asistentes, y regresó a su asiento. Todavía admirado por su compostura, David le tomó la mano, entrelazando sus dedos con los de ella, y los ojos ambarinos de Tanya se miraron en los suyos, brillantes y llenos de energía.

–¡Has estado increíble! –le siseó David.

Y aquel adjetivo se quedaba corto, pensó avergonzado por haber dudado de ella.

–Tenías a los congresistas prácticamente comiendo en la palma de tu mano –le dijo.

Tanya se encogió de hombros.

–Si he conseguido hacerles entender mi punto de vista, con eso ya me conformo.

–Cariño, los he estado mirando mientras hablabas, y has conseguido mucho más que eso –replicó él–. Se los veía impresionados. Diablos, ¡si hasta yo estoy impresionado! –admitió mientras el siguiente ponente subía a la tribuna.

Tanya le dirigió una sonrisa divertida.

–¿Esperabas que me cayera de bruces al ir a subir al estrado?

–No exactamente –le contestó él sonriendo–, pero debo admitir que estaba preocupado… aunque ahora me doy cuenta de que no tenía motivos para estarlo –de pronto la miró muy solemne–. Tanya, ¿dónde aprendiste a hablar en público? Conozco a un montón de gente con estudios que no lo habrían hecho ni la mitad de bien que tú.

Aunque sus alabanzas la halagaron, Tanya parpadeó confusa. Lo cierto era que ni se había parado a pensar en que no fuera a ser capaz de hablar en público porque, de algún modo, en su interior, había estado segura de que lo haría sin problemas.

–No recuerdo que nadie me haya enseñado –dijo–. Supongo que simplemente sabía lo que quería decir y que no me dejo intimidar fácilmente por las dificultades.

No tenía que jurarlo, pensó David. Se estaba dando cuenta de que Tanya se había convertido en aquellos cinco años en una persona muy distinta de la chiquilla a la que había dejado en Cottonwood cinco años atrás. Había sido cariñosa y leal con su padre, y era una mujer digna de admiración y respeto, inteligente, segura de sí misma… Era especial, se dijo, y por primera vez se preguntó si podría conformarse con tener únicamente un romance con ella.

Capítulo Ocho

Tanya iba muy callada cuando el jet privado tomó tierra en el aeropuerto de Savannah a última hora de la tarde. Esa mañana, mientras hacía el equipaje para abandonar Washington, la habían asaltado las dudas acerca de su relación con David. Por una parte, aunque no habían vuelto a hablar del testamento durante su estancia en Washington, el volver a Cottonwood le recordaría la condición que su padre le había impuesto de permanecer allí un año para poder heredar, y temía que eso volviese a agriarlo y los distanciara de nuevo. Y, por otra, si bien sabía que David la deseaba, lo cierto era que no le había dicho en ningún momento que sintiera nada por ella.

No, David no la amaba, ¿para qué engañarse?, pero quizá con el tiempo podría llegar a quererla y dar a su relación una oportunidad. Giró la cabeza para mirarlo, y el corazón le palpitó con fuerza.

Una semana atrás había estado convencida de que la odiaba, y de pronto se habían convertido en amantes. Aquello le dio esperanzas. Disfrutaría los meses que tenían por delante y dejaría a un lado las preocupaciones. Si el destino lo quería, tal vez un día sentiría algo más que deseo por ella.

Cuando llegaron a Cottonwood la ansiedad había vuelto a apoderarse de Tanya, pues David apenas había hablado durante el trayecto desde el aeropuerto y parecía muy serio.

Unos instantes después, sin embargo, cuando David subió con ella a su habitación para dejarle allí la maleta, y la atrajo hacia sí para besarla ardorosamente antes de decirle que iba a deshacer su equipaje y la vería luego, se dio cuenta de que no tendría que haberse preocupado.

Tras sacar las cosas de la maleta fue al estudio de Edward a revisar el correo que había llegado mientras habían estado fuera, y al entrar encontró a David allí sentado con su ordenador portátil.

Cuando la vio aparecer por la puerta la saludó con una sonrisa y volvió a lo que estaba haciendo.

–¿Sabes?, he pensado que podría llamar al centro de salud para ver si me puede dar cita –le comentó Tanya mientras abría una carta.

David alzó la vista.

–¿Quién es tu médico?

–Bueno, cuando me ha hecho falta he ido al doctor Brewer, el médico de cabecera de tu padre.

–¿Y te ha hecho alguna vez un reconocimiento completo?

–No; me hicieron un montón de pruebas en el hospital el día que me encontraron, pero luego por suerte no he tenido ningún problema de salud, así que tampoco ha sido necesario.

–En ese caso me gustaría llevarte a un médico de Atlanta –le dijo David, poniéndose de pie y rodeando la mesa para ir junto a ella.

–¿De Atlanta? –repitió ella frunciendo el entrecejo–. ¿Por qué? El doctor Brewer es muy buen médico.

–No digo que no lo sea, pero me parece que quien debería verte es un neurólogo, un especialista en lesiones cerebrales –replicó él, atrayéndola hacia sí y besándola en la frente.

–¿Y no puedo ir al hospital de Cotton Creek? Supongo que allí tendrán alguno.

–Supongo que sí –asintió él–, pero probablemente nos costaría que te dieran cita pronto, y teniendo en cuenta lo que te ha estado ocurriendo últimamente, creo que es mejor que te vean cuanto antes. El neurólogo al que quiero llevarte es amigo mío, así que no creo que tenga inconveniente en verte –le explicó–. De hecho, acabo de hablar por teléfono con Justin, y no voy a tener más remedio que ir a una reunión porque uno de nuestros clientes insiste en que asista, así que podrías venirte conmigo y así aprovecharíamos. Además, puede que tengan que hacerte pruebas, y aquí podría llevarnos semanas, mientras que con este amigo mío será sólo un día o dos.

Tanya sabía que tenía razón, y lo cierto era que tenía curiosidad por ver cómo era su vida en Atlanta. Si fuera allí con él tendría la oportunidad de ver su piso, y quizá también de ver su oficina y conocer a alguno de sus amigos, pero algo la hizo vacilar. Había tenido la esperanza de que podrían pasar allí el Día de Acción de

Gracias, y que podrían asistir juntos a las celebraciones que se hacían en Cotton Creek.

–¿Y cuándo tienes esa reunión?

–Mañana por la mañana.

Tanya dejó escapar un gruñido de fastidio.

–¡Pero si acabamos de deshacer las maletas! –protestó. Sin embargo, claudicó de inmediato al ver la expresión severa en el rostro de David–. Está bien, está bien… Pero tienes que prometerme que estaremos de vuelta para el Día de Acción de Gracias.

–Te doy mi palabra –respondió él, esbozando una sonrisa.

Cuando el jet privado de Taylor Corporation aterrizó en el aeropuerto de Atlanta, David tomó la mano de Tanya y se la apretó suavemente diciendo:

–Bueno, ya estamos aquí.

Ella sonrió, rogando por que no notase lo nerviosa que estaba.

Cuando bajaron del avión había un lujoso coche negro esperándolos, y de pie junto a él estaba Justin, que sonrió cuando se dirigieron hacia él y los saludó con la mano.

Era atractivo, más alto y delgado que David, y aproximadamente de su misma edad.

–Bienvenida a Atlanta –le dijo a Tanya con una sonrisa encantadora, tomándole la mano y estrechándosela efusivamente entre las suyas. David sintió que lo devoraban los celos. Hacía mucho que Justin y él eran amigos, y sabía el éxito que tenía con las mujeres. Tal vez no estuviera flirteando con Tanya, pero era lo que parecía, así que, por si acaso, rodeó a Tanya por la cintura, e hizo las presentaciones:

–Justin… Tanya Winters. Tanya… Justin West, un buen amigo y vicepresidente de Taylor Corp.

–Es un placer –le aseguró Justin a Tanya–. David me había dicho que eras preciosa, pero creo que esa palabra no te hace justicia.

Tanya sonrió.

–Gracias –respondió mirando a David de reojo.

De modo que había estado hablando de ella con su amigo… Se preguntó en qué contexto habría sido.

Justin le abrió caballerosamente la puerta del asiento trasero del

coche para que entrara, y David se sentó delante con él. Luego, en cuanto Justin arrancó, se pusieron a hablar los dos de trabajo, y Tanya escuchó su conversación en silencio, preguntándose si David echaría de menos la vida que se había construido allí.

Después de todo, se recordó, si se había instalado en Cottonwood había sido sólo porque se había visto obligado a ello, no porque lo hubiese escogido libremente.

Tras su viaje a Washington había concebido esperanzas de que David pudiera llegar a hacerse a la vida en la plantación, a ser feliz allí, pero aunque parecía interesado en el funcionamiento de la plantación, lo más probable era que ese interés no fuese personal, sino que derivase de la necesidad de ponerse al día en su administración para cuando la heredase.

Desanimada por esos pensamientos, giró el rostro hacia la ventanilla. Se estaba engañando si creía que transcurrido el año David querría seguir viviendo en Cottonwood.

Al cabo de unos minutos Justin aminoró la velocidad, y entró en el aparcamiento de un impresionante edificio acristalado.

–Por cierto, llamé a Lucas como me pediste –le dijo Justin a David mientras esperaban el ascensor.

–Oh, estupendo –respondió David–. Lucas Avery es el neurólogo que te comenté –le explicó a Tanya antes de volverse de nuevo hacia Justin–. ¿Qué te dijo?

En ese momento llegó el ascensor y entraron los tres en él.

–Le ha hecho un hueco a Tanya a las dos –respondió Justin. Y girándose hacia ella le dijo–. Mientras David está en la reunión, yo te llevaré a su consulta –se quedó callado un momento y añadió–: espero que no te moleste que David me haya contado lo de tu amnesia.

Tanya sacudió la cabeza.

–No, claro que no. Te estoy muy agradecida por haberme concertado esa cita.

Y lo estaba, pero, aunque era un detalle por su parte que fuera a ir con ella, habría preferido que la acompañase David.

Las puertas del ascensor se abrieron, y salieron a un elegante vestíbulo con suelo de mármol beige. Pasaron por una puerta a la derecha, y entraron en una sala enorme llena de escritorios con ordenadores en los que estaban trabajando los empleados de la

compañía. Mientras avanzaban por el pasillo entre las mesas, David iba saludando a unos y a otros, hasta que llegaron al fondo y se detuvo frente al escritorio de una mujer que rondaría los treinta. Tenía una tupida melena de pelo negro, los ojos de un azul como el del cielo de un día de verano, y aunque no era una belleza, resultaba llamativa.

–Tanya, ésta es mi secretaria, Jessica –se la presentó David–. Tengo que revisar algunas cosas con Justin antes de la reunión, así que Jess te llevará a una salita donde estarás más cómoda mientras lo esperas. Si necesitas cualquier cosa no dudes en decírselo.

–De acuerdo.

David se despidió de ella, y Tanya lo observó alejarse con Justin antes de volverse hacia la secretaria. David se había referido a ella por el diminutivo de su nombre, y Tanya se preguntó si esa familiaridad derivaría sólo del hecho de que trabajaban juntos, o de una relación personal.

La mujer le dirigió una sonrisa forzada, y abrió un cajón del escritorio del que sacó una llave.

–Sígame, por favor –le dijo en un tono seco, rodeando la mesa y conduciéndola por un pasillo.

Se detuvo frente a una puerta cerrada, la abrió con la llave, y se hizo a un lado mientras la sostenía.

–Después de usted –le dijo, esperando a que pasara para entrar después de ella.

Tanya paseó la vista por la pequeña habitación. Había un sofá gris que ocupaba toda una pared, una mesa baja rectangular, una mesita alta con un teléfono, un diván, y poco más.

La secretaria le señaló una puerta.

–Ahí tiene un aseo por si lo necesita, y esa puerta comunica con el despacho de David –dijo señalando otra–, pero por favor no lo moleste.

La sonrisa no se borró de sus labios ni un instante mientras hablaba, pero seguía siendo igual de falsa, y a Tanya tampoco le pasó desapercibido el tono de suficiencia en que le había advertido que no molestara a David. Estaba claro que no le gustaba. ¿Habría tenido una relación con David en el pasado?, se preguntó.

–En el estante inferior de la mesa tiene revistas para entretenerse, y si quiere tomar algo no tiene más que servirse.

Atravesó la habitación, pulsó un botón que había en uno de los paneles de madera oscura que recubrían las paredes, y se abrieron dos puertas correderas en las que Tanya no había reparado antes, dejando al descubierto un mueble-bar surtido con todo tipo de bebidas y latas y bolsas de aperitivos.

En un ridículo arranque de celos Tanya no pudo evitar preguntarse si la secretaria habría estado a solas con David en aquella salita.

El solo imaginarse a David con aquella mujer hizo que se le revolvieran las entrañas, pero, no queriendo que ella adivinara lo que estaba pensando, trató de mantener sus emociones bajo control.

–Gracias –le dijo.

La secretaria se dirigió a la puerta por la que habían entrado.

–No hay de qué –contestó–. Si necesita algo, sólo tiene que pulsar el botón rojo del teléfono –le dijo señalándoselo.

Cuando hubo salido, Tanya se sentó en el sofá, tomó una revista, y se puso a hojearla.

Unos treinta minutos después se abrió la puerta que comunicaba con el despacho de David, y entró Justin, que cerró tras de sí.

–Hola. Siento la espera.

Tanya le sonrió.

–Tranquilo, no pasa nada.

–Bueno, pues si estás lista podemos irnos ya.

Tanya asintió con la cabeza y tomó su bolso. Bajaron en ascensor de nuevo al aparcamiento, y durante todo el trayecto Justin fue dándole conversación, como si quisiese hacerla sentirse más cómoda.

–David querría haberte acompañado, pero ese cliente insistía en que estuviese presente en la reunión –le dijo cuando aparcó a la puerta de una clínica privada.

–No importa. De hecho supongo que tú también tendrás muchas cosas que hacer. Me sabe mal que hayas tenido que molestarte en traerme. Podría haber venido en taxi.

Justin la miró después de sacar la llave del contacto y enarcó las cejas.

–¿Bromeas? Tengo órdenes de David de no perderte de vista.

Tanya puso los ojos en blanco.

–David es increíble –farfulló–. ¿Acaso cree que soy una niña? Sé

cuidar de mí misma.

–A mí no me mires –respondió Justin poniendo una cara muy cómica–. Yo sólo cumplo órdenes.

Cuando hubieron salido del coche, Tanya no pudo reprimirse y le preguntó:

–¿Te toca muy a menudo hacer de «niñera» para David, como hoy?

–Si te refieres a que si deja mujeres a mi cargo, la respuesta es no –contestó Justin con una sonrisa perspicaz mientras cerraba el vehículo–. Es un adicto al trabajo; no tiene vida propia. He intentado organizarle citas una infinidad de veces, pero siempre tiene una excusa para negarse.

–Oh.

–No quiero decir que haya llevado la vida de un monje –matizó Justin–, pero nunca lo he visto ir en serio con ninguna mujer, no como contigo.

Tanya se sonrojó hasta las orejas.

–¿Por qué dices eso? No hay nada entre nosotros –balbució azorada.

–Si tú lo dices… –respondió él con una sonrisilla maliciosa.

A Tanya le hubiera gustado creer que tenía razón, que David iba en serio con ella, pero estaba convencida de que se equivocaba. Si como le había dicho David nunca había perseguido una relación seria con ninguna de las mujeres a las que había conocido, ¿por qué habría de ser ella una excepción?

Además, tras el desengaño que se había llevado con la mujer con la que había estado a punto de casarse, resultaba comprensible que no quisiese volver a arriesgarse. No, Justin se equivocaba, David no iba en serio con ella ni debía albergar esperanzas. De hacerlo, estaba segura de que acabaría con el corazón roto.

Capítulo Nueve

–Aquí la tienes; te la traigo de una pieza como prometí –le anunció Justin a David, entrando en su despacho con Tanya del brazo y cerrando tras ellos–. Bueno, la memoria le falla un poco, pero ya estaba así cuando me la llevé –añadió con mucha guasa.

Tanya le dio un capón con la mano libre.

–No bromees con eso –farfulló fingiéndose enfadada. Pero luego se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla y le dijo sonriente–: Gracias por acompañarme, Justin.

Durante las horas que había pasado con él lo había conocido un poco mejor, y había comprobado que era tan simpático como guapo.

–Ha sido un placer –le contestó él guiñándole un ojo.

A David, sin embargo, esas confianzas entre ellos no le hicieron mucha gracia. De hecho, había sentido una punzada al ver el beso que Tanya le había dado a Justin, y en ese momento sus ojos estaban fijos en sus brazos, que seguían entrelazados.

Quizá no debería haberle pedido a su amigo que llevara a Tanya al especialista. Parecía que se habían entendido demasiado bien. Se tiró irritado del cuello de la camisa. ¿Cómo se le habría ocurrido enviar a Tanya con Justin conociendo de primera mano su merecida fama de casanova?

–¿Dónde diablos habéis estado? –les preguntó, levantándose y rodeando su escritorio para colocarse frente a ellos–. ¡Habéis estado fuera seis horas!

El tono áspero en que había pronunciado aquellas palabras hizo que Tanya soltase a Justin y lo mirase confundida, y que él enarcase las cejas.

–Pues primero nos fuimos a tomar unas copas, y luego decidimos ir a divertirnos un poco, así que hemos pasado el resto de la tarde bailando –le respondió Justin con sorna, poniendo los brazos en jarras.

–Muy gracioso –farfulló David.

Sin embargo, la contestación de Justin no le había parecido nada divertida. Aunque todo el tiempo había sabido que estaban en la clínica, le había costado horrores concentrarse en su trabajo. De acuerdo, quizá hubiese echado a Tanya un poco de menos, admitió a regañadientes para sus adentros. Nunca habría imaginado que pudiera hacerlo sentirse de aquella manera, como si el no tenerla a su lado lo estuviese devorando por dentro?

–¿Dónde crees que hemos estado? –le espetó Justin–. Lucas recibió a Tanya en cuanto llegamos, pero le mandó un montón de pruebas, y con eso se nos ha ido toda la tarde.

–Bueno, ¿y qué ha dicho Lucas? –inquirió David impaciente.

–Que es posible que esté recobrando la memoria –le contestó Tanya–, pero que por el momento no hay modo de poder asegurarlo.

–¿Y las pruebas que te han hecho? ¿No ha podido deducir nada de ellas? –insistió David, ansioso por saber cuáles habían sido los resultados.

–Por desgracia más bien poco, porque no tenía los resultados de las pruebas que me hicieron hace cinco años para poder contrastarlos –respondió ella con un suspiro–. La buena noticia es que al menos no indican que haya otro tipo de daño aparte de la amnesia.

David respiró aliviado. Su mayor temor había sido que fuese un tumor cerebral lo que le estuviese causando aquellos extraños e inexplicables sueños.

–¿Y va a pedir que le envíen esos resultados?

Tanya asintió con la cabeza.

–Sí, pero me ha dicho que con las fiestas de por medio probablemente no le llegarán hasta después de Navidad, y que me llamará cuando los haya recibido.

–¿Y entre tanto? –le preguntó David.

–Me ha dicho que no intente obligarme a recordar porque podría ser peligroso, que si mi memoria está volviendo debo dejar que sea de un modo natural, y no preocuparme.

Sin embargo, ¿cómo no iba a preocuparse? Estaba convencida de que estaba recobrando la memoria, y aunque era muy emocionante, también la asustaba, y mucho. ¿Le gustaría la persona que había sido? ¿O se avergonzaría de su yo pasado?

–Parece un buen consejo –comentó David.

–Si estuvieras en mi caso no pensarías lo mismo –farfulló Tanya–. Me estoy volviendo loca preguntándome por qué me está ocurriendo esto. Quiero respuestas, y si mi memoria está volviendo…

David le tomó la mano y le dirigió una mirada llena de afecto.

–Comprendo por lo que estás pasando, Tanya, pero tienes que intentar hacer lo que te ha dicho el médico. Puede que si la fuerzas tu memoria vuelva más deprisa –le dijo.

Tanya suspiró y asintió con la cabeza. David se volvió hacia su amigo.

–He cerrado el trato con Delgado –le dijo–. Ha quedado conmigo en que te llamaría mañana por la mañana para ultimar los detalles –miró su reloj de pulsera y giró la cabeza hacia Tanya–. Bueno, ¿nos vamos? –le preguntó–. Voy a llevarte a cenar a un restaurante que te va a…

La palabra «cenar» recordó algo a Tanya, que se llevó la mano a la boca con un gemido ahogado.

–Oh, Dios… ahora que me acuerdo el pobre Justin lleva desde esta mañana sin probar bocado por mi culpa. Como hemos estado todo el día liados con las pruebas no hemos podido almorzar, y me dijo que cuando saliéramos de la clínica tomaríamos algo, pero al final no lo hemos hecho. Debes estar muerto de hambre –le dijo a Justin.

–Pues la verdad es que sí –respondió éste. Y luego, volviéndose hacia David, le preguntó–: ¿A dónde dices que vamos?

–Tanya y yo vamos a Nikolai's Roof –farfulló David, nombrando un selecto restaurante especializado en cocina rusa–; tú no sé dónde irás.

–¡David! –lo reprendió Tanya espantada.

–Está bien, tranquila, Tanya, no pasa nada; sé cuando estoy de más en un sitio.

–No digas eso. Nos encantaría que vinieras con nosotros, ¿no es verdad? –le preguntó a David, ignorando su expresión enfurruñada.

Justin había estado todo el día haciéndose cargo de ella. Lo menos que David podía hacer era mostrarle su gratitud.

–No, en serio, Tanya, no importa –le dijo Justin riéndose y tomándola de la mano–. De hecho tengo planes para esta noche.

Sólo estaba haciendo rabiar a David –confesó–. Ha sido un placer conocerte.

Y, como para irritar un poco más a David, se inclinó y la besó en la mejilla.

Con una sonrisa en los labios, Tanya lo siguió con la mirada mientras salía, y cuando la puerta se hubo cerrado detrás de él se volvió hacia David.

–Has estado muy grosero con el pobre Justin –lo reprendió poniendo los brazos en jarras.

–Venga, ya, Tanya. Justin sabía muy bien lo que estaba haciendo.

Tanya cruzó los brazos sobre el pecho.

–¿Que era…? –inquirió expectante, frunciendo los labios.

–Se estaba haciendo el gracioso autoinvitándose.

–Bobadas.

–¿Bobadas? Sabía que quería estar a solas contigo. Por eso lo estaba haciendo, para molestarme.

El corazón le dio un vuelco a Tanya al ver la mirada posesiva en sus ojos y las mejillas se le tiñeron de rubor.

–¿Querías estar a solas conmigo? –inquirió en un murmullo–. ¿Para hacer qué?

David la tomó por la cintura, atrayéndola hacia sí.

–Esto –le respondió posando sus labios sobre los de ella.

Pasó la punta de la lengua por sus dientes, y luego hizo el beso más profundo, ladeando la cabeza para tener un ángulo mejor. Tanya le rodeó el cuello con los brazos y se apretó contra él, pero cuando notó que David le estaba tocando el pecho dejó escapar un gemido y despegó sus labios de los de él.

–No creo que esto sea una buena idea –murmuró.

Pero, apenas habían abandonado sus labios esas palabras, deslizó una mano por debajo de la cintura de David y frotó la palma contra su sexo.

Al hacerlo lo notó duro a través de la tela del pantalón, y el saber que podía excitarlo hasta ese punto sólo con un beso hizo que una ola de deseo la inundase.

–Podría entrar alguien… –susurró contra sus labios entre beso y beso.

Claro que, pensó en un arranque de arrogancia, si ese alguien

fuese Jessica, la secretaria, no le importaría demasiado. Que se enterase de que David no estaba disponible.

–Te olvidas de que soy el jefe –murmuró David, imprimiendo besos por toda su garganta–. Nadie entra aquí sin llamar. Pero, si te quedas más tranquila, nos iremos a la salita donde estuviste esperando esta mañana –añadió mientras le desabrochaba la blusa.

–Pero tu secretaria tiene una llave de esa habitación –le recordó Tanya, arqueando la espalda cuando David pasó la lengua por el borde de la copa de su sostén.

–No tiene que entrar allí para nada –replicó David, tomándola de la mano y llevándola hacia la puerta que comunicaba con la salita–. Además, es tarde; pronto se habrá ido todo el mundo –añadió abriendo la puerta y entrando con ella.

En cuanto hubo cerrado y echado el pestillo, sus labios volvieron a reclamar los de ella en un beso apasionado.

–Creo que le gustas –dijo Tanya despegando su boca de la de él.

Las manos de David, que estaban desabrochándole el sostén, se detuvieron.

–¿Qué?

–Jessica –dijo Tanya en un tono más áspero de lo que pretendía–. Le gustas.

David esbozó una sonrisilla maliciosa mientras se aflojaba la corbata y se quitaba la camisa. Hacía mucho que conocía a Jessica, y nunca había intentado flirtear con él. Sin embargo, se tomaba muy en serio su trabajo, y era probable que Tanya hubiese confundido con otra cosa sus maneras secas y el celo con que cuidaba de que nadie lo importunase.

Además, aunque era bastante guapa, nunca se había sentido atraído por ella.

–¿Qué te hace pensar eso? –le preguntó, complacido de ver una chispa de celos en su mirada.

–Pues que, por un lado, se mostró muy seca conmigo cuando me trajo aquí –le contestó Tanya mientras él se desabrochaba el cinturón.

David rozó sus labios contra los de ella.

–¿Se mostró seca contigo?–contestó fingiéndose incrédulo.

–Y luego está el modo en que te mira –añadió Tanya, frunciendo el entrecejo al ver la expresión divertida de su rostro, como si

aquello le hiciera gracia–. Hablo en serio –le dijo echándose hacia atrás y mirándolo a los ojos–. ¿Ha estado alguna vez en esta habitación contigo?

Después de sacarle la blusa y quitarle el sostén, David le acarició un pezón con el pulgar.

–¿Quieres decir si he hecho aquí con ella lo que estamos haciendo nosotros ahora? –le preguntó quedamente.

Tanya asintió, gimiendo cuando David inclinó la cabeza para tomar el seno en su boca, succionándolo con suavidad antes de erguirse de nuevo y mirarla a los ojos.

–¿Y si te dijera que sí? –le preguntó–. ¿Te sentirías celosa? –inquirió masajeándole los senos con las manos mientras esperaba su respuesta.

Tanya tragó saliva.

–Sí –admitió en un hilo de voz.

Y sus ojos se cerraron cuando empezó a sucumbir al intenso placer que sus caricias le estaban dando.

Aquella contestación era justo lo que David había querido oír, pero se sintió igualmente halagado. La miró a los ojos, y le dijo:

–Nunca he hecho esto con ella, ni aquí, ni en ningún otro sitio –y atrayéndola hacia él le susurró–: Tú eres la única mujer con la que quiero estar en este momento.

«Eres la única mujer con la que quiero estar durante el resto de mi vida», pensó, pero no llegó a pronunciar esas palabras en voz alta. No podía arriesgarse a admitir que para él nunca había habido nadie más que ella. Si lo hiciera y ella se iba de su lado algún día, no podría soportarlo, y su corazón quedaría hecho pedazos. No, no podía permitirse enamorarse de ella.

Urgido por el deseo que lo estaba consumiendo, la tumbó en el sofá y recorrió su cuerpo con las manos mientras la besaba. Luego le desabrochó los pantalones, se los bajó, quitándoselos junto con los zapatos, y la besó en el vientre. Sus dedos rozaron ligeramente la piel cerca de la parte más sensible de su cuerpo, y Tanya arqueó las caderas con un gemido de placer. La deseaba, David la deseaba, sólo a ella…, pensó, sintiéndose exultante. Con sus palabras había renacido en ella la esperanza de que tal vez un día llegaría a sentir por ella algo más que deseo.

David introdujo una mano entre sus piernas, y Tanya tomó aire,

sintiendo que le faltaba el aliento, y se mordió el labio inferior para no gritar cuando sus caricias comenzaron a desencadenar en su interior eróticas explosiones de calor.

–Por favor, David, por favor, te quiero dentro de mí… –le susurró.

David se quitó los pantalones y los zapatos para después inclinarse sobre ella, y cuando Tanya abrió las piernas para él, se hundió en su interior con un profundo gemido. Tanya comenzó a mover las caderas con él, y David se deleitó en la expresión extasiada de su rostro cuando aceleró el ritmo de sus embestidas, en cómo su respiración se iba tornando más jadeante a cada segundo, y en cómo sus brazos se aferraban a él con fuerza, como pidiéndole que no parara.

Cuando sintió que estaba a punto de alcanzar el clímax, David cubrió su boca con la suya, y amortiguó los intensos gemidos que escaparon de su garganta. Empujó más deprisa y con más fuerza sus caderas contra las de ella, y cuando se unió a ella en la cima del placer admitió para sus adentros la verdad que se le reveló en ese momento: había hecho más que hacerle el amor; se había enamorado de ella.

Cuando el teléfono sonó por segunda vez, Tanya abrió los ojos y con un enorme bostezo extendió la mano hacia la mesilla para agarrarlo.

–¿Diga? … ¡Ah, hola, Justin! Espera un momento, te pasaré con David.

No tuvo que ir a buscarlo muy lejos, pues estaba a su lado en la cama, en el dormitorio de su piso de Atlanta.

Tanya rodó sobre el costado para despertarlo, pero lo encontró mirándola y se derritió. A cada momento que pasaban juntos sentía que su amor por él crecía.

–Buenos días –lo saludó con una sonrisa–. Es para ti.

David tomó el teléfono inalámbrico de su mano, pero antes de contestarlo se inclinó hacia ella y la besó en el cuello al tiempo que deslizaba una mano hacia su pecho.

Tanya cerró los ojos y gimió suavemente, para darse cuenta de pronto de que se había olvidado de que Justin estaba al teléfono.

–¡Para, David! –le siseó, roja como un tomate.

David se rió, picándola aún más, y le susurró:

–Vuelve a dormirte; me iré a hablar al salón.

Se bajó de la cama, y dejó un momento el teléfono sobre la mesilla para recoger del suelo los pantalones que se había quitado la noche anterior. Se los puso, volvió a agarrar el teléfono, y se dirigió a la puerta descalzo.

Tanya lo siguió con la mirada mientras salía del dormitorio antes de volver a recostarse sobre la almohada. Después de hacer el amor en su oficina, habían ido a su piso a darse una ducha y cambiarse. Luego David la había llevado a cenar, y habían regresado otra vez a su piso, donde habían hecho de nuevo el amor hasta bien entrada la madrugada.

De pronto le rugió el estómago, y Tanya decidió que, en vez de esperar que David volviera a la cama, se levantaría e iría preparando el desayuno mientras acababa de hablar por teléfono. Al irse a bajar de la cama su pie se tropezó con la camisa de David. Se la puso, y al ver que le tapaba hasta la mitad del muslo se dijo que así estaba lo bastante decente como para moverse por la casa. La abrochó, y tras salir del dormitorio iba por el pasillo cuando escuchó a David mencionar Cottonwood y se detuvo.

No quería escuchar su conversación, pero la curiosidad pudo más que ella.

–…porque no tengo elección –le estaba diciendo David a Justin en ese momento.

Hubo unos segundos de silencio, y cuando David volvió a hablar fue en un tono de voz más bajo.

–Le dejé eso muy claro desde el principio. Mis intenciones no han cambiado.

A Tanya se le cortó la respiración.

«Porque no tengo elección»…

Sabía que David se había quedado en Cottonwood porque el testamento de su padre lo obligaba a ello para poder recibir su herencia, no porque quisiese estar allí. ¿Por qué, por qué entonces había sido tan tonta como para hacerse creer que en una semana las cosas habían cambiado.

«Le dejé eso muy claro desde el principio. Mis intenciones no han cambiado»…

Temblando como una hoja regresó al dormitorio. Era una idiota, una idiota… Había albergado la esperanza de que David llegase a amar la plantación como ella la amaba, que un día querría hacer de ella su hogar, pero se había equivocado. Lo único que quería era que permaneciese en manos de la familia.

Y, respecto a sus sentimientos hacia ella… Tanya bajó la vista a la cama deshecha. Él mismo lo había dicho la noche anterior en la oficina: la deseaba. Sólo eso. Había sido ella quien se había engañado a sí misma; él nunca la había inducido a creer que quisiese iniciar una relación con ella. Si de verdad había esperado conseguir el amor de David, ya era hora de que afrontase la realidad: aquello no iba a suceder.

Tanya se sentó en la cama al borde de las lágrimas. ¿Cómo podría pasar el resto del año haciendo el amor con él cada noche, cuando su corazón sabía que cuando ese plazo hubiese concluido volvería a su vida allí en Atlanta?

En ese momento David regresó a la habitación. Levantando la vista hacia él, Tanya tragó saliva, y sin saber cómo sacó fuerzas de flaqueza para hablar.

–¿Ha habido algún problema?, ¿tienes que ir a la oficina?

David escrutó su rostro, advirtiendo lo grave que se había tornado su expresión. Estaba empezando a familiarizarse con sus estados de ánimo, y con sólo mirarla sabía si estaba enfadada, preocupada, o triste. Se preguntó qué podría haber pasado en los minutos que había estado hablando por teléfono para que se hubiese puesto tan seria de repente, pero no se le ocurría qué podía haber sido.

–No, Justin quería consultarme algo –respondió–. ¿Estás bien?

Tanya esbozó una sonrisa con dificultad.

–Sí, estoy perfectamente. Creo que voy a ducharme y luego empezaré a hacer la maleta.

A David, sin embargo, no le pasó desapercibido el ligero temblor en su voz. Allí había algo que no iba bien.

–No hay prisa. Tenemos mucho tiempo. Acción de Gracias es mañana.

Rehuyendo su mirada, Tanya se puso de pie y abrió el armario donde había guardado su ropa para tomar lo que iba a ponerse.

–Lo sé, pero tengo ganas de volver a casa.

–¿Seguro que estás bien? –insistió David, a quien tampoco se le había escapado que parecía a punto de echarse a llorar. Se acercó a ella y le masajeó el hombro suavemente con la mano–. ¿Has tenido otro de esos sueños mientras estaba hablando por teléfono?

Tanya se obligó a mirarlo a los ojos.

–Sí –mintió–. No quería preocuparte; por eso no te he dicho nada.

–¿Quieres que hablemos de ello?

Tanya se apartó de él.

–No, no, estoy bien; sólo estoy un poco agitada.

Al fin y al cabo no le estaba mintiendo; lo estaba… aunque no por un sueño.

–Bueno, entonces ve y dúchate –dijo David–. Seguro que te sentirás mejor.

Tanya asintió y se fue al cuarto de baño conteniendo las lágrimas. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué podía hacer? Estaba enamorada de David, pero él no correspondía a su amor, ni nunca lo haría.

Capítulo Diez

Asomada a la ventana del comedor, Tanya observó pensativa los árboles desnudos que flanqueaban el camino que subía hasta la casa. El Día de Acción de Gracias había amanecido gris, acorde con su estado de ánimo. Había estado esperando ansiosa que llegase ese día para pasarlo con David, pero ahora que había llegado su ilusión se había desvanecido.

Había estado pensando dándole vueltas a su relación con David desde que salieran de Atlanta, y había llegado a la conclusión de que lo mejor sería que abandonase Cottonwood porque no podría seguir viviendo allí con él sabiendo que cuando acabase el año lo que habría surgido entre ellos terminaría. Si se quedase sólo acabaría haciéndose a sí misma todavía más daño, se dijo inspirando profundamente.

Aunque abandonar Cottonwood le resultaría muy difícil, el haber tomado la decisión había calmado en cierto modo el desasosiego con que había llegado de Atlanta. Además, sabía que, a la larga, si se iba le sería más fácil convivir con el dolor que sentía que si se quedase.

Edward había estipulado en su testamento que podía permanecer en la plantación todo el tiempo que quisiese, pero también que, si se marchaba, la propiedad pasaría inmediatamente a manos de David, y, ¿no era eso lo que él había querido desde el principio?

Al oír pasos detrás de ella Tanya se apartó de la ventana, y sintió una punzada en el pecho al ver a David entrando en la habitación.

Cuando sus ojos se encontraron, esbozó una sonrisa forzada.

–Hola.

David le rodeó la cintura con los brazos y la atrajo hacia sí.

–Hola, preciosa –la saludó él, besándola con ardor antes de echar el tronco hacia atrás para mirarla–. ¿Estás bien?

Desde que salieron de Atlanta había estado preguntándose qué le ocurría. Estaba muy callada, lo cual era inusual en ella, y estaba

claro que algo la tenía preocupada.

–Sí, perfectamente –le aseguró ella forzando otra sonrisa–. De verdad. Anda, vámonos o llegaremos tarde. Las celebraciones ya deben haber empezado –le dijo dirigiéndose al vestíbulo.

Tranquilizado por sus palabras e ilusionado por compartir con ella la fiesta del Día de Acción de Gracias en Cotton Creek, David la siguió y tomó las chaquetas de ambos del perchero.

En ese momento recordó lo mucho que le había gustado ir con sus padres de niño a aquella fiesta, y lo sorprendió que el pensar en su padre no lo pusiera de mal humor. Nunca había imaginado que un día sería capaz de recordar los buenos momentos que había pasado con su padre sin sentir el dolor y el rechazo que lo habían hecho mantenerse alejado de Cottonwood durante aquellos cinco años.

–Ten, lo vas a necesitar –le dijo a Tanya, ayudándola a ponerse el abrigo–. Hoy tenemos unos cuantos grados menos que ayer.

Al mencionar el cambio de temperatura se encontró de pronto pensando en lo agradable que sería pasar el invierno en Cottonwood con Tanya, y se los imaginó acurrucados juntos en el sofá frente a la chimenea, haciendo el amor con ella en las noches frías.

Ya abrigados los dos salieron de la casa, se montaron en el coche, y en unos minutos llegaron a la pequeña ciudad, por cuyas calles resonaba ya la música de la celebraciones.

–Creo que lo que se oye es la banda del instituto –le comentó Tanya a David cuando salieron del coche.

–Vaya. Pues son bastante buenos.

Echaron a andar, y a medida que se acercaban al enorme parque del centro donde se hacían las celebraciones, una sensación cálida invadió a David. De los árboles colgaban globos y guirnaldas de colores, había puestos de comida y casetas de feria por todo el perímetro del parque, que ya había comenzado a llenarse de gente, y se había montado un escenario en el centro para que la banda de música tocase hasta el anochecer, momento en que terminaría la fiesta con un espectáculo de fuegos artificiales.

Por primera vez desde la muerte de su madre David sintió que era parte de aquella pequeña ciudad, de aquel lugar. ¿Sería posible también que dejase atrás el resentimiento hacia su padre y volviese

a considerar Cottonwood como su hogar?

Lo cierto era que se veía viviendo allí en el futuro, paseando por el parque con Tanya mientras sus niños correteaban. De pronto la posibilidad de compartir con ella el resto de su vida hizo que se llenase el doloroso vacío que había llevado dentro de sí durante años.

Sólo entonces comprendió que, al haber estado tan preocupado por demostrarle a su padre su valía, se había olvidado de disfrutar la vida y había olvidado el valor de sus raíces.

Sus raíces estaban allí, en Cotton Creek, y se remontaban atrás en el tiempo a varias generaciones de ancestros suyos que había hecho de Cottonwood su hogar. Allí vivían aún recuerdos de su madre, recuerdos muy queridos. ¿Cómo podía haber llegado a pensar que podría alejarse de todo aquello para siempre?

Pasearon de la mano por entre la multitud, parándose de cuando en cuando a saludar a amigos y conocidos, y David incluso tuvo oportunidad de rememorar sus tiempos del instituto con compañeros que habían estudiado con él.

Tanya vio de pronto un puesto de algodón dulce, y con un gritito de alegría empezó a tirarle a David de la manga para que fueran allí.

–¡Qué poco cuesta hacerte feliz! –exclamó David entre risas instantes después, mientras pagaba al vendedor.

«Y si tuviera tu amor no necesitaría nada más», se dijo Tanya suspirando mentalmente. Sin embargo, sabía que aquello era pedir demasiado. No iba a malgastar esos momentos con pensamientos tristes; lo que iba a hacer era atesorarlos y disfrutar al máximo.

Burlona, le sacó la lengua antes de darle un mordisco a la nube de algodón dulce, e iba a girarse hacia el escenario sobre el que estaba tocando la banda de música, cuando David la retuvo por el brazo y la atrajo hacia sí para besarla.

–Mmm… sabes a azúcar y a cerezas –murmuró.

Tanya sonrió traviesa.

–¿Quieres un poco? –le preguntó. Y antes de que David pudiera contestar le estampó un trozo de algodón dulce en la boca–. ¿Verdad que está…?

–¡Oh, Dios mío! ¿Victoria?

Tanya dio un respingo al oír aquella voz, y un escalofrío le

recorrió la espalda. Se volvió, y miró a la mujer que había pronunciado esas palabras. Estaba convencida de no haber visto nunca al hombre que la acompañaba, pero a ella en cambio… Sólo unos años mayor que ella, sus hermosas facciones estaban enmarcadas por una media melena rubia, y tenía los ojos de un verde intenso. No estaba segura, pero había algo en aquella mujer que le resultaba extrañamente familiar. Estaba mirándola boquiabierta y con unos ojos como platos.

–Lo siento, pero debe haberme confundido con otra persona –le dijo con una sonrisa educada.

Iba a darse la vuelta cuando la mujer volvió a llamarla.

–¡No!, ¡espera, por favor! –le rogó reteniéndola por el brazo.

Cada músculo del cuerpo de Tanya se tensó, y cuando se volvió de nuevo hacia la mujer fue con un creciente sentimiento de ansiedad que la asustó.

–¿Qué quiere de mí?

–Victoria, ¡soy yo, Imogene! –exclamó la mujer.

Tanya sacudió la cabeza.

–Mi nombre no es Victoria, es Tanya, Tanya Winters –le contestó. Sin embargo, al tiempo que decía esas palabras, volvió a tener la impresión de que la conocía de algo y el pulso se le aceleró–. Quizá nos hayamos visto antes, pero no la recuerdo, lo siento.

Haciendo un esfuerzo, escrutó el rostro de la mujer, que seguía mirándola anonadada, como si no pudiese dar crédito a lo que sus ojos estaban viendo.

Y entonces, al caer en las implicaciones que podía tener el que aquella mujer no creyera simplemente que era alguien llamada Victoria, sino que estuviera convencida de ello, Tanya dejó escapar un gemido ahogado.

–Escuche –intervino David, dirigiéndose a la extraña–, puede que se parezca a alguien que conoce, pero…

–No, por favor, deme un minuto –le imploró la mujer en un tono suave pero desesperado y una expresión decidida en la mirada–. Por favor, escúcheme, sé que no me equivoco –lanzó una mirada a su acompañante, como pidiéndole ayuda, y luego se volvió de nuevo hacia David–. Mi nombre es Imogene Shakir, y éste es mi marido, Raf. Mi apellido de soltera es Danforth.

Como si esperase que Tanya reconociese el apellido, se quedó callada, mirándola expectante.

Tanya, visiblemente agitada, se apartó de ella y se acercó a David que le rodeó la cintura con el brazo.

–¿Danforth? –repitió David–. ¿Es pariente del senador Danforth?

Imogene Shakir asintió con la cabeza, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

–Es mi tío… nuestro tío.

Tanya frunció el entrecejo. No comprendía de qué estaba hablando.

–No, lo siento mucho pero me ha confundido con otra persona –insistió.

Sin embargo, por más que hubiera querido, no habría podido ignorar las lágrimas que habían aflorado a sus ojos, ni la expresión angustiada aunque también obstinada que se reflejaba en su rostro.

La mujer la asió de nuevo por el brazo, desesperada.

–Eres mi hermana, y te llamas Victoria, no Tanya –le dijo apremiante–. Hace cinco años saliste de casa para ir a un concierto de rock en Atlanta con una amiga. Jake, nuestro hermano, te había dado las entradas como regalo de cumpleaños, para que fuéramos tú y yo, pero yo no pude ir, así que invitaste a una chica a la que habías conocido hacía poco. Esa chica era Tanya Winters. Tú eres mi hermana, Victoria Danforth. Desapareciste después del concierto, y hemos estado buscándote todo este tiempo.

Por la mano que sujetaba su brazo Tanya notó que estaba temblando y, asustada, alzó el rostro hacia David, pero éste estaba mirándola de un modo tan extraño que, llena de angustia agachó la cabeza y ocultó el rostro entre las manos.

En ese momento una miríada de imágenes de caras y lugares cruzaron por su mente a tal velocidad que no era capaz de distinguirlos con claridad antes de que desaparecieran.

–Yo no… no sé… –balbució apartando las manos del rostro y mirando a la pareja de desconocidos.

–Es la verdad –intervino Raf Shakir–. He visto fotografías tuyas. No hay duda de que eres tú.

David la atrajo más hacia sí.

–¿Tanya?

–Piensa, Victoria –le imploró Imogene Shakir–. Intenta recordar.

Fue el día que cumpliste diecisiete años… hubo una gran fiesta ese día. Papá y mamá invitaron a toda la familia, y después de la fiesta te fuiste al concierto. Se suponía que era yo quien debía haber ido contigo, no Tanya.

Tragando saliva, Tanya miró aturdida a la mujer, luego a David, y sintió una fuerte punzada en la sien cuando una segunda ristra de imágenes bombardeó su mente.

–Oh, Dios mío… Oh, Dios mío… –murmuró, temblando de tal modo que le faltaba la respiración. –¿Tori? –la llamó Imogene Shakir, con una expresión esperanzada.

De pronto las imágenes dejaron de correr y vio una de sí misma con aquella mujer. Eran más jóvenes, adolescentes, y estaban sentadas en una cama, riéndose. Sacudió la cabeza, y la imagen desapareció, siendo reemplazada por otra en la que estaba en una casa enorme rodeada de gente. Había globos, y una tarta de dos pisos con velas en la que estaba escrito «Victoria» con letras rosas.

Sentía que la cabeza le iba a estallar, y el pulso le retumbaba como tambores en los oídos. De pronto todo se volvió borroso, y miró a la mujer por entre las lágrimas que habían aflorado a sus ojos y estaban rodando por sus mejillas.

–¿Genie? –murmuró.

Y luego se sumió en la más absoluta oscuridad.

David sostuvo a Tanya cuando se desmayó, y la recostó en el suelo, arrodillándose junto a ella. Con el corazón en la garganta intentó reanimarla, dándole palmaditas en la mejilla.

–¡Tanya! Tanya, cariño, estoy aquí contigo. Vamos, Tanya, despierta –le dijo. Ella emitió un débil gemido y lo miró aturdida antes de que sus ojos se cerraran de nuevo–. Tanya, cariño, mírame.

Sus párpados volvieron a abrirse, pero sus pupilas seguían dilatadas y su mirada desenfocada.

–¿David? –lo llamó en un hilo de voz.

Un grupo de curiosos se había arremolinado en torno a ellos, y David los escuchó cuchicheando, pero fijó la mirada en el matrimonio Shakir, arrodillado también junto a Tanya.

–Creo que ha sufrido un shock –dijo Raf Shakir.

Alguien gritó que llamaran a los servicios de urgencias, pero

David lo ignoró.

–Voy a llevarla al hospital –dijo–. Será más rápido que esperar a que llegue una ambulancia.

–Nosotros también vamos –dijo Imogene Shakir en un tono suave pero firme.

–Lo llevaremos –le ofreció su marido con las llaves de su vehículo en la mano. Al ver a David vacilar añadió–: Nuestro coche está aparcado a la vuelta de la esquina.

David asintió con la cabeza, pero su recelo no se disipó. En tanto que no se demostrara que Tanya fuera realmente quien decían, no la perdería de vista.

* * *

Mientras aguardaban en la sala de espera del hospital, David no hacía más que pasearse arriba y abajo, como un animal enjaulado.

Cuando llegaron le explicaran a una enfermera de recepción lo sucedido en el parque. La mujer la llevó a una de las consultas de urgencias y dejó que David entrara con ella. Mientras un médico la examinaba, volvió a explicarle lo ocurrido, para luego referirle su amnesia, los sueños que había estado teniendo, el hecho de que hubiese sitios y personas que le resultaban extrañamente familiares… Pero luego, a pesar de sus protestas, lo habían hecho salir, y lo habían mandado a la sala de espera, donde se habían quedado Imogene y Raf Shakir.

¿Podría Tanya ser realmente Victoria Danforth, la sobrina del senador que había desaparecido cinco años atrás?, se preguntó deteniéndose frente a una de las ventanas y mirando fuera.

Le resultaba imposible de creer, pero de algún modo, lo cierto era que aquello haría que todo encajara: la facilidad con que se había desenvuelto en la convención de Washington, la seguridad en sí misma que demostraba, aquellos sueños en los que aparecía gente que le parecía conocer, el que reconociera sitios en los que supuestamente no había estado…

–Todo irá bien –le susurró Imogene acercándose a él y poniéndole una mano en el hombro para apretárselo suavemente.

David se volvió hacia ella y la miró. Era rubia, igual que Tanya, pero no tenía los ojos del color del ámbar, como ella, sino verdes.

–Perdone que le… –comenzó a decirle Imogene, pero se quedó callada, como vacilante–. ¿Podemos tutearnos? No somos tan viejos como para hablarnos de usted –le pidió con una sonrisa. Cuando David asintió, volvió a empezar–. Perdona que sea tan directa, pero… ¿quién eres, y qué relación tienes con mi hermana?

–Me llamo David Taylor –contestó él–, y hace cinco años que la conozco.

–¿Ha estado viviendo contigo todo este tiempo… en Cotton Creek?

–No –contestó David–, en realidad ha estado viviendo con mi padre, Edward Taylor, en nuestra plantación. Ha fallecido recientemente.

–Lo siento –dijo Imogene–. ¿Y cómo llegó allí?

–La encontraron hace cinco años tirada en el arcén de la carretera que lleva aquí, a Cotton Creek. La trajeron a este mismo hospital, pero tenía una fuerte contusión, y cuando se despertó no recordaba nada. Cuando le dieron el alta fue enviada al centro de menores de la ciudad, pero a través de un programa de reinserción mi padre la acogió y le dio un empleo.

–¿Tenía una contusión? –repitió ella asustada.

–Sí, pero nadie sabe exactamente lo que le ocurrió, ni por qué estaba tirada en la carretera cuando la encontraron.

Imogene se llevó una mano al pecho.

–¡Oh, Dios mío! –exclamó–. ¿Y no recordaba nada?

David sacudió la cabeza.

–Desde entonces ha tenido amnesia.

Raf Shakir, que se había levantado y había ido junto a ellos, rodeó los hombros de su esposa con el brazo.

–Ya ha pasado todo, cariño –le dijo–. Tenemos que alegrarnos de haberla encontrado y de que esté bien.

–Sí, tienes razón –le respondió ella. Luego volvió de nuevo el rostro hacia David–. Pero, aparte de la contusión, ¿estaba herida cuando la encontraron? –inquirió con voz temblorosa–. ¿No la habrían…?

–No, no –se apresuró a tranquilizarla David, pues comprendió que estaba temiéndose que hubieran podido violarla–. No, aparte de la contusión y de haber perdido la memoria, los médicos que la examinaron dijeron que no había sufrido otros daños –se quedó

callado un momento, y luego, sin poder reprimirse, le preguntó–: ¿Estás absolutamente segura de que es tu hermana?

–Sí, lo estoy –respondió Imogene–. Espera, te enseñaré… –añadió buscando algo en su bolso. Sacó una fotografía de la cartera y se la tendió–. Ésta es Victoria cuando tenía diecisiete años. Fue tomada el día de su cumpleaños… el día que desapareció. La he llevado conmigo desde entonces. Nunca he perdido la esperanza de que un día la encontraría.

Con sólo mirar la fotografía David supo que era Tanya. El parecido era innegable.

–Últimamente había estado teniendo unos sueños muy extraños –le explicó a Imogene–. De hecho, hace un par de días la llevé a Atlanta para que la viera un especialista. Los dos sospechábamos que estaba volviéndole la memoria. Supongo que el verte ha sido lo que ha roto definitivamente la barrera de la amnesia.

Sacudiendo la cabeza, le devolvió la fotografía.

–Para mí siempre ha sido Tanya. Me va a costar tener que llamarla Victoria.

En los labios de Imogene se dibujó una sonrisa comprensiva.

–Puedes llamarla Tori. Así es como la llamábamos… como la llamamos nosotros –se corrigió.

–Tori… –repitió David, como probando el sonido de aquel diminutivo.

Y, para su sorpresa, le pareció que le iba mejor que «Tanya».

–He llamado a nuestros padres para que vengan –le dijo Imogene–. Están que no caben en sí de gozo. Y también aliviados. Todos lo estamos.

–Es comprensible –asintió David.

Pero sus palabras lo dejaron pensativo. Los Danforth eran gente importante, y una vez que la noticia de que su hija desaparecida había sido encontrada llegara a oídos de los medios el hospital se convertiría en un hervidero de reporteros, cámaras, y fotógrafos.

Había sido un idiota. Debería haber sido sincero consigo mismo y con sus sentimientos; debería haberle dicho que la quería. Quizá ya nunca tuviera la oportunidad de hacerlo.

Capítulo Once

Un alboroto cerca de la entrada del hospital llamó la atención de David, que se levantó de su asiento en la sala de espera y se asomó a la ventana. Abajo había un grupo de hombres y mujeres intentando hablar todos a la vez con un facultativo del hospital. Luego miró hacia el aparcamiento, y vio que habían aparcadas allí varias furgonetas de distintos canales de televisión y entonces comprendió: tal y como había imaginado los medios de comunicación se habían enterado de lo ocurrido y habían corrido allí para ser los primeros en contarlo.

Estupendo, justo lo que Tanya necesitaba. Sólo que no era Tanya, se recordó a sí mismo por undécima vez, sino Victoria, Victoria Danforth.

Llevaban dos horas esperando que fuera algún médico para decirles cómo se encontraba, y ya estaba empezando a desesperarse.

Sin embargo, justo en ese momento se abrió la puerta de la sala y apareció el doctor con el que había hablado cuando llegaron. Imogene y Raf se pusieron en pie también, y los tres se acercaron al médico.

–¿Cómo está? –preguntó David con un nudo en la garganta.

–Se encuentra bien –respondió el hombre–. Le hemos hecho un examen exhaustivo, varias pruebas… y después de haber estado conversando con ella un buen rato creo que puedo decir sin temor a equivocarme que su amnesia ha desaparecido por completo. A veces estas cosas son así: una persona no puede recordar nada sobre su pasado durante meses o años y un día recobran de golpe la memoria –les explicó–. Ahora mismo está algo abrumada como es natural, pero aparte de un ligero dolor de cabeza se encuentra perfectamente. Su mente tardará unos días en asimilar todo lo que le ha ocurrido y en procesar la información que ha recuperado, pero tengo confianza en que no sufrirá una recaída.

–¿Podemos pasar a verla? –inquirió David.

–Sí, doctor, por favor, nos gustaría verla –le dijo Imogene.

–Ella también me ha pedido que los deje pasar, pero no quiero que se excite. Está bastante calmada, pero ahora mismo no le conviene tener emociones fuertes.

Siguieron al doctor por el pasillo, pero antes de dejarlos entrar en la habitación les advirtió:

–No creo que se produzcan complicaciones en su estado, pero procuren que no disgustarla ni ponerla ansiosa durante los próximos días. Podrá marcharse tan pronto como haya firmado los papeles del alta, pero por favor asegúrense de buscar un especialista que le haga un seguimiento.

David e Imogene asintieron y el médico les abrió la puerta para que entraran a verla. David habría querido poder tener unos minutos a solas con ella. Quería hablar con ella, necesitaba hablar con ella. Tenía que decirle que la quería antes de que saliese de su vida, quizá para siempre.

Imogene corrió a su lado nada más entrar, y David se obligó a permanecer a un lado y darles un poco de privacidad.

–¡Oh, Tori! –exclamó Imogene sentándose a su lado y tomándola de ambas manos con los ojos llenos de lágrimas–. ¿Cómo te encuentras?, ¿estás bien?

Victoria asintió.

–Me duele un poco la cabeza, pero el doctor ha dicho que es normal.

Además, en ese momento aquello era lo que menos la preocupaba. Por primera vez después de cinco años volvía a saber quién era. Aunque durante todo ese tiempo había creído lo que le habían dicho, que era Tanya Winters, nunca se había sentido cómoda con el pasado asociado a ese nombre. Al fin podía recordar lo que le había pasado, y era extraño, porque en algunos momentos le daba la impresión de que hubiera pasado muchísimo tiempo de aquello, mientras que en otros le parecía que hubiese ocurrido el día anterior.

Estaba ansiosa por volver a ver a toda su familia, especialmente a su padre y a su madre. ¿Cómo estarían?, ¿lo habrían pasado muy mal cuando había desaparecido?, ¿se habrían culpado por ello?

–Estábamos tan preocupados por ti… –murmuró Imogene.

–Supongo que el shock de verte de repente después de cinco años hizo que me volviera la memoria –le dijo Victoria.

–No sabes cómo me asusté cuando no me reconociste, y por mucho que te insistía en que eras mi hermana no me creías.

Victoria se rió. Lo cierto era que, pasado el momento resultaba casi cómico.

–Imagina cómo habrías reaccionado tú si se te acercara alguien llamándote por otro nombre y se empeñara en que no eres quien crees que eres –le dijo–. ¡Oh, Genie, cómo me alegra que insistieras! –extendió una mano y le acarició el corto cabello–. Dios, deja que te mire bien. No puedo creer que me haya perdido cinco años de tu vida. Estás preciosa.

Imogene abrazó a su hermana con fuerza haciendo un esfuerzo por no llorar.

–Oh, Tori, ¡cuánto me alegra tenerte otra vez conmigo!

Perdida la batalla con las lágrimas, comenzaron a rodar por sus mejillas, y avergonzada las secó con el dorso de la mano.

Victoria le apretó suavemente la mano a su hermana y esbozó una sonrisa.

–No te imaginas lo maravilloso que es poder recordarlo todo, pero es mejor aún saber quién soy –le confesó llorando también por la felicidad que la embargaba.

Levantándose de la cama Imogene se giró hacia Raf y le tendió una mano para que se acercara.

–Éste es mi marido, Raf Shakir –le dijo a su hermana–. Nos casamos hace poco, y vivimos en un rancho de caballos cerca de Cotton Creek.

–Es un placer conocerte, Raf –lo saludó Victoria, secándose las lágrimas.

–El placer es mío, créeme –respondió él–. Genie me ha hablado mucho de ti. Te pareces mucho a ella.

Victoria sonrió de nuevo.

–Entonces, ¿por eso estabais en las celebraciones de Cotton Creek? –les preguntó curiosa–, ¿porque vivís cerca?

Parecía increíble pensar que no se hubiesen cruzado nunca por las calles de la pequeña ciudad. —Pues verás –comenzó Imogene–, esta mañana habíamos ido a la boda de Marc y Dana y…

–¿Marc? ¿Nuestro primo Marcus se ha casado? –exclamó Victoria sorprendida.

–Sí –asintió Imogene riendo ante su incredulidad–, esta misma

mañana. Después de la ceremonia habíamos quedado con unos amigos en Cotton Creek para asistir a las celebraciones… y estarán preguntándose qué nos habrá pasado –añadió mirando a Raf y volviendo a reírse–. En realidad sólo llevamos un año viviendo aquí. Bueno, Raf lleva más, pero sólo hace un año que nos casamos y me vine aquí con él.

Los ojos de Victoria volvieron a llenarse de lágrimas, y sollozó, sintiendo que la dicha la desbordaba de nuevo.

–Oh, Genie, Marc casado y tú también… ¡qué extraño me resulta todo esto! –le confesó.

–Tómatelo con calma –le dijo su hermana–.El médico nos ha dicho que te llevará un poco de tiempo asimilar lo que te ha ocurrido y que se asienten tus recuerdos.

Victoria giró la cabeza hacia David, que estaba a unos pasos, junto a la ventana. Probablemente había querido quedarse en un segundo plano mientras hablaba con su hermana.

Se preguntó qué estaría pensando. Durante años había creído, igual que ella, que era una huérfana y una inadaptada social, pero no lo era; era una Danforth, y tenía un hogar, y una familia que la quería… ¡y para colmo era rica!

–Creo que David y vosotros ya os conocéis, ¿verdad? –le dijo a Imogene y Raf antes de tenderle una mano a David para que se acercara.

Él fue junto a ella y le tomó la mano entre las suyas.

–Vaya susto que me diste hace un rato –susurró inclinándose para besarla en la mejilla.

–Lo siento –murmuró ella, sin saber qué más decir.

¿Cómo se sentiría David respecto a ella ahora que conocía su verdadera identidad? Resopló mentalmente ante su propia ingenuidad. ¿A quién quería engañar? ¿Por qué habría de cambiar nada quien fuera? David nunca le había dejado entrever que sintiera nada por ella, y eso no iba a cambiar sólo porque su nombre no fuese Tanya Winters sino Victoria Danforth.

–Estuvimos hablando mientras te examinaban los médicos –le dijo Imogene a su hermana–. David nos ha contado que su padre te acogió.

Ante la mención de Edward, sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas, pero tragó saliva y las contuvo.

–Fue muy bueno conmigo –le dijo a Imogene–. Me dio un trabajo y un lugar donde vivir. Si no hubiera sido por él no sé qué habría sido de mí.

–Ojalá aún viviera para poder agradecérselo –dijo su hermana. Se volvió hacia David–. Por favor, acepta nuestra más sincera gratitud en su nombre.

Él asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

Sollozando y enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano, Victoria le preguntó a su hermana:

–Bueno, ¿y cómo está todo el mundo? ¿Cómo están papá y mamá?

Cinco años… Se había perdido cinco años de sus vidas. ¿Cómo hacía uno para recuperar cinco años? En realidad eso era lo que menos importaba, se dijo, lo que contaba era que iba a volver a donde pertenecía.

¿O no?, se preguntó de pronto. Lo cierto era que se sentía confusa. Aunque tenía una vida a la que volver, se le haría raro dejar atrás todo aquello a lo que se había acostumbrado en esos cinco años.

–Están en camino –le contestó Imogene–. Estarán aquí dentro de un par de horas.

–Estoy deseando verlos –respondió Victoria–. ¿Saben que estoy bien?

Imogene le acarició la mejilla con ternura.

–Sí, cariño. Y estoy segura de que a estas horas lo sabe también el resto de la familia.

–Háblame de ellos –le pidió Victoria, ansiosa por saber qué se había perdido en aquellos cinco años.

Imogene se esforzó por complacerla, contándole cómo habían cambiado las vidas de sus hermanos y primos. Le habló para empezar de Jake, el hermano mayor de ambas, y de su esposa Larissa.

–Tienen un hijo de tres años –le dijo, y al ver la expresión de sorpresa de Victoria añadió–: Es una larga historia, pero se conocieron en la universidad, aunque él no supo hasta hace poco que ella se había quedado embarazada y había tenido un hijo. Ahora están felizmente casados, y están deseando verte.

–¿Y Toby? –inquirió Victoria, preguntando por su hermano

pequeño.

–Casado también –contestó Imogene–. Su esposa se llama Heather, y también tienen un hijo.

–¡Cielos!, ¡me he perdido muchísimas cosas! –exclamó Victoria llena de frustración.

Imogene puso su mano sobre la de ella.

–Tori, quiero que sepas que en todo este tiempo nunca hemos dejado de buscarte. Ni mamá, ni papá, ni ninguno de nosotros habíamos perdido la esperanza de encontrarte –le dijo, empezando a llorar de nuevo, sin poder ya contenerse–. Lo que te ocurrió fue… fue culpa mía… y lo siento tanto…

Llorando con ella, Victoria extendió la mano hacia la mesilla junto a la cama para alcanzar un par de pañuelos de papel de la caja que había sobre ella. Después de darle uno a su hermana se secó ella los ojos con el otro.

–¿Culpa tuya? –repitió confundida–. ¿Por qué?

–Debería haberte acompañado a ese concierto. Jake te regaló esas entradas creyendo que iba a ir contigo. Si lo hubiera hecho nada de esto habría pasado… –comenzó a llorar de nuevo, desconsolada, y Raf la atrajo hacia sí para abrazarla. Cuando se hubo calmado un poco, se volvió de nuevo hacia su hermana y le dijo–: Por favor, perdóname.

–No tengo nada que perdonarte, Genie. No fue culpa tuya –replicó Victoria–, sino mía. Fui yo quien invitó a Tanya. Apenas la conocía, pero me pareció que necesitaba una amiga, y por eso la invité.

Imogene se rió entre lágrimas.

–Tú y tu buen corazón… –murmuró. Volviéndose hacia David, le dijo–: Ha sido así toda la vida, siempre queriendo ayudar a los demás…

–Pero en esta ocasión, por desgracia, me arrepentí de mis afanes de buena samaritana –intervino Victoria de nuevo–.Yo no lo sabía, pero ella había planeado escaparse con su novio, porque estaba harta de la familia que la había acogido. Cuando acabó el concierto y salimos, él estaba esperándola fuera del auditorio. Tanya me pidió que los acercara a la estación de autobuses. Yo vacilé un momento, pero al final cedí –explicó, bajando el rostro avergonzada al ver la mirada reprobadora de su hermana–. No podía imaginar que tenían

intención de robarme el coche.

–¡Oh, Dios mío! –exclamó Imogene.

–Cuando iba conduciendo el novio de Tanya me pidió que parara en una gasolinera porque quería comprar unas cosas en la tienda. Yo no quería, pero actuaba de un modo extraño, como si estuviera drogado, así que lo hice. Cuando volvimos al coche me quitó las llaves y me obligó a sentarme detrás. Salió de la autopista, y dio tantas vueltas que al cabo de un rato yo ya no sabía dónde estábamos. Empecé a discutir con él y a golpearle ordenándole que parara, y entonces se puso furioso. Frenó en seco y me dijo que saliera del coche. Me negué, pero me sacó a rastras. Yo tropecé y me caí, y eso es lo último que recuerdo. Cuando volví en mí estaba en el hospital.

–Los médicos que la examinaron dijeron que había sufrido una contusión, aunque no estaban seguros de cómo se la había hecho –les explicó David a Imogene y Raf. Luego miró a Victoria–. Supongo que sería cuando te caíste.

Ella asintió con la cabeza.

–Debieron dejarme allí tirada y marcharse –murmuró. Frunciendo el entrecejo, le dijo a su hermana–: Pero, ¿no podríais haber averiguado todo esto por Tanya? –le preguntó. Suponía que la policía la habría interrogado.

Imogene sacudió la cabeza.

–Hemos tenido a un detective privado buscándote todo este tiempo. La policía no llegó a encontrar nunca tu coche, y parecía que tú hubieses desaparecido con él de la faz de la tierra. Nos dijeron que Tanya estaba en este hospital, pero que no la habían interrogado porque los médicos les habían dicho que padecía amnesia. Cuando el detective que habíamos contratado quiso hacerlo, un año después, fue al centro de menores donde la habían internado tras salir del hospital, pero ya no estaba allí, y no pudieron decirle dónde la habían enviado porque habían perdido sus papeles. ¡Y pensar que eras tú, y que has estado aquí, en Cotton Creek, todo este tiempo…!

–Cuando la policía la encontró llevaba encima la documentación de Tanya, por eso creyeron que era ella –les dijo David.

Victoria se rió con amargura y sacudió la cabeza.

–No sólo por eso. Por llevarle la contraria a mi madre, que me

había dicho que no quería que me vistiera como Tanya cuando fuera al concierto, nos cambiamos la ropa y me teñí el pelo de rojo como ella. Debería haberla escuchado.

Cansada de las emociones del día, se recostó en los almohadones que le habían colocado tras la espalda para que se pudiera quedar incorporada, y David, tras observarla un momento alzó el rostro hacia Imogene, que estaba al otro lado de la cama, y le preguntó:

–¿Podríais dejarnos unos minutos a solas?

–Por supuesto –asintió Imogene–. Estaremos fuera si quieres algo –le dijo a su hermana.

David esperó a que la puerta se hubiese cerrado, y luego, sin poder resistir más, se inclinó y besó a Victoria en los labios. Cuando se irguió escrutó su rostro muy serio.

–¿Cómo te encuentras de verdad? –le preguntó tomándola de la mano.

Ella suspiró, deseando que aquel beso que le había dado significase algo más que preocupación.

–Abrumada –admitió–. Aún me resulta difícil creer lo que está pasando. Ahora lo recuerdo todo, pero tengo la cabeza hecha un lío.

David le apartó un mechón del rostro.

–Pues no vayas a querer ponerla en orden de inmediato –le dijo–. Te llevará tiempo.

–Es que es todo tan… surrealista. Y tengo la impresión de que me he perdido muchísimas cosas. Es como si fuera dos personas a la vez –le explicó ella estremeciéndose–. Da un poco de miedo.

David le acarició el hombro.

–No dejaré que te pase nada, Tori, te lo prometo.

Los ojos de ella buscaron los suyos. Su nombre sonaba tan extraño de labios de David…

–Tori… –repitió. Hasta al decirlo ella le sonaba un poco raro.

David esbozó una sonrisa.

–No podía seguir llamándote Tanya. Y Victoria es un nombre muy bonito, pero no sé, se me hace raro llamarte así.

–Tori está bien –respondió ella.

Sus dos mundos habían colisionado, y sabía que su vida, tal y como había sido aquellos últimos cinco años, estaba a punto de cambiar para siempre. Sus padres estaban en camino, y lógicamente esperarían que volviera con ellos a Savannah.

Y lo cierto era que ella quería ir; quería ver a sus hermanos, a sus primos, y a sus maridos y mujeres, y a sus hijos, quería ponerse al día sobre todo lo que se había perdido de sus vidas.

Días atrás no habría querido abandonar nunca Cottonwood, pero en esos momentos tenía la sensación de que ya no pertenecía allí. Tenía que afrontar la realidad, y la realidad era que David no le había dicho que quisiese una relación duradera con ella. Además, se recordó, antes de que todo aquello ocurriera, ya había decidido dejar Cottonwood porque no podría seguir a su lado sabiendo que no la amaba.

–David… sobre lo que acabas de decir… que no dejarás que me pase nada… Ya no soy responsabilidad tuya –le dijo armándose de valor–. Aunque le hicieras a tu padre esa promesa de que cuidarías de mí no…

David tensó el rostro.

–Las cosas han cambiado mucho entre nosotros desde ese día –replicó.

–¿Por qué?, ¿porque nos convertimos en amantes? –le espetó ella, con una calma que la sorprendió a sí misma.

Las facciones de David se endurecieron. No había dicho «porque ahora somos amantes», sino «porque nos convertimos en amantes». Para ella lo que había surgido entre ellos ya pertenecía al pasado. Escrutó su rostro en silencio, y de pronto y una angustiosa sensación de desesperanza se instaló en su pecho. La estaba perdiendo. Había encontrado en aquella mujer todo lo que siempre había deseado, pero no había sido capaz de verlo a tiempo, y ya era demasiado tarde porque ella no lo necesitaba.

–Pero… yo te quiero –le dijo suplicante. Sin embargo Victoria apartó el rostro y su desesperación fue en aumento–. Es la verdad; te quiero –le repitió con vehemencia. La tomó de la barbilla para hacer que lo mirarse–. Tori, yo…

–No me hagas esto, David, por favor –le imploró apartando el rostro de nuevo–. Ahora no –murmuró apretando los labios.

Quería creer que esas palabras de amor habían salido de su corazón, pero sabía que no era así. Mientras había sido Tanya Winters no había encajado en su mundo. En cambio, ahora que había descubierto que era en realidad Victoria Danforth, la hija de una rica e importante familia, las cosas eran distintas. Si de verdad

la amaba, ¿por qué no se lo había dicho cuando creía que era sólo una chica huérfana y pobre?

–Lo siento, David, pero esto lo cambia todo: el saber quién soy, el haber recordado lo que ocurrió, todo mi pasado… Creo que lo mejor será que me lleves a Cottonwood para que pueda recoger mis cosas. Quiero estar lista para marcharme cuando lleguen mis padres.

Aturdido, David dio un paso atrás.

–No puedes estar hablando en serio –murmuró–. Tú sitio está en la plantación –le dijo lleno de frustración.

Había temido que aquello sucediera, pero aun así no podía creer que le estuviese diciendo que quería marcharse.

–La plantación… –repitió Victoria con tristeza, sacudiendo la cabeza–. Eso es lo único que te importó desde un principio, ¿no es verdad?, poder quedarte con ella.

David tragó saliva. No podía negar que así había sido, pero pronto se había dado cuenta de lo equivocado que había estado respecto a ella, y de que quería mucho más que la plantación: quería pasar el resto de su vida junto a ella.

–Sí, pero…

–Pues ya es tuya –lo cortó Victoria en un tono frío–. Las condiciones del testamento estipulaban que yo podría continuar allí tanto tiempo como quisiera, pero que si me marchaba la plantación pasaría inmediatamente a ser tuya –se detuvo e inspiró–. Ahora tendrás lo que siempre has querido: la plantación de tu familia, y a mí fuera de tu vida.

David torció el gesto.

–¿Es eso lo que crees que quiero? ¿La condenada plantación?

Victoria no le contestó.

–Si no te importa quiero vestirme.

–Pero…

–Por favor, David, no lo pongas más difícil –le suplicó ella. Ya había perdido su corazón al entregárselo; no quería perder también el respeto por sí misma–. No puedo quedarme.

No con la duda de si su amor por ella sería verdadero, no cuando nunca podría saber si la amaba por lo que representaba o por ser quien era, ya fuera su nombre Tanya o Victoria.

Capítulo Doce

Una media hora después David estaba sentado en el estudio de su padre descorazonado y abatido. No podía creer que Victoria fuese a dejar la plantación, a dejarlo a él. Le había dicho que la quería, pero no había servido de nada. Había recuperado su antigua vida, y ya no era la chica huérfana sin ningún sitio adonde ir. No, tenía una familia bien situada, una familia que la quería, y que quería que volviese a casa con ellos.

Inclinado hacia delante, con la cabeza entre las manos, llevaba varios minutos devanándose el cerebro, preguntándose qué podría hacer para que cambiara de opinión.

Hasta ese día Cottonwood había sido lo único que podía darle seguridad, pero de repente se había encontrado con que era la hija de una rica e influyente familia. Podía tener lo que quisiera, vivir donde quisiera… No necesitaba la plantación, ni a él.

No podía culparla por que quisiese marcharse. La culpa era de él. Como un idiota había elegido el peor momento posible para desnudarle su alma. Había tenido que ser el miedo a perderla lo que lo empujase a declararle su amor.

No le extrañaba que no lo hubiera creído cuando le había dicho que la amaba. De hecho, recordándolo en ese momento, en el contexto en que lo había hecho había sonado forzado incluso a sus propios oídos.

Creía que lo único que le había interesado había sido la plantación, y en cierto modo tenía razón, pero el volver a casa había sido como un purgante para su alma resentida. Se había dado cuenta de lo que Cottonwood significaba para él, y de que, a pesar del distanciamiento que había habido entre su padre y él, su lugar estaba allí, donde se hallaban sus raíces.

Al pensar en su padre, su mente volvió a Victoria. Si había conseguido superar el resentimiento hacia él había sido gracias a ella. Después de su ruptura con Melanie había creído que no podría volver a confiar en ninguna mujer, pero Victoria había escalado la

muralla con que había rodeado su corazón, y a través de ella había podido recordar al hombre amable y cariñoso que había habitado en el interior de su padre, el hombre que había dado por perdido tras la muerte de su madre. Sí, Victoria le había enseñado que, para poder seguir adelante, tenía que deshacerse del rencor hacia su padre.

David se puso de pie y fue junto a la ventana. Su padre había llegado a confiarle a Victoria la administración de Cottonwood, y conociendo a su padre aquello no era una nimiedad. Sin duda había visto, como él, algo especial en Victoria. De pronto se preguntó si, al pedirle que cuidase de ella, no lo habría hecho sólo porque pensase que necesitaría de él en esos momentos, sino también porque sabía que él la necesitaba a ella.

Sin embargo, Victoria no lo sabía. ¿Y por qué? Porque él, preocupado por proteger su propio corazón, había esperado demasiado para confesarle su amor. ¡Pues no iba a resignarse!, se dijo con decisión. No la dejaría marchar sin pelea. La amaba, con todo su corazón, y tenía que conseguir que lo creyera.

Había intentado hablar con ella de nuevo al llegar a la plantación, pero su hermana había subido a ayudarla a hacer la maleta mientras rememoraban los viejos tiempos y seguía poniéndola al día sobre los asuntos de familia, y él, no queriendo molestar, se había ido al estudio de su padre. Sin embargo, no podía dejar que se fuese sin haberlo intentando al menos una vez más. Si se marchase, no sabía cómo podría seguir viviendo.

Victoria se asomó a la ventana de su habitación. En cuestión de minutos sus padres llegarían, y aunque estaba deseando verlos, a cada segundo que pasaba se sentía más inquieta porque cada uno de esos segundos la acercaban más y más al momento en que tendría que irse y dejar a David.

Después de que el médico le hubiese firmado los papeles del alta habían abandonado el hospital. Los medios de comunicación seguían apostados a la entrada, así que habían tenido que usar una puerta trasera para salir. Sabía que antes o después tendría que enfrentarse a ellos, pero en aquel momento se había sentido incapaz de hacerlo. Sencillamente no podía, no cuando tenía las emociones

a flor de piel y necesitaba tiempo… tiempo para asimilar lo ocurrido… tiempo para superar el tener que dejar a David.

Al pensar en él los ojos se le llenaron de lágrimas, y las contuvo a duras penas. Imogene había llamado a sus padres al teléfono móvil para indicarles cómo llegar allí y asegurarles de nuevo que se encontraba bien.

«Bien», se repitió Victoria para sus adentros. Sintiéndose estremecer, se dijo que nunca volvería a estar bien porque iba a dejar su corazón allí… junto con David.

–Aunque vuelvas ya nada será lo mismo.

Al oír la voz de David el corazón le dio un vuelco a Victoria. Se volvió y lo encontró de pie en el umbral de la puerta abierta, con expresión seria.

–¿Te refieres a Savannah? –murmuró ella–. Sí, supongo que ahora todo será muy distinto de como lo recuerdo.

–No me refiero a la ciudad –replicó él apartándose de la puerta y deteniéndose sólo a unos centímetros de ella–. Tú has cambiado; ya no eres la misma chica que eras hace cinco años.

–Tal vez, pero es allí donde está mi hogar.

–Te equivocas, Tori; éste es tu hogar.

–No –farfulló ella sacudiendo la cabeza con lágrimas en los ojos–. Cottonwood te pertenece a ti, David, no a mí.

David puso la palma de la mano contra su mejilla.

–Hubo un tiempo en que yo creía que era así –le confesó, encogiéndose de hombros–. Cuando regresé estaba dispuesto a echarte.

–Y pensaste mal de mí –añadió Victoria–. Creías que iba detrás de Cottonwood y del dinero de tu padre.

David exhaló un suspiro.

–En realidad nunca lo creí.

Ella lo miró confundida.

–Quería echarte porque me sentía atraído hacia ti y no sabía cómo luchar contra ello –le aclaró él.

Victoria, que no había esperado una confesión así de David se quedó mirándolo con incredulidad.

–¿Te sorprendes, Tori? ¿Acaso no sabías que te deseaba?

–No, no lo sabía –admitió ella en un tono quedo.

Al menos no cinco años atrás, cuando él se marchó de

Cottonwood. Sin embargo, deseo y amor no eran la misma cosa y, por mucho que le doliese, no podía quedarse allí si no tenía su amor.

–No quería que supieras lo que sentía por ti –le dijo David–. Me habían herido dos personas que habían sido importantes para mí: primero mi padre y luego Melanie, y creía que no podría volver a confiar en nadie.

–¿Y ahora sí puedes?

–Tú eres diferente de todas las mujeres a las que he conocido, Tori. Me has enseñado a superar el resentimiento que sentía hacia mi padre, a perdonarlo. Y me has enseñado algo más: gracias a ti he aprendido a amar de nuevo.

Sus palabras devolvieron a Victoria la esperanza que había perdido.

–Yo… quiero creerte, David, pero… –murmuró, incapaz de terminar la frase,

–Te quiero, Tori. Por favor, no me dejes.

Con el corazón martilleándole en el pecho, Victoria alzó las manos para tomar su rostro entre ellas.

–¿Lo dices de verdad, David? ¿De verdad me quieres? –le preguntó temblorosa.

David le rodeó la cintura con los brazos para atraerla hacia sí, y la besó. Luego, mirándola a los ojos, le dijo:

–Sí, Tori, con todo mi corazón y toda mi alma, y quiero pasar el resto de mi vida demostrándote cuánto.

Los ojos de Victoria se llenaron de lágrimas.

–Oh, David, yo también te quiero… Te he querido desde aquel verano en que te fuiste, hace cinco años –le dijo abrazándose a él.

David sintió que la tensión abandonaba su cuerpo, y separándose un poco de ella tomó de nuevo sus labios en un apasionado beso.

–Creía que ya era demasiado tarde –le confesó luego–. Creía que ibas a dejarme.

Victoria esbozó una media sonrisa.

–La verdad es que iba a hacerlo. No sabía que hablabas en serio en el hospital cuando me dijiste que me amabas.

David se tensó, disgustado consigo mismo.

–Lo sé. Elegí el peor de los momentos para decírtelo. Pero es

que, cuando comprendí que Imogene no se equivocaba, que verdaderamente eras su hermana, me di cuenta de que podía perderte; sentí pánico. Me he comportado como un idiota; debí decirte lo que sentía por ti mucho antes –se quedó callado un momento, como vacilante–. Sé que ahora mismo lo que quieres es volver a ver a tu familia, reunirte con ellos, y he pensado que voy a mudarme a Savannah para poder estar contigo.

Victoria lo miró con los ojos muy abiertos.

–¿Que te vas a mudar a Savannah? ¿Pero, y qué pasa con tus planes de regresar a Atlanta?

–¿Planes? ¿Qué planes? No tengo intención de volver a Atlanta.

–Pero si te oí ayer diciéndoselo por teléfono a Justin, que tus planes no habían cambiado. Di por supuesto que te referías a que pensabas volver a Atlanta en cuanto acabara el año.

De pronto David comprendió.

–¿Es ése el motivo por el que de repente estabas tan seria y tenías tanta prisa por volver aquí?

Tanya se mordió el labio inferior.

–Bueno… sí.

–Cariño, ésa conversación no tenía nada que ver contigo, ni con nosotros –le dijo David–. Estábamos hablando de negocios.

–¿De veras?

–Créeme, Tori; mi único plan es vivir contigo donde tú quieras vivir.

–Oh, David, te quiero tanto… –murmuró Victoria sonriéndole.

Ni en sus sueños hubiera sido capaz de imaginar tanta dicha. Había llegado a Cottonwood sintiéndose sola, confundida, y sin ningún recuerdo de su pasado. Y en ese momento, cinco años después no sólo había recobrado la memoria y a su familia, sino que también tenía el amor de David. Era como un cuento de hadas hecho realidad.

–¿Y qué pasará con tu compañía?

–Le he entregado las riendas a Justin –le respondió David–; así podré centrarme en la plantación. Victoria lo miró sorprendida, pero no más que cuando volvió a hablar y le dijo:

–Cuando hayas pasado el tiempo suficiente con tu familia, si te parece bien, podríamos volver aquí y hacer de Cottonwood nuestro hogar.

El corazón de Victoria dio un brinco en su pecho.

–¿Quieres decir… vivir aquí? –le preguntó sin aliento, sintiendo que se le aceleraba el pulso–. ¿Tú y yo?

David asintió.

–Fue aquí donde me enamoré de ti, Tori –le dijo–, y ha sido el hogar de mi familia durante generaciones.

Y entonces, tomando su mano, se arrodilló frente a ella y le dijo:

–Te quiero, Tori. ¿Querrás casarte conmigo?

Exultante de felicidad, Victoria se quedó mirándolo como si estuviera soñando.

–¡Oh, sí, sí que quiero, David! –exclamó antes de abrazarlo. Y entonces, al echarse hacia atrás para mirarlo a los ojos se le ocurrió una idea maravillosa–. Sólo que…

David enarcó una ceja.

–¿Sólo que qué?

Victoria sonrió traviesa.

–Pues que esta casa es enorme y… ¿qué te parecería si la llenásemos de niños?

Echándose a reír David la besó con pasión.

–Creo que deberíamos ponernos inmediatamente a ello –le dijo–. ¿Qué te parecería un compromiso corto?

Epílogo

Vestida con un precioso traje de noche blanco, Victoria se dirigía al servicio de señoras abriéndose paso entre la gente por el salón de baile. Estaban en uno de los hoteles más lujosos de Savannah, y lo que se celebraba era la victoria electoral de su tío Abraham.

El murmullo de voces se mezclaba con la música de la orquesta, y por el salón iban y venían camareros con bandejas de bebidas y aperitivos.

Unos días antes, cuando sus padres fueron a recogerla a Cottonwood, David y ella les habían anunciado a ellos, a Imogene, y a Raf su intención de casarse. Mientras empujaba la puerta de los aseos sonrió al recordar cómo Imogene les había confesado que desde el primer momento había sospechado que había algo entre ellos. Sus padres se habían alegrado mucho por ella y, después de haber conocido a David un poco mejor, pues lo habían invitado a pasar con ellos unos días, parecían encantados con él. De hecho toda la familia le había dado una calurosa acogida, y a ella la habían colmado de afecto y atenciones haciéndola sentirse la mujer más afortunada del mundo.

Sin embargo, pronto había empezado a echar de menos Cottonwood, y David y ella habían decidido regresar allí para disfrutar de nuevo de la paz y la calma del campo… o eso era lo que hubieran querido, se dijo recordando lo que había sido la semana que acababa de terminar.

Habían tenido gente de los medios de comunicación a las puertas de la propiedad cada día, y el teléfono no había dejado de sonar. Su nombre y su fotografía había aparecido en prácticamente todos los periódicos, y también habían hablado de ella a todas horas en las principales cadenas de televisión.

Había dado una rueda de prensa justo el día anterior para satisfacer la sed de información de los medios, pero ni con eso se habían conformado, porque el teléfono había seguido sonando y sonando.

David había insistido en que deberían contratar a alguien para que la representara y hablase en su nombre, y fue entonces cuando decidieron hacer algo que estaba segura sorprendería a su familia cuando les diesen la noticia esa noche.

Estaba lavándose las manos después de salir de uno de los aseos, cuando se abrió la puerta y entró Nicola Granville, la directora de campaña de su tío, a quien le habían presentado al comienzo de la velada.

–Hola –la saludó.

La atractiva pelirroja, que había entrado con la cabeza gacha, la levantó y se paró en seco al oír su voz, dando un respingo.

–Oh, hola, Victoria –balbució aturdida–. Qué cantidad de gente, ¿verdad? Y con la calefacción hace un calor terrible –dijo abanicándose con la mano.

–Sí, sí que hace un poco –asintió Victoria, arrancando un trozo de papel del dispensador de la pared para secarse las manos.

–Antes, cuando nos han presentado no hemos podido hablar mucho, pero quería decirte que me alegra que todo se haya resuelto felizmente para ti –le dijo Nicola.

–Gracias –respondió Victoria esbozando una sonrisa.

–Sé lo mal que lo ha pasado tu familia estos cinco años, y es estupendo verlos ahora tan contentos de que estés de nuevo con ellos, sana y… –de pronto dejó de hablar y se llevó una mano a la frente.

–Nicola, ¿te encuentras mal? –inquirió Victoria al ver que se había puesto pálida.

–No, no, estoy bien –replicó ella.

Pero obviamente no lo estaba, porque nada más decir esas palabras tuvo que salir corriendo hacia uno de los aseos tapándose la boca con la mano, para segundos después vomitar en el inodoro.

Victoria fue junto a ella.

–Oh, Dios mío, ya lo creo que no estás bien –dijo preocupada.

Fue a arrancar un trozo de papel del dispensador y lo empapó en agua para luego volver junto a Nicola y apretarlo contra su frente hasta que se sintió un poco mejor.

–Gracias –murmuró, yendo después al lavabo para enjuagarse la boca y lavarse las manos.

–Ten –le dijo Victoria dándole otro trozo de papel para que se

secase–. ¿Quieres sentarte un momento? –le preguntó señalando un asiento que había al fondo.

Nicola sacudió la cabeza.

–No, gracias, ya me siento mejor.

–¿Seguro? –insistió Victoria, a quien le resultaba difícil creerlo viendo que estaba sudando y seguía igual de pálida.

Nicola se encogió de hombros.

–Sí; debo haber pillado uno de esos virus que afectan al estómago.

Victoria frunció el entrecejo.

–Esperemos que sólo sea eso. He oído que ahora mismo hay mucha gripe por ahí –dijo tomando los trozos de papel de su mano y echándolos a la papelera–. ¿Puedo hacer algo más por ti?

–No, estoy bien, de verdad. Pero gracias.

–Bueno, si estás segura de que estás bien me marcho.

–Sí, vuelve a la fiesta, no te preocupes. Estoy mejor –le insistió Nicola–. Y gracias.

–No hay de qué –respondió Victoria–. Hasta luego.

–Hasta luego.

Victoria salió del servicio y fue en busca de David, a quien había dejado conversando con su tío Abraham y un par de colaboradores de su campaña, pero cuando se acercó vio que ya no estaba con ellos.

Estaba dando vueltas por el salón cuando alguien le rodeó de repente la cintura, y cuando se volvió vio que se trataba de David, que la besó en el cuello y le sonrió.

–¿Me buscabas?

–Precisamente –respondió ella, sonriéndole también antes de besarlo en los labios–. ¿Estás listo?

–Bueno, listo lo que se dice listo… –farfulló David.

Aunque no era un cobarde, no estaba seguro de sentirse preparado para enfrentarme a la familia de Victoria con lo que tenían que decirles.

–Oh, vamos, ahora no puedes echarte atrás –le dijo ella tirándole del brazo mientras echaba a andar hacia la mesa en la que estaban sentados sus padres y el resto de su familia–. Ya es tarde para eso.

–Tienes razón –asintió David detrás de ella–, pero se van a llevar una buena sorpresa, y no sabemos cómo van a reaccionar.

Victoria volvió la cabeza para sonreírle.

–No creo que se sorprendan más que cuando Genie los llamó para decirles que Raf y ella me habían encontrado.

Y antes de que David pudiera decir nada habían llegado a la mesa donde estaban sentados Miranda y Harold Danforth, los padres de Victoria; Imogene y Raf; y su hermano Jake y su esposa Larissa. Sólo faltaban Toby, el otro hermano de Victoria, y Heather, su mujer, que habían tenido que marcharse unas horas antes para poder tomar el avión que los llevara de regreso a Wyoming.

En vez de sentarse, se quedaron de pie junto a la mesa, y Victoria carraspeó para que su familia les prestara atención.

–Papá, mamá, Genie, Jake… –les dijo paseando la mirada por la mesa con una sonrisa en los labios–. David y yo tenemos que deciros algo.

–Si es que quieres ir a otro concierto, la respuesta es no –saltó Jake, guiñándole un ojo.

–Muy gracioso –contestó ella.

Todos se echaron a reír.

–No –dijo Victoria con una sonrisa paciente–, no era eso lo que iba a decir –inspiró profundamente y se humedeció los labios–. Bueno, la verdad es que no sé cómo decirlo así que creo que lo soltaré y ya está: ¡Nos hemos casado! –exclamó radiante, mostrándoles la mano, donde brillaba un anillo de oro con diamantes.

–¿Que os habéis casado? –repitió su padre perplejo.

–¿Qué? –balbució su madre poniéndose de pie como un resorte.

Momentos después estaban todos de pie y hablando.

–Sabemos que no os lo esperaríais, y que probablemente os sentiréis decepcionados –dijo David–, pero no queríamos esperar, y pensamos que lo mejor sería casarnos los dos solos en un juzgado sin que se enterasen los medios de comunicación.

–Esta última semana ha sido una auténtica locura –les explicó Victoria sin aliento por la emoción–; no nos han dejado tranquilos ni un momento, y lo más seguro es que hubiéramos tenido que esperar meses para que se calmasen las aguas si no queríamos que nos atosigaran también el día de nuestra boda.

David se volvió para dirigirse a los padres de Victoria:

–Quiero que sepan que haré todo lo que esté en mi mano para

hacer feliz a su hija.

Aunque las mejillas de Miranda Danforth estaban surcadas por las lágrimas, en sus labios había una sonrisa.

–No puedo decir que no nos dé pena habernos perdido la ceremonia –le respondió–, pero lo comprendemos. Con esto de que Abraham haya ganado las elecciones y de que haya aparecido nuestra Tori los reporteros tampoco nos han dejado a nosotros ni a sol ni a sombra –rodeó la mesa y abrazó a su hija–. Felicidades, cariño; me alegro muchísimo por ti. Has escogido a un buen hombre.

Harold rodeó la mesa también y abrazó a Victoria para luego estrecharle efusivamente la mano a David.

–Bienvenido a la familia –le dijo con los ojos humedecidos–. Por favor, cuida bien de nuestra pequeña.

David asintió con la cabeza.

–Tiene mi palabra.

Pronto todo el mundo estaba abrazando a los recién casados y deseándoles todo lo mejor. Cuando la orquesta empezó a tocar una melodía lenta, David tomó la mano de Victoria.

–¿Quieres bailar?

Ella le sonrió con los ojos brillantes.

–Me encantaría.

David la condujo a la pista de baile y la atrajo hacia sí. Victoria le rodeó el cuello con los brazos y alzó el rostro hacia él.

–Bueno, no ha sido tan difícil, ¿no?

–Tus padres son estupendos –respondió David–. No sé si yo habría reaccionado del mismo modo si hubiese estado en su lugar.

–Bueno, son mis padres y me quieren –le dijo ella con sencillez– … y quieren lo mejor para mí.

–Yo también te quiero, Tori, con toda mi alma.

Victoria le sonrió enternecida.

–Y yo a ti –respondió.

Hacía sólo unas semanas había creído estar sola en el mundo, pero de la noche a la mañana, como en los cuentos de hadas, todo había cambiado. Había recuperado su verdadera identidad, y el vacío en su interior se había llenado con el cariño de su familia y el amor de David.

Sintiéndose dichosa, apoyó la cabeza en su hombro y cerró los

ojos mientras giraba al son de la música entre sus brazos, los brazos del hombre del que se había enamorado hacía cinco años y al que amaría siempre.